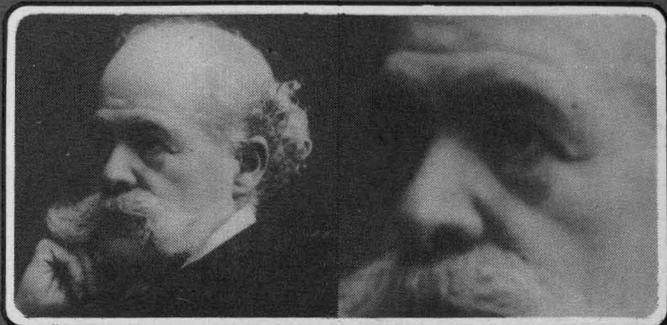

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

CARLOS
MONSIVÁIS
*Un best seller
desconocido*



ENRIQUE
GONZÁLEZ
PEDRERO
*Utopía
y libertad*

JUAN CARLOS
ONETTI
*Tiempo
de nostalgia*



HORACIO CRESPO
La hora de Polonia

INI audioteca augusto novaro

6 cabinas de audición
circuito cerrado de audio
biblioteca musical



adolfo prieto 133. col del valle. informes: 523 2633, 523 3652, 523 4660



GACETA UNAM

ORGANO INFORMATIVO DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

||SOLICITALA LUNES Y JUEVES||

Vuelta

Revista mensual
Director: Octavio Paz

58

*Richard M. Morse • Juan García
Ponce • Cornelius Castoriadis
Olga Orozco*

Leonardo Da Vinci 17-Bis. Col. Mixcoac
Delg. Benito Juárez 03910. México, D. F.

SUMARIO

Volumen XXXVI, Nueva Epoca, número 4 Agosto de 1981

- María Esther Gilio:** Juan Carlos Onetti: Tiempo de nostalgia: 2
Carlos Monsiváis: Juan de Dios Peza: "¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres! Amo tus goces, busco tus cariños": 5
Juan Villoro: Noticias de Cecilia: 11
Horacio Crespo: Polonia: Nación y democracia en el socialismo real: 15
Enrique González Pedrero: Don Vasco de Quiroga: obispo de utopía: 25
Francisco Hinojosa: Salta en mí la bordadora: 37
Silvia Bleichmar: Sobre las crueldades del amor: 38

RESEÑAS

LIBROS

- Aurelio Asiain:** "Ese que cuenta como su fortuna/ vanos residuos de sílabas sin peso" (*Bisutería*, de Tomás Segovia): 40
Verónica Volkow: Crónicas del silencio (*Fuerte es el silencio*, de Elena Poniatowska): 41
Emiliano González: Casi un manifiesto (*Karpus Minthej*, de Jordi García Bergua): 42
Adolfo Castañón: Mejores relatos harán de nuestros hijos mejores mexicanos (*Accidentes*, de María Luisa Puga): 45
Daniel Sada: El pretexto del texto (*La otra orilla*, de Bernardo Ruiz): 46
Jaime G. Velázquez: Vida de muertos (*El palacio de las blanquísimas mofetas*, de Reinaldo Arenas): 47
Alberto Paredes: La poesía se escribe contra la corriente (*Contrasuberna*, de Miguel Ángel Flores): 48

MUSICA

- Juan Arturo Brennan:** Directores, instrumentos, jazz: 50

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Octavio Rivero Serrano / Secretario General: Lic. Raúl Béjar Navarro /
Secretario General Administrativo: C.P. Rodolfo Coeto Mota / Secretario de la
Rectoría: Dr. Jorge Hernández y Hernández / Abogado General: Lic. Federico Anaya
Sánchez / Coordinador de Extensión Universitaria: Lic. Alfonso de María y Campos

Revista de la Universidad de México

Organo de la Universidad Nacional Autónoma de México

Directora: Julieta Campos

Jefe de Redacción: Danubio Torres Fierro

Diseño: Bernardo Recamier / Vicente Rojo

Corrección: Lilia Barbachano / Edna Rivera

Administración: Juan Carlos García Monroy

Oficinas: Avenida Universidad 3002, México 20.

Teléfono 550 52 15 ext 3044

El pago a los colaboradores se realiza en Avenida. Universidad 3002, México 20, de lunes a viernes entre las 10 y las 14 horas.
Franquicia postal por acuerdo presidencial del 10 de octubre de 1945, publicado en el *Diario Oficial* del 28 de octubre del mismo año.

Precio del ejemplar sencillo: \$ 30.00 / Precio del ejemplar doble: \$ 60.00
Suscripción anual: \$ 300.00 (18.00 Dlls. en el extranjero).

María Esther Gilio

ENTREVISTA A

JUAN CARLOS ONETTI:

TIEMPO DE NOSTALGIA

A Juan Carlos Onetti no le gustan los reportajes. Y esto que podría ser demasiado importante en un día de temperatura agradable, era un verdadero escollo en aquel sábado de julio en que Madrid se cocinaba bajo un sol furioso. “Usted cree que es imprescindible entrevistarme”, fue lo primero que dijo.

—En eso quedamos ¿no?

—Está bien, pero no espere que yo diga nada nuevo. ¿Por qué se le ocurre que yo puedo ser noticia?

—¿Por qué? Escuche estas frases de la prensa española ante la aparición de su último libro: “Es una tierna geografía de la desdicha”... “Una épica de la desilusión”... “Describe la anatomía de la nada”, “Onetti es un lírico de la desolación”, “Su prosa es de una densidad expresiva desacostumbrada”. Y “Es más grande que Balzac”. ¿Qué respondería a esta afirmación? No me mire como si quisiera matarme. Yo sólo repito lo que dijo un crítico.

—Yo le diría a ese crítico que se vaya al demonio. Le aconsejaría cambiar de oficio.

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué? Porque conozco el genio de Balzac y el pequeño talento de Onetti. ¿Puede escribir *La Comedia Humana* Onetti?

—No sé.

—Usted no sabe, pero yo sé que no. Cambiemos de tema.

—Cuénteme un poco de su vida. Infancia, adolescencia.

—De la niñez puedo hablar muy poco porque fui feliz. Y tuve padres que fueron muy felices. Que se amaron hasta que se murieron. Y cuando mi padre murió poco tiempo después murió mi madre. Porque, pienso, que no pudo o no quiso sobrevivirlo. Entonces yo, como niño, no tuve tristezas. Jugaba con los chicos del barrio, iba a la escuela.

—Sus problemas empezaron en la adolescencia.

—¿Qué problemas?

—Bueno, nadie que lo lea puede pensar: “He aquí un hombre sin problemas, lleno de alegría de vivir.”

—Ah, no.

—Entonces en algún momento tiene que haberse producido el cambio. Pienso en Eladio Linacero, el protagonista de *El pozo*, diciendo “Yo, entonces no tenía nada que ver con ninguno”. *El pozo* es casi autobiográfico. Es Juan Carlos Onetti el que dice eso.

—Sí, sí. No había contacto ni comunidad de intereses entre los chicos del liceo y yo.

—¿Cuáles eran sus intereses?

—¡Pero! Me importaba la literatura, el arte, las interpretaciones de la historia. Aquellos chicos lo único que querían era salvar su año, se aprendían todo de carrerilla.

—De memoria. ¿Y qué leía?

—Depende de la edad. En una época me estropee los ojos

con Julio Verne. Porque iba a leerlo al Museo Pedagógico. Y había muy poca luz. Me hacía la rabona y me iba al Pedagógico.

—¿Cómo se hacía la rabona?, ¿sólo?

—Sí, solo, ya le dije que yo estaba muy aislado. Recuerdo una vez —en esa época yo era nuthansumniano— me hice la rabona y me fui al puerto. Estaba tirado sobre unas bolsas y miraba los barcos. Los que partían, los que esperaban en la rada, los que llegaban. Y de pronto pasó mi viejo que era Inspector de Aduanas. Y por ahí me vio. No me dijo una palabra de reproche. Muy cariñoso me invitó a tomar un vermouth, que para mí era como tomar ajeno.

—¿Qué gran viejo el suyo. Sin embargo me imagino que tampoco con él hablaría de sus problemas. Amor, literatura, mujeres.

—Yo, de esas cosas no hablaba con nadie. Escribía un diario de mi vida.

—Allí contaba lo que le pasaba.

—No, era todo inventado. Todo. “Hoy vi a Margarita, me miró, hablamos. Yo le dije, ella me dijo. Nos besamos..., etc.”

—Y ¿a qué edad comenzó su vida afectiva real?

—Muy joven. Me casé a los 21 años y casi enseguida nació Jorge.

—Y casi enseguida se divorció.

—Sí, yo anduve rápido. Más tarde tuve un período de muchas mujeres. Cuando me pasaron de la Reuter de Montevideo a la de Buenos Aires como secretario de redacción. Había un café que se llamaba Politeama en Corrientes y Montevideo. Y allí iban muchas actrices, sobre todo de los teatros *amateurs*, y yo me enamoraba todos los días. Había un amigo que vivía conmigo y me tomaba el pelo. “¿Hoy qué toca, decía, rubia o morocha? Luego escribí un cuento dedicado a ese amigo: “Querido Bob”.

—Pero ése fue un período. Luego volvió a enamorarse.

—Sí. Volví a enamorarme y a casarme. Dos o tres veces.

—¿Cómo dos o tres veces? Tres veces.

—Si usted lo dice serán tres. En la segunda nació Beth. Dentro de unos días cumple años. El 26 de julio.

—¿Por qué piensa que este último libro suyo ha provocado en España tal avalancha de elogios? ¿Será tal vez su mejor libro?

—Yo eso no lo sé. Tal vez están pensando que es el último libro que escribo.

—Es fácil pensar eso. Allí incendia Santa María. ¿Es éste su último libro?

—Yo pienso que ya cumplí. Aunque eso no significa que necesariamente sea el último.

—Esa idea de que ya cumplió ¿tiene que ver con este libro o con su edad?

—Ambas cosas coinciden. Tengo 70 años.
 —Manera drástica de acabar con algo, echarlo al fuego.
 ¿No sintió tristeza al quemar Santa María?
 —Aunque todavía puedo hacerla resurgir.
 —¿Cómo!
 —Sí. Si tengo ganas de resucitarla no voy a detenerme.
 —Veo que ya la está añorando.
 —No. Simplemente no me cierro a nada. Acabo de publicar un cuento que llamé “Presencia” en *Cuadernos Hispanoamericanos*, donde hablo de la reconstrucción de Santa María.
 —Pero quiero saber si no sintió tristeza cuando la quemó.
 —Yo no la quemé.
 —Bueno, cuando se quemó. ¿Sintió tristeza?
 —No tristeza, desprendimiento. Sentí el desgarrón de algo que se desprende.
 —¿No lo sintió como una muerte?
 —No sé... es algo que tuvo que ver con el exilio.
 —¿Por qué con el exilio?
 —Ah... es una historia larga. Cuando yo llegué a Madrid me pasé un año totalmente imposibilitado de escribir.
 —¿Y cómo se sentía?
 —Liquidado. Pensé que ya no escribiría nunca más. Y bueno, ocurrió que tuve una larga entrevista con alguien que vino de Montevideo. Hablamos mucho.
 —¿Quién era?
 —Una persona con la que me unía una larga e importante amistad. Nos dimos cuenta de lo imposible del diálogo a la distancia. Había que acabarlo. Sufrí mucho, pero a partir de allí pude volver a escribir.
 —Es decir que al cortar con el Río de la Plata pudo empezar a vivir en Madrid.
 —Cortar, cortar... pero no es tan fácil cortar.
 —Yo no digo que sea fácil cortar. Digo que sólo rompiendo con el pasado pudo empezar a vivir el presente.
 —Para mí, Montevideo es una ciudad fantasma.
 —¿Santa María es Montevideo?
 —Santa María es Santa María.
 —Una ciudad inexistente que usted construye con datos de Montevideo y de Buenos Aires.
 —Sí. Una ciudad más real que Montevideo. Los recuerdos que tengo de Montevideo me vienen como cosas soñadas. Y, a veces, son realmente cosas soñadas.
 —¿La visita en sueños? ¿Cómo la ve?
 —No hay nada en esos sueños que pueda tener una significación particular. Nada psicoanalítico.
 —Está bien, sus sueños son ininterpretables. Pero, ¿qué ve? ¿Casas? ¿Calles? ¿Personas? ¿Amigos?
 —Veo personas sin importancia para mí. Personas que pasaron cerca mío y con las que no tuve intimidad. Me gustan más mis sueños con Buenos Aires. Sueño que estoy en Corrientes, en una noche lluviosa. Y veo los cafés llenos de gente, las librerías abiertas.
 —¿Y usted qué hace?
 —Sólo caminar y ver todo eso.
 —Veo por su cara que ese sueño es placentero.
 —Casi nunca recuerdo mis sueños pero hace poco tuve un sueño maravilloso. Soñé con Dolly. Yo la veía y sabía que tenía 16 años.
 —Pero su mujer no tenía 16 años cuando usted la conoció. Cuénteme cómo la conoció.
 —Yo caminaba por Reconquista hacia Lavalle con la Holandesa. De pronto vi una chica con un violín bajo el brazo, preguntando algo a un policia. Le vi tanta gracia, tanta gracia. Le dije a la Holandesa: “Mirá qué maravilla de criatu-



ra”. Ella me dijo: “¿Querés que te la presente?, fuimos compañeras de colegio.” Después volvimos a vernos varias veces. Nos veíamos en verano, en Olivos.

—¿Y entonces?

—Entonces se acabó. El resto no le interesa a nadie.

—A mí me interesa.

—Sí, pero en esto, como en el amor, hay que ser dos, así que cambie la pregunta.

—Usted fue el que empezó a contar. ¿Cómo es Dolly?, aparte de tener aspecto de muchachita y ser poco convencional.

—A mí me gustan las mujeres locas. Las mujeres convencionales y burguesas no me gustan. Tiene una enorme vitalidad, parece creada para compensar mi abulia, mi descreimiento, mi escepticismo.

—Yo me pregunto por qué es usted tan irremediamente pesimista. Usted que fue tan querido por sus padres, por sus mujeres, por sus amigos; llega a España y lo tratan como “el maestro de la lengua”.

—Pero es que cuando uno escribe no está escribiendo con su biografía.

—Pero está escribiendo con lo que marcó en uno la biografía.

—Será un problema de glándulas, de cromosomas.

—¿Nunca se sintió feliz? Cuénteme de alguna vez que haya sido feliz. Pero feliz porque sí; por el solo hecho de vivir.

—Una vez. Fueron 48 horas.

—Más que Brausen, que una vez se sintió feliz por 24 horas. ¿Y por qué ese milagro?

—Vaya a saber. Por el olor del río. No por nada especial. Por el aire que venía desde un río de verdad.

—Usted fue feliz por eso. ¿Y Brausen?

—Yo no lo sé; no sé nada.

—¿Pero cómo no va a saberlo? Usted es más que su padre.

—Yo no me meto con él, no me meto con mis personajes. Los respeto tanto que no les hago reportajes.



—Hay otro momento en que usted se siente feliz. O eso creo. Cuando consigue “convertir en victoria una de las derrotas cotidianas”. Por lo menos eso dice Días Grey al final de *Una tumba sin nombre*.

—Terminar un libro es una victoria.

—¿Un libro que tiene éxito?

—No, no, el éxito está simplemente en haberlo escrito. Uno se pone a escribir y no sabe si va a llegar al final; y tampoco sabe si lo va a hacer bien.

—Esa es la victoria, ¿y la derrota cotidiana? ¿Cuál es la derrota cotidiana?

—Es estar cada vez más viejo y tener menos ilusiones.

—¿Pero cómo puede sentirse tan derrotado alguien que tiene capacidad para crear un mundo?

—El que siente todo eso es un personaje llamado Días Grey, no yo.

—Con ningún personaje se identifica usted tanto como con Días Grey. En una entrevista que le hice hace 12 años le pregunté si se identificaba con él y de qué manera y usted me respondió: “Me identifico y me da pereza explicarlo.”

—Sigo con pereza.

—Haga un esfuerzo y recompense mi constancia.

—Bueno. Días Grey es un testigo. A veces promueve situaciones tensas por el gusto de verlas. Una periodista me acusó de eso hace 12 años. Pero se confundía, no era yo quien lo hacía. Era Días Grey.

—Está bien, está bien. Usted dijo no recuerdo ahora dónde que “escribir es mi vicio; mi pasión y mi desgracia”. Entiendo vicio y pasión, pero ¿por qué desgracia?

—¿Por qué? Porque es como una condena a la que no puedo escapar. Quiera o no quiera tengo que hacerlo. Me guste o no me guste. Estoy leyendo un libro que me absorbe totalmente y quiero seguir leyendo. Pero algo, vaya a saber qué, me obliga a dejar el libro y ponerme a escribir.

—Hablemos justamente de eso, de cuando escribe. Usted ha tenido temporadas de escribir bebiendo y de escribir sin beber. ¿Cuál es el resultado en un caso y otro?

—La cosa no es tan simple. A veces tomo una copa de vino, me vienen ganas de escribir y escribo furiosamente. Otras veces escribo sin ningún estímulo.

—Lo que quiero saber es si hay diferencias entre un caso y otro.

—Cuando yo dejo un papel es porque estoy contento con él, si no, lo rompo y se acabó. Ahora cuando bebo un poco me siento más desinhibido. Pero cuando escribo nunca bebo demasiado, si bebiera demasiado no podría escribir. En Buenos Aires cortaba mucho el vino con agua. Yo creo que más que buscar un efecto, todo eso tiene que ver con la oralidad. No puedo estar sin tener algo en la boca.

—Eso es evidente: no ha parado de fumar ni un minuto y no hay ninguna instantánea suya en que no esté con un cigarrillo en la mano.

—Mire: en definitiva lo único que tiene importancia es que cuando me pongo a escribir es la hora de la verdad y todo lo demás me importa un comino. Vivo con los personajes, los quiero. Nada que no tenga que ver con ellos me interesa. Van, vienen, los manejo, me manejan. Los quiero, los quiero.

—Pero no a todos.

—A todos. No desprecio a ninguno. Usted sabe que he dedicado mi vida a defender a Larsen.

—Quién puede dudar de que también quiere a Larsen. Es una de sus invenciones preferidas. ¿Usted comparte la palabra “revelar” que Borges usa para referirse a sus invenciones?

—Sí, la comparto. Pienso que todo escritor puede compartirla. Se revela un tema, se revela una situación. Y una vez que se reveló no tiene más remedio que escribirlo. Aunque sea como una pequeña liberación.

—Las historias concretas que le suceden a usted mismo ¿se le revelan a menudo como temas posibles?

—Me resulta muy difícil transformar las cosas que me ocurren en literatura. Salvo que haya pasado mucho tiempo. Me resulta fácil, en cambio, cuando otro me las cuenta.

—Como si los hechos vividos por usted mismo tuvieran una potencia que inhibiera la invención.

—Tal vez. Aunque hay una excepción: Mamy y Julio Stein de *La vida breve*. Logré hacer de ellos, a pesar de muy reales y cercanos, personajes literarios. Por lo menos eso creo.

—He ahí una victoria sobre las derrotas cotidianas. ¿Qué pasaría si sus libros no fueran reconocidos por nadie, si quedarán olvidados en un cajón cualquiera y 100 años después salieran a la luz y fueran reconocidos como obras maestras? ¿También hablaría de fracaso?

—No— dijo luego de pensar largamente.

—Eso quiere decir que su descreimiento es relativo, usted cree en el espíritu.

—Si usted lo dice... pero deje ya la entrevista y cuénteme esa historia que ocurrió en la Argentina, de un barco que llegó a Necochea sin pasajeros y sin tripulación.

—No, no llegó *sin* tripulación, llegó con los restos de una tripulación.

—Usted no dijo eso; dijo que llegó sin un alma viviente.

—No, lo que yo leí es que al final sólo había un oficial no-ruego que actuaba como capitán y que el resto había ido bajando de a poco.

—Eso es imposible, esa gente no pudo ir bajando de a poco. ¿Bajando dónde? El barco no tocó puertos, fue directo de Recife a Necochea.

—Los diarios no decían que no tocó puertos.

Carlos Monsiváis

JUAN DE DIOS PEZA

“¡INOCENCIA! ¡NIÑEZ! ¡DICHOSOS NOMBRES!
AMO TUS GOCES, BUSCO TUS CARIÑOS”

¿Para qué leer hoy a Juan de Dios Peza? De entrada, el nombre evoca un mundo de fechas fijas: tertulias de sonora intimidad, rumor de complacencia ante el niño que avanza al centro de la sala con todas las intenciones de recitar, satisfacción del jefe de la casa al ver la adoración que le profesa su parentela, embeleso ante las ocurrencias infantiles, álbumes viejos con cálidas dedicatorias, la Bella Epoca de una concepción tradicionalista de la familia, la propiedad privada, el Estado. En el ámbito donde la sumisión adopta poses tiernas, y la dulcedumbre oculta la ferocidad del patriarcado, Peza conjuga dos instancias culturales: la nueva definición social de la niñez y la declamación como una de las bellas artes (hoy se diría “como uno de los mass-media”). Es el poeta que las familias necesitan y el declamador sin maestro, y el doble desempeño propicia la confusión masiva que ve poesía en sus versos, que sufre “pasma estético” ante los esfuerzos rimados. En un país de analfabetos, la cultura oral persuade, orienta, incita. En voz viva se transmiten la sabiduría ancestral, los secretos de Estado, los poemas que iluminan y educan. En un medio subyugado por la brillantez del verbo, oradores y declamadores son emblemas, encarnaciones del saber y el pensar, y la poesía no es relación íntima sino pública, no lo que ocurre entre un autor y un lector, sino lo que se da, con fogosidad, entre un profeta y una sociedad, el don de vivificar dramáticamente emociones y sensaciones. Peza, en este panorama, arrebatada a los públicos, estrena sus composiciones en teatros pletóricos, improvisa, conmueve a los poderosos y a los desposeídos, industrializa lamentos y dolores, seguro del afecto de quienes lo juzgan el gran traductor de sus arrebatos cotidianos. Las ediciones de sus libros se agotan y los versos, memorizados sin piedad, resucitan en cada fiesta escolar. Una sociedad cree en sus palabras, que le transmiten la esencia plena de la vida: “mojé mi pluma en la invisible sangre del alma”.

I

Juan de Dios Peza nace en la ciudad de México en 1852. Su padre, miembro del partido conservador, es consejero del emperador Maximiliano y ministro de Hacienda, lo que al triunfo de la República le acarrea rechazo y arrinconamiento (“la amarga proscripción y la tristeza / en su alma abrieron incurable herida”). Obligadamente, Peza en su niñez ve muy de cerca las luchas de Reforma y de tal experiencia deriva un ánimo de conciliación y un tibio liberalismo. Desde la Escuela Nacional Preparatoria, se hace discípulo de Ignacio Ramírez, centro de la actividad intelectual. Entonces es posible que un adolescente se acerque a las grandes figuras, si demuestra su amor por la poesía. Peza a los 15 años fre-

uenta en las tertulias a Ramírez, a Ignacio Manuel Altamirano, a Guillermo Prieto y, mientras, pasa de la Escuela de Agricultura a la de Medicina y de allí, definitivamente, a la literatura y el periodismo. El gran acontecimiento de su juventud: el suicidio de Manuel Acuña, su compañero de Medicina. En el entierro es uno de los diez oradores: “Tenía yo entonces veintiún años y hablé llorando”. México es una ciudad pequeña, donde los jóvenes literatos se tratan hasta el hartazgo, se leen sus composiciones apenas las terminan, se confían cuantas aspiraciones de grandeza con la certeza de que el confidente sabrá transmitir las —respetuosamente— a la posteridad. Darse a conocer en el círculo selecto es relativamente fácil; no lo es tanto disponer de una popularidad como la de Peza, que pronto se evade del ghetto literario para entrar en contacto con un público de “legos” cuya admiración persistirá, acrecentada, durante décadas. Para esos fans, Peza labora exhaustivamente: escribe obras de teatro, produce monólogos para beneficios de actores, vierte en todo homenaje una poesía conmemorativa. También es editor de *El Búcaro* (1873) y director de *El Mundo Ilustrado*. En 1878 es segundo secretario de la Legación de México en España, siendo embajador el general Ramón Corral. En Madrid publica una antología: *La lira mexicana* y colabora en periódicos y revistas.

II

En 1874, Ignacio Ramírez prologa precautoriamente las *Poesías* de Peza:

Fíjese usted, amigo mío, en que usted se eleva sobre sus jóvenes rivales siempre que retrata una hermosura real, cuando lamenta una desgracia que le ha dejado visibles cicatrices o cuando saborea en el cáliz del recuerdo las últimas gotas de un festín amoroso; sus versos entonces si gozosos, son el canto de una virgen, si tristes, aparecen escritos con sangre. Cuando usted se ausenta de sí mismo por seguir mejores modelos se cansa y se extravía.

Permanecer en uno mismo. El Nigromante proporciona una clave del tumultuoso éxito de Peza, la sinceridad. ¿Quién que es no es romántico? ¿Y quién que es romántico no confiesa en pleno desbordamiento sus ideales, devociones y tristezas? En este sentido, da igual que los lectores creen o no en la sinceridad de Peza; a ellos les importa su propia y estrechada voluntad de apropiarse de aquellas expresiones que le dan continuidad verbal a sus sentimientos, y gracias a Peza asisten a la transfiguración de su vida hogareña, un beso infantil refresca el espíritu doliente, y los primeros pasos de una niña son las alas batientes del ángel del hogar. Eso explica entre otras cosas, la sobrevivencia de la poesía romántica: por ellas un público maneja el idioma insustituible de sus propias emociones.

Peza, tradicionalista, pertenece a la última oleada romántica y sus arquetipos visibles son Campoamor, Núñez de Arce, Bécquer, Antonio Grilo. Pero su romanticismo usa de las pasiones colectivas y de las individuales, va de la visión religiosa de lo cotidiano al amor patrio. El es igualmente fluido en las devociones privadas y en la patriótica. Así dice:

¡El hogar es un templo! Los pesares
que da en su derredor la tumba impía
se convierten llegando a sus altares
en gérmenes de paz y de alegría.

De "Con mis hijos".

y usa idéntico alborozo al festejar la epopeya a dúo:

Juntos el mejicano y el ibero
tener debieron, en mejores días,
¡para cantar su patriotismo, a Homero!
¡Para llorar sus duelos, a Isaías!
Hoy la gloria con bellos arreboles
ilumina enlazadas nuestras manos:
¡Honor eterno a Méjico, españoles!
¡Honor eterno a España, mejicanos!

De "Méjico y España"

Peza, ídolo de la calle y los salones. Ignacio Manuel Altamirano, el Maestro por antonomasia, acude a su encubramiento: "Juan de Dios Peza es un joven poeta de gran nombre, pero de un porvenir más lisonjero todavía, es el favorito ahora del público mexicano". Se le traduce al inglés, al francés, al alemán, al italiano, al húngaro, al japonés, al ruso. "Ninguno tal vez —dice Luis G. Urbina— de los poetas mexicanos pudo, como Peza, salvar las distancias, trasponer los límites geográficos y filosóficos, e ir a despertar una emoción en tierras remotas y en lejanos idiomas". Su popularidad, refiere Porfirio Martínez Peñalosa en su excelente ensayo, fue tan grande que sometió a repetidas piraterías editoriales una obra abundante: *Poetas*, 1874, prólogo de Ignacio Ramírez; *Horas de pasión*, 1876; *Canto a la Patria*, 1876; *Cantos del hogar*, 1884; *Algunos versos inéditos*, 1885; *Dos reales de versos festivos*, 1888; *La musa de viaje*, 1889; *Hojas de margarita*, 1910. En 1890, la casa Garnier Hermanos, de París, publica sus *Poetas completas* en cuatro tomos: *Hogar y patria*, *El arpa del amor*, *Recuerdos y esperanzas*, *Flores del alma y versos festivos*.

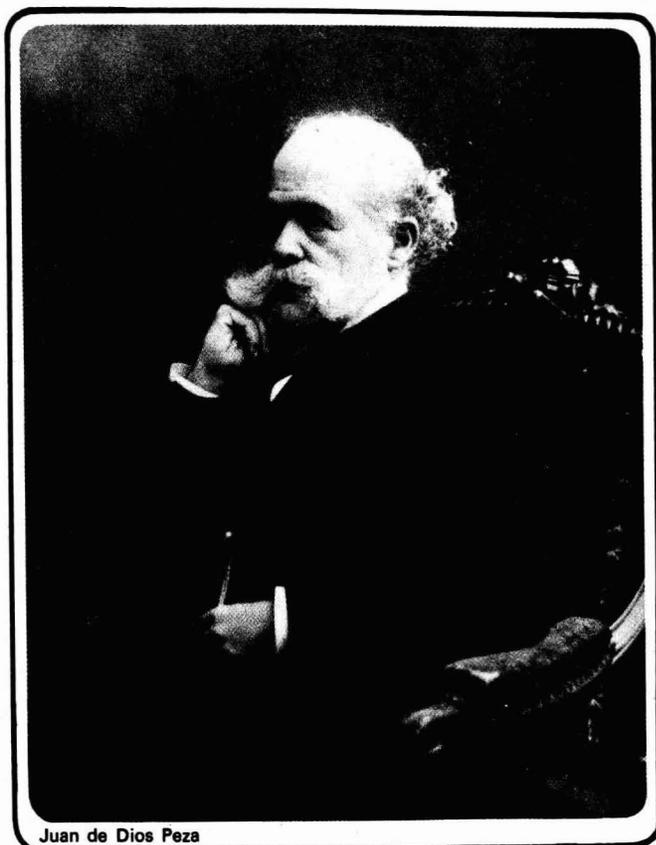
De la cortesanía intelectual del porfirismo, Peza no se exime. Sin titubeos —recuerda Olavarría y Ferrari— exalta a la señora doña Carmen Romero Rubio de Díaz, en ocasión de uno de sus actos de misericordia, la fundación de la *Casa amiga de la obrera*.

Una egregia y noble dama
cuyo nombre brilla al par
en el templo del hogar
y en el templo de la fama,
para su pueblo reclama
caridad, celo y amor,
y en testimonio mejor
de sus afanes prolijos,
abre un hogar a los hijos
del pueblo trabajador.

Y del júbilo conmemorativo no podía exceptuarse al dictador, Peza lo celebra en 1887:

Siempre halló con su espada la victoria,
la paz con su talento consolida,
y hoy a su patria da, lleno de gloria,
renombre, bienestar, progreso y vida.

De "Porfirio Díaz".



Juan de Dios Peza

En el intermedio, una tragedia íntima sobre la que casi nada se ha escrito. La mujer de Peza lo abandona y éste cambia el nombre de la hija mayor, de María (igual a la madre) a Concepción:

¡Ay! Yo sé por mis libros de lectura
que estudio en mis mayores regocijos,
que ni los tigres en la selva oscura
dejan abandonados a sus hijos.

De "El cuento de Margot".

En sus últimos años, atacado, negado por los jóvenes, Peza vive el reconocimiento público y el desencanto. Muere en la ciudad de México en 1910.

III

En 1888, el crítico Manuel Puga y Acal (Brummel) dedica la primera serie de *Los poetas mexicanos contemporáneos* a Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera y Juan de Dios Peza. En su examen de Peza, Puga y Acal lo declara el poeta más popular entre los mexicanos, pero de entrada, le fastidia la desmesura del yo: "No nos interesan ni nos conmueven las obras en que el autor dice cómo él mismo vive y siente, sino cuando el autor vive y siente como nosotros". Y más fastidiosos le parecen los *poetas personales* que no hallan en derredor suyo nada tan interesante como su propia persona: "y ganas dan a veces de decirles: Puesto que sólo usted se mira, léase usted sólo. Y si tal sucediera, ese sería el justo castigo de tanto egoísmo".

A Puga y Acal el procedimiento literario de Peza le resulta anticuado, propio de Zorrilla y Espronceda. Ellos *bordan el vacío*, vierten copiosamente palabras sonoras, sustituyen la poesía con la versificación. "Los poetas de esa escuela —tos-



ca caricatura del romanticismo francés— no se cuidan de la idea, pues que pueden pasarse sin ella, ni de la forma, pues que, siendo su principal objeto producir por medio de la armoniosa combinación de las palabras, una impresión inconsciente, más bien en los auditorios que en los lectores, la gramática en todas sus partes, hasta en la analogía puede ser violada”. Según Puga, la armonía es el principal mérito de las obras de Peza: “Todos lo hemos visto, en las fiestas patrióticas y en otras muchas ocasiones, arrancar al público espontáneos y ruidosísimos aplausos con la lectura de composiciones que no resisten el examen y que él mismo, a las veces, no se atreve a publicar. Y la causa de esto es, evidentemente, que para nuestro público, analfabético, que tiene una idea falsa y en extremo confusa del arte, la poesía no es más que una combinación musical de palabras”. Al final Puga le perdona la vida. Hombres como Peza son útiles para popularizar, propagar el arte de una nación.

Peza contesta cuatro días después, sin dar nombres:

Lo veo y lo comprendo más, cuando mido la cantidad de ponzoñosa envidia de esos reptiles negros o blancos que disfrazados de críticos, les salen al paso a los autores con la desfachatez y la osadía con que en nuestros antiguos caminos se presentaban a desvalijar la diligencia los ladrones de Río Frío o del Monte de las Cruces.

Destrozar nuestra rica lengua ensartando pensamientos disparatados, y destrozarla en público con la misma frialdad con que el carnicero destroza en la mesa de una carnicería la res que va a constituir el alimento de los vecinos, no tiene pena señalada en el Código; pero por vida mía que no da derecho a erguirse como maestros a los que tal hacen ni a enseñar, ni aconsejar a los que podrían enseñarles y aconsejarles desde el modo de llevar la levita y de conducirse en sociedad.

A esto responde Puga y Acal con el seudónimo de Facistol. Primero examina impiadosamente el poema de Peza a Juárez, en especial dos quintillas:

Si a mí que soy un pigmeo
sólo porque canto y creo
me muerde el vil envidioso,
harán contigo, coloso,
lo que el hombre a Prometeo.

Hormiguero de la escoria,
rateros de ajena gloria,
hay que apartarlos con fe;
¡de los muertos, con la Historia!
¡de los vivos, con el pie!

A continuación, Puga y Acal ahito de las burlas a la gramática y el “oportunismo comparativo” de Peza, concluye:

Por lo visto, el Sr. Peza, sólo porque el lenguaje poético lo autorizó a tutear a Juárez, se creyó a la altura de él y le pareció la ceremonia organizada en honor del gran patricio, oportuna ocasión para hablar de sí mismo y de sus cosas. Aunque el poeta —más bien por causa de rima que por modestia— se llame *pigmeo*, esto no justifica tamaña pretensión. Para compararse un sólo momento con Juárez, dígame el Sr. Peza, ¿a qué ejércitos ha conducido a la victoria, como Tirteo?... ¿a qué Imperio ha fustigado y por cuál ha sido proscrito, como Víctor Hugo?

Y si nada de esto ha hecho, ¿cómo se atreve a comparar y a envolver en el mismo anatema a los enemigos de Juárez, y a sus *enemigos*? Y no sólo cree Peza tener enemigos, sino que cree tener envidiosos. Tener envidiosos no es tan fácil como parece al Sr. Peza, y en todo caso, es cosa indiscutible que el que dice que los tiene, ni los tiene ni merece tenerlos.

Gutiérrez Nájera le responde conciliadoramente a Puga y Acal en una serie de artículos en *El Partido Liberal* (1888), y defiende con ardor moderado a Peza, a nombre de la pasión:

Yo diré entonces a Peza lo contrario de lo que usted le dice: sea usted siempre personal porque decae visiblemente cuando no lo es, cuando desuelga figuras y metáforas brillantes para construir un altar de orden supremo. El Peza amado por las madres es admirable, el Peza aplaudido por las galerías, un hombre hábil... y Peza, en sus *Cantos del hogar*, no es

Victor Hugo con sus nietezuelos, no es Amicis en pantuflas, es Peza con sus hijos. Esos niños, abriendo con sus blancas manecitas la áurea puerta de la inmortalidad para su padre, forman un cuadro sorprendente.

IV

En 1885, Gutiérrez Nájera cuenta de un poema que le ofreció a Peza para un libro *Algunos versos inéditos*, del que sólo llegó a escribir el primer cuarteto:

Concha, Juan y Margot, niños hermosos
conque alegrar tu casa al cielo plugo,
son ya para nosotros tan famosos
como Jorge y Juanita Víctor Hugo.

El poema no se concluye y Gutiérrez Nájera explica por qué: "Cantar a los pequeñitos de Peza, después de él, es como añadir sacrílegamente una cabeza de ángel en la Purísima de Murillo". Y se extiende: ni en la antigüedad ni en la Edad Media hubo ese culto poético de los niños que es enteramente moderno, y el Homero bondadoso de "esos ángeles que no acaban en los hombres" es Víctor Hugo, junto a cuyos mejores poemas, junto al *Arte de ser abuelo*, puede situarse la obra de Peza sin que palidezca. Y arremete contra la discrepancia:

Únicamente los perversos no se conmueven al recorrer tales páginas. Para esos son los cuadros lascivos y los versos borrachos de la literatura encañallada. Para esos, la sátira aguda y emponzoñada con el zumo de plantas venenosas, como las flechas de los salvajes. Su olfato no percibe el aroma de la gardenia porque está atrofiado por la atmósfera humosa del *bar-room*. Esos desgraciados ofrecieron a Ofelia cinco pesos y pondrían a Co-seta en el trono de la casa de expósitos. ¡Cuando a ellos se dirige la poesía no canta, ni habla, escupe!

De la República Restaurada a los años veintes, el hogar es el mito intocable. No que antes no lo haya sido, pero la inestabilidad política no había permitido su despliegue. Ahora, el culto a la familia como espacio de la armonía y el amor, se expande y cubre diversos sectores, extendiendo a la clase media el disfrute de una ideología que encuentra a domicilio la versión a escala del Estado o, cuando se puede, de la corte celestial. El paternalismo es el humanismo concebible:

Un mundo es el hogar, do nada es vano,
y un padre es en tal mundo el soberano
que, sin sorda ambición, sin bajo encono,
asienta en la virtud su excelso trono;
un abnegado amor sus actos mide;
para sí nada busca y nada pide,
pues cuando logra el bienestar y fama
es de los hijos que bendice y ama,
siendo, en Dios y el deber los ojos fijos,
viva imagen de Dios para sus hijos.

De "La velada".

Peza es el primero en acercarse a ese territorio inexplorado. Ya no se festejan los cantos históricos, ni en la sociedad que busca desesperadamente hacerse de virtudes tiene sentido una poesía erótica. Mejor encomiar la bondad, la pureza, "la bendición de las miradas limpias". Peza, en poesía y artículos, propaga con fervor el respeto al héroe y el amor a los padres, la identificación suprema entre familia y patria. El, lo acepta, tiene el defecto, la debilidad, el pecado de haber



Luis G. Urbina

nacido sensible y, por lo mismo, usará esa sensibilidad para cantar a lo recién descubierto, la niñez, ese porvenir ya despojado de sangrientas contiendas y guerras entre hermanos. El "busca sus númenes en el hogar, en la familia, en la cuna de sus hijos y en las aflicciones y en las glorias de su patria" y desea hacer libros que puedan entrar a todas partes y llegar a todas las manos. Peza dice lo que quiere decir y nunca establece distancias entre el verso y la prédica, entre las palabras y los sentimientos. A cambio, recibe la gratitud de las familias, cada padre que quiera ser "viva imagen de Dios para sus hijos" se graba sus versos o presiona a su prole para el tatuaje mental. En *Cantos del hogar* se solicita una armonía que endulce la represión que se vive, el culto bárbaro al "honor familiar". Gran parte de la literatura latinoamericana del siglo XIX con tal de no aceptar la realidad de tiranías e infiernos domésticos, urde el ensueño de la vida doméstica y en eso Peza resulta un adelantado:

Yo tengo en el hogar un soberano,
único a quien venera el alma mía;
es su corona de cabello cano,
la honra su ley y la virtud su guía.

De "Mi padre".

A la explosión liberal de la República Restaurada se le opone una decisión conservadora. Por otra parte, el proceso de la burguesía nacional requiere de virtudes "entrañables". A los poetas se les exigen roles sociales. Si Gutiérrez Nájera es el afrancesamiento (el otro país que ya debe vivir en esta misma ciudad), si Díaz Mirón es la perfección de la forma, Juan de Dios Peza será la enunciación en voz alta de los requerimientos familiares, de la nostalgia que es protesta im-

plícita contra el cambio. Por un lado, el conservadurismo; por otro, la sedimentación de las transformaciones. ¿Por qué se descubre al niño? Porque es una manera de certificar la estabilidad, la reciedumbre de una sociedad que infunde conductas responsables incluso en sus pequeños seres. Se inventa así —y *Cantos de hogar*, con sus rimas y su musicalidad previsible será un vehículo inmejorable— una niñez que es madurez aplazada o venidera, no lo visible, sino lo que ha de existir, las “pequeñas madrecitas” y los “diminutos coroneles” que anticipan a las madres abnegadas y a los viriles próceres:

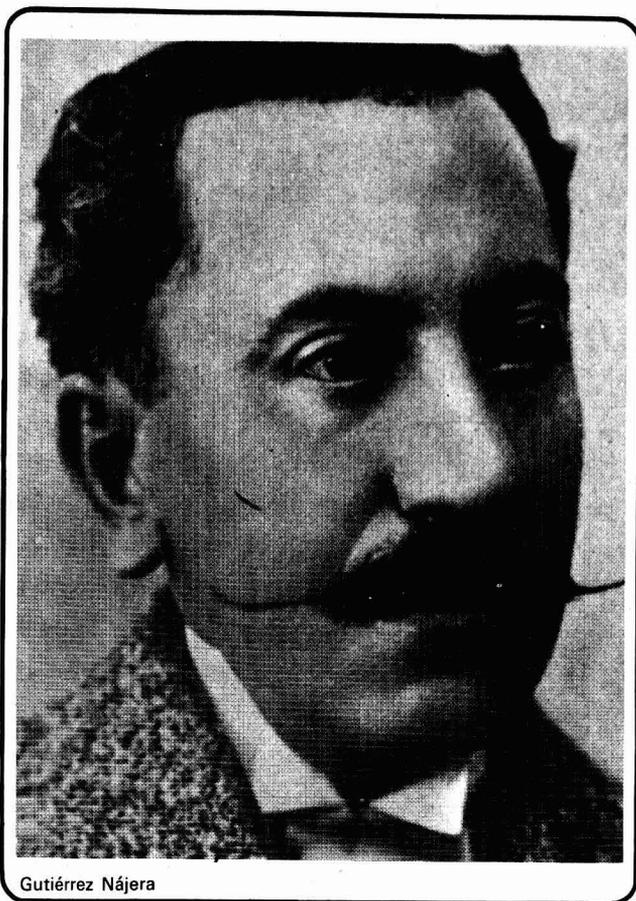
¡Oh misteriosa condición humana!
siempre lo opuesto buscas en la tierra:
ya delira Margot por ser anciana,
y Juan que vive en paz, ama la guerra.

Y esta “seriedad fundamental” de la infancia se refrenda esplendorosamente en el poema distintivo de Peza: “Fusiles y muñecas” (cuyo adecuado subtítulo es “Cuadro realista”):

Juan y Margot, dos ángeles hermanos
que embellecen mi hogar con sus cariños,
se entretienen con juegos tan humanos
que parecen personas desde niños.

En ayuda de Peza acude, toda la buena, la mejor, la única sociedad. En un medio nutrido en el sentimentalismo cuasimístico de *Corazón, diario de un niño* de Edmundo de Amicis, no sólo es explicable sino exigible que en uno de los primeros libros de texto, *El amigo de los niños mexicanos* (México, 1891) de Juan de la Torre, se consigne la exhortación de Concepción Gimeno de Flaquer: “El hogar de la grandeza mexicana no tiene *boudoir*, tiene santuarios; para visitarlos se debe inclinar la cabeza y doblar la rodilla... En el hogar de la mujer mexicana no hallaréis ni primores de la gente que vive *à la dernier*, siendo esclava de la moda, ni esmaltes de caprichosas futilidades, ni filigranas de la vida de placer, ni salones de coquetería; porque como la mujer mexicana no es coqueta, en su hogar todo respira santidad”. El fervorín concluye invitando a los pequeños a recitar, junto a Juan de Dios Peza: “Juan y Margot, dos ángeles hermanos...”

Para la moral prevaleciente, el primer requisito es la apariencia del hogar sólido. En las escuelas y en las casas abunda el castigo físico, los palmetazos, los encierros en cuartos oscuros, la letra con sangre entra, quien se enseña a obedecer aprenderá a mandar. En las evocaciones todo será arrullo y gratitud precoz. Es tiempo ya, es la consigna, de virtudes cotidianas que sustituyen a las hazañas. En su artículo sobre Peza (en *Los Ceros*), Vicente Riva Palacio habla de todo menos del aludido, le echa furtivamente la culpa de sus versos al “huracán de aplausos” que lo ensalza (“generalmente los hombres que extravían su camino en el perfeccionamiento moral o intelectual, lo deben a la sociedad en que se desarrollan, que de arriba viene el ejemplo y la inspiración; y si las nubes son de cieno, la lluvia no puede caer perfumada”) y remata su falsísimo elogio descubriendo en Peza una virtud que brilla como Venus en medio del estrellado firmamento: el amor filial. A lo largo de estos reconocimientos —un tanto a fuerzas— y del genuino afecto del público, Peza se establece ofreciendo literalmente la adquisición y la glorificación de los nobles sentimientos. La familia es también poesía.



Gutiérrez Nájera

V

En prosa (digo es un decir) Peza escribió obras de teatro (*La ciencia del hogar*, *Ahora Ponciano*, *Capitán Miguel*), una biografía de Altamirano y tres recopilaciones: *De la gaveta íntima* (*Memorias, reliquias y retratos*) de 1900, *Recuerdos de España* de 1904 y *Recuerdos de mi vida*, de 1907. Si algo, los artículos y crónicas de Peza extienden y solidifican sus obsesiones agregándole una insistencia muy de época: el elogio unánime. ¿Por qué criticar o disentir si lo que al país le urge es la fe en sí mismo, aquella que sólo se consigue reconociéndole méritos a las intenciones y rodeando de monumentos el mínimo logro? En *Memorias, reliquias y retratos*, Peza no tiene contención, nos recuerda que el Parnaso nacional se estremece de júbilo con cada nueva obra de sus bardos (que debe enseñarse a los extraños con el mismo orgullo con que la ilustre madre de los Gracos señalaba a éstos como sus mejores joyas), se muestra modesto y generoso, compara las producciones líricas con ramilletes de gardenias y difunde hallazgos notables, bondades quiméricas, almas nobles y elevadas. Aquí, la prosa complementa la experiencia de la poesía, y permite reconstruir desde otro ángulo el método de lectura de esos seres necesitados del masaje verbal que refrenda buenas intenciones, seguras de que la amistad “es el amor sin sexo”, incapaces de gozar la sátira o la crítica, teatrales en su vida hogareña.

Peza en sus artículos describe, de modo intencional y a su pesar, convicciones y candores de una sociedad descomunal y tímida, medrosamente colonizada. El tono lo marca el sentimentalismo; la gana de modernidad se advierte por la exigencia de nostalgias; el atraso se acentúa por el idioma común de la pretensión poética. Eso fue México en su primer siglo independiente: un asaltante de diligencias que se conmueve al

descubrir entre sus víctimas a un compañero de escuela/ un diente de la calavera de Manuel Acuña es enviado a su madre como amorosa reliquia/Vicente Riva Palacio dicta sus creaciones a un amanuense rodeado de amigos en su biblioteca / una lavandera naturalmente anónima costea un monumento funerario para un poeta / en el entierro de Acuña el carro fúnebre más elegante de la capital lleva en su remate una lira de oro con las cuerdas rotas / los niños juegan a la batalla entre Zaragoza y Laurencez / en las veladas literarias se estrenan semanalmente poemas, canciones, valses / un viejo soldado insurgente se ufana de haber sido quien mejor le calzaba las botas al generalísimo Morelos / las primeras lamentaciones por el México desaparecido indican la sorpresa ante un cambio que precipita el ferrocarril: "ya para ir a mudar temperamento no se carga con la cocina de la casa ni se prepara como si a morir fuera toda una familia".

Juan de Dios Peza es el héroe sentimental de su libro. Reñere, con la humildad verdadera de quien se sabe en el centro del proscenio, su generosidad, su patriotismo, sus dones amistosos, su celo familiar, su comprensión de la poesía. El se siente viviendo efectivamente en un Parnaso, donde todos se conocen y se quieren (así existan, como se ha visto, "viboras" de la índole de Puga y Acal) y en donde la admiración mutua es parte de los requisitos de fundación: si vamos a hacer de esto una gran nación, es preciso que nos demos cuenta que somos sus primeros grandes ciudadanos. La política de la fe nacional se apoya en la evidencia de los hombres de la Reforma (Ramírez, Prieto, Altamirano) y desde allí derrama su optimismo sobre quien quiera que escriba, pinte, estudie, componga, toque un instrumento, quiera a su patria, sea juzgada gentil o hermosa. Se vive todavía un *nacionalismo de adopción*. Adoptemos a México, hagamos crecer a este niño magnífico, disculpémosle sus errores, vigoricemos y pregonemos sus aciertos, regocijémonos por su futuro, veneremos su tradición. Y *tradición*, para Peza, es aquello que compartimos amorosamente, no lo que se cree o se deja de creer en común, sino lo que ha sobrevivido pese a todo, lo que no podemos abandonar porque ha seguido a nuestro lado, el recuerdo de los padres, la tragedia de Carlota y Maximiliano, el desgarramiento del alma al pensar en México desde extrañas tierras, la valentía de los soldados, las fiestas de Noche Buena, la memoria de los oradores sagrados... Peza, en España, se encuentra a una señora dueña de un escapulario con la Virgen de Guadalupe y se conmueve, no por su fe o por su falta de fe, sino por la patria recobrada en un instante, ante una imagen:

Ví a través de la distancia una tierra toda mía, unos indios desnudos que me parecían hermosos a la luz del recuerdo, un hogar con mi madre y mis hermanos rezando delante de esa misma Virgen y sobre esa tierra, sobre esos indios, sobre ese hogar lejano un heroico sacerdote coronado de canas, de semblante dulcísimo, de mirada de apóstol, empuñando el estandarte en que aparece esa virgen indita... Ese anciano era el cura de Dolores gritando: ¡Viva México! ¡Viva la Independencia! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!...

—¿Sois un católico muy ferviente?

—Soy mexicano, ausente de la patria, y se avivan mis sentimientos de tal suerte mirando esta imagen, que comprendo al aragonés que decía: "yo no creo en nadie, soy ateo, pero al que me hable mal de la Virgen del Pilar, le pego un tiro". La mujer se desprendió del cuello la envejecida y sucia prenda, la puso en mis manos, y sin avergonzarme de aquel arranque íntimo, besé la histórica imagen.

Creí en tal instante escuchar en mi derredor un coro angélico. Era que besaba muy lejos de la Patria, del hogar y de mis amigos, el estandarte de Hidalgo, la frente de mi madre y de mis hermanos que había visto alzarse con júbilo en el templo del Tepeyac los días 12 de diciembre, a recibir la bendición de la protectora de Juan Diego, era que besaba todos los recuerdos de mi niñez todos los nombres de mis amigos íntimos, toda la

poesía y la esperanza del nuevo culto de la raza indígena que cree que esa Virgen de tez morena y ojos negros es su amparo y su defensa.

En "Pobre pescadora".

Hoy no resultan tolerables o comprensibles tales efusiones, pero en las últimas décadas del XIX, lo que nos resulta "chantaje sentimental" fue lenguaje compartido, el habla simbólica de conocimientos y reconocimientos. Todo quedaba muy cerca: la amistad, la religión, la historia, la patria, el amor, la poesía, la familia. Y Peza fue indudablemente sincero porque entonces no había márgenes sociales, espacios de disidencias extremas. Ignacio Ramírez podía deificar a la naturaleza ("Vuelvo a tí sin temores ni esperanza") y proclamar su ateísmo, pero respetaba a la familia, prologaba a Peza y, sometido a la retórica, esparcía a los pies de la diosa incienso y flores. Un liberado miembro del gabinete de Comonfort decía, al ofrecérsele la hostia en una ceremonia: "Gracias, no acostumbro", pero la norma era la unidad, el sometimiento a la herencia moral, la falta de sentido del humor ante la urbanidad y las buenas maneras. Juan de Dios Peza, quizá, por sus deméritos literarios, representó óptimamente esa *negativa de distanciamiento* de una sociedad recién constituida. No hay que separarse de lo que somos, de lo que hemos sido. Todavía no es tiempo. Aún necesitamos lares y penates:

Yo amo —exclamó Peza— más que nadie el progreso material de los pueblos, y sueño en que al nuestro lo lleve a su mayor engrandecimiento; que le reforme si se quiere sus hábitos, pero que le deje incólumes su idioma, su libertad y el amor a la familia y a la patria.

Peza, "aparato ideológico del Estado". Si así se quiere ver, no hay inconveniente. El, en efecto, sirvió de "maravilla al propósito porfirista de sustentarse en la familia y el culto a los héroes". Pero, en verdad, lo que Peza hizo fue capitalizar literariamente las demandas de estabilidad de una clase en expansión harta de guerras, ávida del reconocimiento internacional, ligada profundamente a su pasado inmediato, estupefacta ante su grandeza inminente. ¿Qué mejor que persuadir a estos mexicanos ya sedentarios de que su triunfo se iniciaba en casa, de que su sacrificio (cualquiera que éste fuese) no había sido en vano ya que sus hijos creerían en la paz, y que su vida íntima sería —a ojos vistos— el manantial de pureza nacional? Sin mayores transiciones se pasó, programáticamente, de la emoción histórica a las satisfacciones inéditas de lo cotidiano:

No existe para mí dicha ninguna mayor que aquella que alumbró mi vida en la primera vez que de tu cuna te alcé en mis brazos, te besé dormida.

De "Cambio de nombre".

Desde esta perspectiva, la comprensión de una moral social y un gusto literario sostenido en la autocomplacencia, es dable leer provechosamente a Peza, ese antiguo bestseller hoy casi desconocido. Según José Emilio Pacheco, los *Cantos del hogar* no pueden ser atacados como poesía porque no son sino relatos puestos en verso. En forma similar, Juan de Dios Peza no debe ser criticado como escritor. El no fue sino un registro enardecido de la sociedad que no desdenaba acudir a la rima y a la confesión desgarradora para afianzar su respetabilidad y sus métodos de comprensión emocional.

Departamento de Investigaciones Históricas
I.N.A.H.

Juan Villoro

NOTICIAS DE CECILIA

Desde el fondo de la sala, la mujer de ojos grises me observaba con atención. Lo único que me divertía de las lecturas en ciudades de provincia era encontrar un rostro sugerente, alguien que me aislara del resto del público. Con el tiempo, mi mente se había ido poblando de rostros, quizá modificados por el trabajo de una memoria afecta a los retratos ambiguos, enigmáticos. Esta vez no faltaba una figura recurrente en mi galería portátil: el calvo dormido en la primera fila; tenía una enorme verruga en el cráneo que me hacía desviar la vista hasta el fondo de la sala, donde me aguardaba la pálida belleza de la mujer, los ojos grises que desde ese momento sabía inolvidables.

Casi nunca aplaudían mis relatos, pero aquella tarde hubo unas tímidas palmadas, incluso alguien me pidió que autografiara un gastado ejemplar de mi primer libro. Después vendría la acostumbrada merienda en un restorán de los portales de la ciudad en turno y el sobre con el dinero que me ayudaba a seguir tirando. Me disponía a salir cuando la volví a ver.

—Lo estaba esperando —dijo con una voz tan persuasiva como sus ojos grises.

Me explicó que trabajaba para un inglés retirado en una ciudad cercana.

—Como usted sabe, en las universidades anglosajonas es muy común el puesto de lector —la voz no tenía nada que ver con el sentido académico de las palabras; para mí, era como si dijera “colibrí, heliotropo, penumbra y nostalgia”—, y el Sr. Sheridan, ese es el nombre de mi jefe, desea contratarlo como lector.

—¿El me conoce?

—No, me pidió que escogiera a alguien para el puesto. Nosotros cubríamos sus gastos de traslado y estancia, además de sus honorarios, por supuesto.

Continuó con la expresión ausente de quien acaba de decir “menta, veinticuatro, duraznos y asteroides”.

—¿Y sólo tendré que leer?

—Exactamente.

—¿Eso es todo?

—Todo.

Regresé a la capital a rematar los pocos muebles que conservaba en el departamento. El ofrecimiento del Sr. Sheridan era la primera novedad que rompía la morosa perpetuación de mis vagabundeos literarios. Lo único que me inquietaba era la causa misma de la invitación: mi voz. Tengo una voz desagradable, absolutamente nasal. Mi dicción es rasposa, pronuncio demasiado; la t y la d no salen de mi boca, más bien truenan en ella. En cuanto al tono, sólo puedo decir que es precipitado, adolescente, como si mi voz se hubiera estacionado en lo que yo era hace muchos años. Cuando hablo por teléfono, me reconocen de inmediato; lo “inconfundi-

ble” de mi voz, lo sé bien, es la gangosa urgencia con que se atropellan mis palabras.

Sin embargo, esto no me había impedido sobrevivir a base de lecturas. Mis cuentos tenían tan escasa acogida que nadie parecía reparar en que fueran bien o mal leídos. Sólo me quedaba esperar que el Sr. Sheridan no agregara al lujo de tener un lector privado, la exigencia de una buena voz.

Tomé un avión que hacía escalas en varias ciudades del norte. Por el aspecto de los pasajeros difícilmente se podía pensar en un vuelo turístico. Los sombreros, las chamarras con cuello de borrego, las botas picudas, los paquetes atados con mecates me situaban en medio del elenco de un rodeo. Después de dos horas llegamos a un pequeño aeropuerto: una sola pista de aterrizaje, una construcción amarillenta con techo de asbesto, algunas avionetas descarapeladas por el viento.

Esperaba encontrarme con la mujer de ojos grises. La imaginaba con una pañoleta en la cabeza, que es como siempre ubico a las mujeres en los aeropuertos y en los andenes de ferrocarril.

En cuanto recogí las maletas un hombre moreno, muy parecido a los pasajeros del avión, me atajó el paso.

—Vengo de parte del Sr. Sheridan. Me llamo Ambrosio —dijo, extendiendo una mano con anillos dorados.

Subimos a una pick-up. Ambrosio sumió su bota en el acelerador y arrancamos levantando una ola de agua sobre la cuneta.

—Ha llovido mucho esta primavera —fue lo último que dijo en el trayecto a la casa.

Sí, había llovido mucho, pero la tierra seguía estando seca. Los charcos: lunares negros en una extensión de polvo petrificado. Avanzamos por el desierto. Ambrosio movía mucho el volante para no caer en los baches llenos de agua. Estaba oscureciendo cuando me tendió una botella de tequila, el cristal se veía refulgente en la penumbra de la pick-up.

Tomé un par de tragos y decidí dormir un poco. Lentamente, las últimas imágenes de la ciudad, el vuelo ranchero, el pequeño aeropuerto, la carretera inundada dejaron su sitio a una sensación de abandono, de soledad total, algo que entreví en mi sueño en la forma de un túnel infinito.

Me desperté con las palabras de Ambrosio que daba instrucciones para que trasladaran mi equipaje. Una mujer morena, que podía ser la hermana, la esposa o la hija de Ambrosio, me guió hasta mi cuarto. Todavía me estaba frotando los ojos cuando me quedé solo. La habitación era agradable; paredes de madera, pinturas rústicas en papel amate, equipales de cuero. Sobre el escritorio había toallas de tres tamaños. Pensé en la mentalidad definitivamente anglosajona de alguien preocupado en diferenciar los actos de secarse las manos, la cara, el cuerpo entero.

El día siguiente se me fue en recorrer el lugar al que había ido a vivir. Desde mi ventana pude ver el desolado paisaje que sólo se interrumpía en la huerta de la casa. Por afuera, la construcción ostentaba los sólidos muros y contrafuertes de los cascos de hacienda. Sin embargo, por dentro la arquitectura colonial había sido removida. Me costó trabajo orientarme en la confusión de pasillos, escalinatas, corredores laterales, cuartos contiguos y puertas clausuradas. De inmediato sentí que el interior de la casa sólo podía responder a un ideal arquitectónico: el castillo de un barco. No hacían falta los barandales en los corredores, las escotillas en el techo, las ventanas de ojo de buey; bastaba con los desniveles, con las ociosas escaleras de seis peldaños, con la carencia de espacios abiertos. Me costó tres o cuatro días detectar la ruta directa al comedor.

—¿El Sr. Sheridan reconstruyó la casa? —le pregunté a Ambrosio cuando rematabamos la cena del cuarto día con abundantes raciones de arroz con leche.

—Sí —contestó, desviando la vista hacia la mujer que para entonces ya me había sido presentada como su esposa—; la remodeló de acuerdo al plano de un barco. El Sr. Sheridan fue marino. Más de cincuenta años al servicio de la armada británica.

—¿Cuándo veré al Sr. Sheridan?

—En cuanto regrese su secretaria.

Me costó trabajo asociar a la mujer de ojos grises con el rubro impersonal de secretaria. Tomé otra cucharada de arroz con leche. Lo único que en verdad me interesaba en esos días era la comida. Comía con desesperación, como si nunca hubiera tenido más de un plato en mi casa. Hasta entonces, los hombres de gran apetito me habían parecido despreciables (el hambre eterna era el atributo de quienes tenían un pasado lastimoso: el reformatorio, la academia militar), pero ahora la voracidad me proporcionaba una dicha esencial.

El resto del tiempo se me iba viendo las sombras que cambiaban con el crepúsculo en la huerta, perfumando y doblando el pañuelo, jugando interminables partidas de póquer con Ambrosio, iniciando cartas que nunca concluía, dejando que los días se desgranaran poco a poco. Cuando necesitaba algo (un paquete de tabaco oscuro, ponerle medias suelas a los zapatos, el desodorante de lavanda) me lo procuraba por medio de Ambrosio. Nunca sentí deseos de acompañarlo en la pick-up. El tiempo se había suspendido en tal forma que me bastaba cualquier alteración de la rutina (un nuevo sendero en la huerta, un nuevo brote en el follaje inseguro de los perales) para sumirme en ella como en un acontecimiento. Al lado de estos cambios minuciosos, el retorno de la mujer significó el inicio de otra época.

—Sea usted bienvenido —me dijo, después de tocar tres veces en la puerta entreabierta del cuarto.

Me preguntó si necesitaba algo. Prometió que pronto se regularizaría el pago de mis honorarios. La mención del dinero me pareció tan desproporcionada como el resto de las frases que salían de los pálidos labios de la mujer.

—No necesito nada —estaba ofendido. La estancia había sido tan placentera que la sola alusión a un sueldo me hacía sentir desagradecido.

En ese momento noté que ella tenía un papel en la mano.

—El Sr. Sheridan lo espera en la biblioteca. Así llegará más fácil —me tendió un mapa hecho a mano: la segura caligrafía de un arquitecto.

No tuve trabajo en seguir el mapa. La última flecha desembocaba en una escalera. Arriba, la puerta estaba abierta.

Entré a un salón que conservaba los muebles de madera y cuero del resto de la casa, pero que tenía las paredes cuajadas de libros, miles de libros que parecían comprimir la atmósfera. No pensé en revisar los títulos. Todos esos libros me quitaban la curiosidad, sólo un volumen aislado me hubiera llamado la atención.

Encendí un cigarro y me senté a ver las volutas de humo que desfilaban hacia el techo

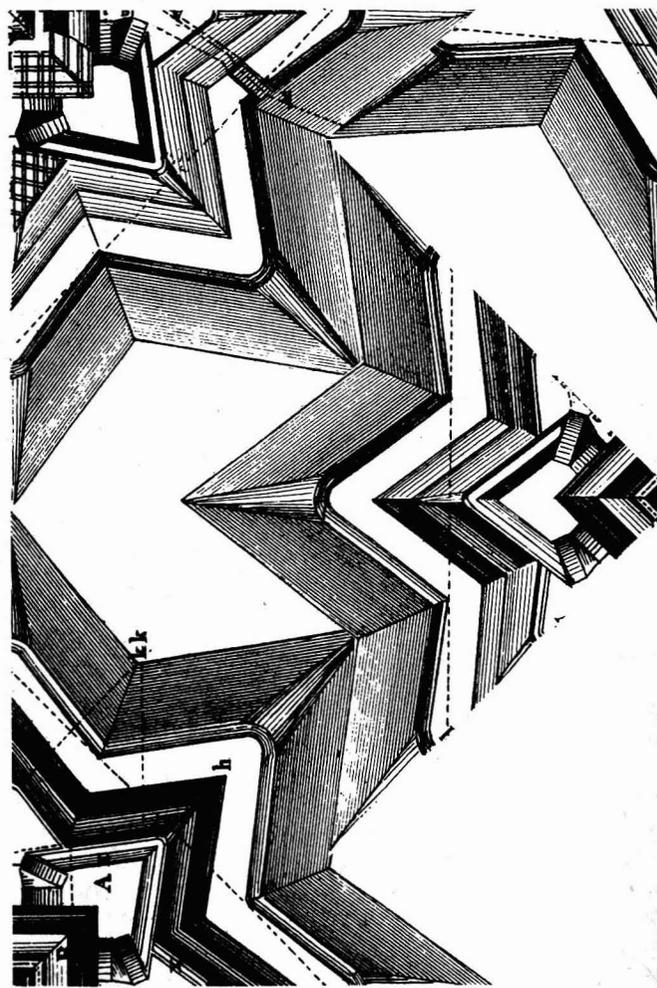
Un ruido me hizo voltear al fondo de la sala. Era una puerta que no había advertido. La figura del Sr. Sheridan quedó enmarcada por el quicio de madera. Entonces pensé en lo grandes que podían ser los hombres.

El tamaño ocultaba la edad. No logré creer que los hombros, el cuello, los brazos, los pies que avanzaban sin despegarse del suelo fueran los de un anciano.

Se dejó caer en uno de los equipales. Me saludó con una voz áspera, como si las palabras rodaran lentamente en su boca. Pensé en la lengua del Sr. Sheridan y cerré los ojos. Cuando los abrí me encontré con un libro encuadernado en piel que parecía una edición de bolsillo en la mano del Sr. Sheridan.

Empecé a leer con cuidado. Mi dicción se podía desbocar en cualquier momento. A la vuelta de unas hojas estaba leyendo igual que siempre. Mis frases caían como trastos viejos. Temí el regreso al aeropuerto de las destartadas avionetas. Pero al desviar la vista me encontré con un rostro sereno que parecía disfrutar de una puesta de sol.

—Por hoy es suficiente —dijo con un leve acento extranjero.



Estaba por salir cuando añadió:

—Usted es escritor, ¿verdad? —ahora su voz era recia, animada.

Contesté afirmativamente, con la sensación de haber dicho una mentira atroz.

—Con el tiempo, tal vez me anime a contarle mi propia historia —añadió, como si esto explicara el cambio de entonación.

Desde entonces la mujer cenó con nosotros. El Sr. Sheridan continuó sin presentarse a la estancia donde la esposa de Ambrosio daba sus únicas señales de vida: jugosos asados de cordero, humeantes fuentes de arroz y frijoles.

—El mapa —le pregunté a la mujer—, ¿lo dibujó el Sr. Sheridan?

—Sí, él es arquitecto. Tal vez la casa le parezca a usted rara. Para él es un capricho personal, una liberación después de tantos años de seguir el gusto convencional de sus clientes.

Volteé a ver a Ambrosio. Su cara morena se concentraba en las migajas que habían quedado alrededor del plato.

Sentí que la mujer me miraba sin prisa. Al volverme hacia ella supe que esos ojos eran capaces de una tibia familiaridad. Le pregunté su nombre.

—Cecilia —contestó, y ese nombre azul celeste se introdujo en mi cuerpo y debió salir en la forma de una mirada brillante que ella devolvió con una mínima sonrisa.

—Buen provecho —Cecilia se levantó de la mesa y para mí fue como escuchar “lámina, ágata, alcanfor”. Pensé que sólo

se podía dirigir a un cuerpo que escapaba al estilo rústico de la casa, una alcoba melancólica y lunar.

Desde que supe que estaba enamorado de Cecilia empecé a comer menos. Mi apetito no había disminuido, pero me parecía vulgar comer tanto frente a ella. De nuevo respondí a un imperativo de la memoria: los enamorados eran pálidos, una pasión febril los consumía por dentro. Sin embargo, no intenté que nuestros destinos se cruzaran; ese primer amor hacia Cecilia era colmado por la contemplación de su rostro, por los gestos durante la cena que perduraban en mi mente como el resplandor que sigue al crepúsculo. Eso me bastaba: su tez pálida y luego la oscuridad. Sus actividades me parecían indefinidas. No la concebía en el laborioso puesto de secretaria. Cuando comentaba algo referente a su trabajo, por ejemplo “la correspondencia está muy atrasada”, yo oía “hay un petirrojo en el jardín” o “me da miedo la altura”.

En las mañanas continuaba leyendo para el Sr. Sheridan, ya sin preocuparme de mi voz. El libro me aguardaba sobre la mesa de centro. El Sr. Sheridan me saludaba en el primer tono que le escuché, áspero y apagado. No había cumplido la promesa de contarme su historia. Se limitaba a oír con indiferencia lo que yo leía. Enorme. Imperturbable.

Un día me atreví a un experimento. Mientras leía una tortuosa descripción mi mente comenzó a trabajar como en otras épocas en que la lectura era ante todo un estímulo para mis propias historias. Leía la travesía de un cochero por un bosque de abedules, cuando empecé a intercalar palabras que no venían al caso. Poco a poco, lo que era un pasaje veraniego se fue convirtiendo en la ascensión de una escarpada montaña. Al terminar la narración con un rescate alpino me sentí tan satisfecho como si hubiera colocado la bandera de mi país en la cima de un volcán.

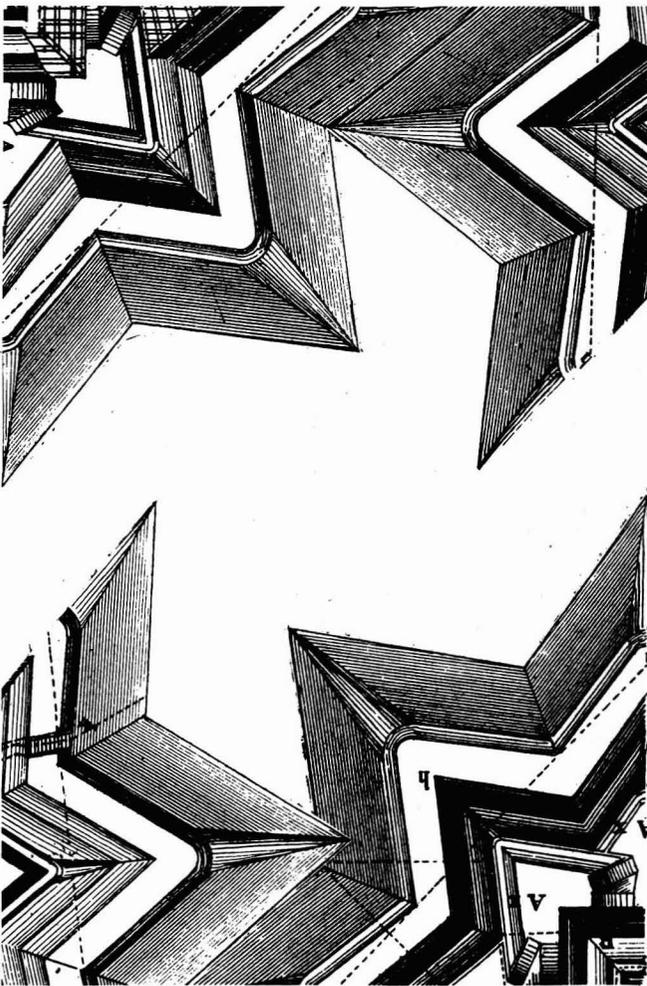
De principio a fin supe que no corría riesgo alguno: el Sr. Sheridan estaba del otro lado de mis palabras. A partir de ese día, la lectura se volvió un taller de inventiva. De vez en cuando el Sr. Sheridan me dirigía una apacible mirada, una gentil corrección para un personaje excesivo que había volado siete veces en una misma jornada. Esto me hacía suponer que no le preocupaba tanto la verosimilitud como la reiteración en los relatos. Sin darme cuenta, fui creando historias tan variadas como la arquitectura de la casa.

Desde el día en que la historia del rescate alpino se abrió paso entre las farragosas páginas del libro, quise hablar a solas con Cecilia. Pero Ambrosio siempre cenaba con nosotros, y su cortesía era tan exagerada que en vez de fomentar, frenaba el diálogo. Ni siquiera en las partidas de póquer abandonaba su rígida compostura, la británica misión que le había asignado el Sr. Sheridan.

Cecilia, en cambio, no siempre iba a cenar. Podían pasar varios días sin que la viera. Una noche en que la esperé en vano, me animé a confrontar su historia con la de Ambrosio. No, no dudaba de Cecilia, cómo podía desconfiar de esos ojos que sólo a mí me revelaban una sutil parcialidad. Era de Ambrosio y de su limitada percepción de quien dudaba. Sin embargo, sólo él se prestaba a un careo de las historias. Le volví a preguntar por el origen de la casa.

Sólo logré extraer ecos de su relato inicial. El Sr. Sheridan había navegado a los cuatro vientos. La casa era su último refugio, el simulacro naval que lo ayudaba a vivir con sus recuerdos.

Algo me hacía desconfiar de esta versión. No podía otorgarle un carácter romántico y apasionado a la desmesurada complejidad del Sr. Sheridan. Más bien lo imaginaba bajo el



disfraz del caprichoso artífice que había descrito Cecilia.

—¿Otra copita?

—Sí, por favor —y Ambrosio me llenó el vaso de tequila para culminar la cena y la conversación de ese día. Sus palabras carecían de convicción. Ambrosio se refería a la casa en el tono neutro de quien lee una receta.

Al día siguiente se presentó en mi habitación. En la mano tenía un paquete atado con mecates. Atrás estaba su esposa.

—Ha sido un placer conocerlo. Nos vamos de la casa.

—Pero ¿y yo? —de inmediato me arrepentí de una pregunta tan egoísta.

—No se preocupe, en la cocina encontrará todo lo que necesite. Pronto alguien se hará cargo de la casa.

La mujer de Ambrosio estaba llorando, aquello era un despido.

Estreché la mano oscura y nuevamente vi sus anillos dorados. La pérdida de Ambrosio sólo me importó porque ahora tendría que prescindir de las partidas de póquer. De cualquier forma, pronto encontré una nueva actividad. Después de inventar alguna historia, me dirigía a la cocina. La alacena era un enorme almacén. Pasé varias horas leyendo las etiquetas de las latas. La primera que abrí fue de atún. Confeccioné unos rollizos sándwiches que acompañé con un termo de café.

En la noche me esmeré en preparar un guiso medianamente complejo (lomo con ciruelas y coliflores capeadas). Pero Cecilia no apareció. Durante una semana no supe de ella. Temí que también hubiera sido despedida. No me atrevía a preguntarle al Sr. Sheridan. Mis historias decaían, mis paseos por la huerta se hicieron más escasos.

Sólo la alacena me reconfortaba. Abría enormes latas de chiles, descubría nuevas marcas de alimentos. La despensa era tan grande que parecía que los productos se daban ahí como los frutos en la huerta.

Pasé la mayor parte de las tardes en la alacena hasta que descubrí una caja de tabaco oscuro. Era igual a las que me proporcionaba Ambrosio cuando “iba a la ciudad”. Seguí buscando entre los estantes, derribé latas y cajas, la leche en polvo se desparamó en el piso. Abrí un enorme paquete. Un frío me recorrió la espalda. Adentro había decenas de desodorantes de lavanda, un martillo, clavos y tiras de cuero. Me aterró la idea de que Ambrosio no hubiera salido de la casa desde mi llegada. Sus viajes a la ciudad eran simples idas a ese almacén perfectamente surtido. Me senté en una lata, contemplando el tiradero: era como asistir a una representación gráfica de mi voz.

La siguiente historia que le conté al Sr. Sheridan fue un mero tartamudeo. Al despedirme creí advertir un temblor en las comisuras de su boca.

Esa tarde me decidí a buscar a Cecilia. Tomé uno de los corredores. Sentía una tensión que me recordaba mi vida en la ciudad, las paredes se sucedían unas a otras como los rostros sin ojos de una alienada multitud.

Debí caminar varias horas antes de llegar a la esquina decisiva. Al dar la vuelta me encontré con un destello azul que venía del fondo del pasillo. Era una flor en una botellita de cristal. No sé nada de botánica pero aquellos pétalos de un delicado azul prusia me revelaban la flor más valiosa, la única que tenía el color del nombre de Cecilia.

Me sentí feliz de saber algo de ella. Regresé a mi cuarto tratando de memorizar el camino casi abstracto entre ambos puntos.

La proximidad de una nueva cacería de flores azules (tenían que ser varias) me ayudó a pasar la mañana que siguió

al primer hallazgo. En la tarde logré regresar al sitio donde había encontrado la flor. Nuevamente me encontré con los pétalos azul prusia. Los recogí con el gusto de quien recibe una carta de un país lejano.

Deambulé por los corredores en busca de otra señal de Cecilia. No se si pasaron horas o minutos hasta que la encontré al pie de una escalera: ahí estaba, la segunda flor de ese día.

Subí y descendí innumerables peldaños, caminé y regresé sobre mis pasos incontables veces, fatigué la construcción en casi todos sus flancos, pero fue en vano. La tercera flor no apareció. El número tres tiene un carácter concluyente; la próxima flor me llevaría a Cecilia. No podía imaginar lo que vendría después; mi teclado de suposiciones no registraba la siguiente escala. Cecilia era tan frágil, tan dueña de la distancia que nos separaba, que el acercamiento me hacía pensar en un asalto, como si fuera a tropezar con un precioso objeto de cristal.

Mi mente se pobló de destellos azules. Cuántas veces no creí ver la tercera flor en algún rincón de los pasillos; cuántas no la transmuté por una burda margarita que crecía en la huerta.

Cada tarde repetía el recorrido por los dos puntos donde Cecilia florecía. Recogía los pétalos quebradizos y me lanzaba en pos del tercer destello. La manera en que lo encontré se debió más que nada a la confusión y a la fatiga.

Sin darme cuenta, una tarde en que estaba casi resignado a no volver a ver a Cecilia, subí la escalera que conducía a la biblioteca. Era la primera vez que lo hacía a esa hora. Sin embargo, el Sr. Sheridan me esperaba.

Me dejé caer en uno de los equipales. Mis ropas estaban sudadas. Un olor agrio subió a mi nariz.

—Me da gusto verlo. Tenía deseos de contarle mi historia —el Sr. Sheridan hablaba en el poderoso tono que le escuché en nuestra primera entrevista.

En una forma imprecisa supe que aquella estrepitosa revelación sólo podría ser más compleja en el enigma mismo. A su lado, mis historias parecían meros balbuceos del inconsciente. La curiosidad y el orgullo de enfrentarme a un discurso superior me retenía en el asiento. Pero el miedo me fue ganando poco a poco: con el tiempo, las palabras que ahora me rebasaban tal vez encontrarían acomodo en mi elemental inteligencia; con el tiempo, aprendería a obedecer los más simples mandatos de esa inexpugnable orfebrería verbal. Sentí lástima por Ambrosio, sobre todo al darme cuenta de que yo era su sustituto.

Entonces apareció Cecilia. Se quedó bajo el quicio de la puerta. Sus ojos grises tenían una urgencia extraña: me pedían que huyera. La seguridad del gesto me convenció de que sólo yo estaba involucrado. Ella no escaparía. De golpe me di cuenta de mi simplicidad al pensar que Cecilia estaba de mi parte. Yo era su instrumento. Ella había decidido que entrara a la casa y ahora me urgía a partir. Las razones que tenía para engañarme en tal forma me parecían tan misteriosas como la otra estrategia, la telaraña del Sr. Sheridan que buscaba retenerme. Ya sólo el miedo me podía poner al servicio de Cecilia.

Sobre la mesa de centro había un repugnante y afilado objeto de metal. Mis ojos se cruzaron con los de Cecilia.

El cráneo del Sr. Sheridan lucía enorme y rosado. Cecilia abrió la mano, mostrando una confusión de pétalos azules. Esto fue lo último que vi antes de lanzarme sobre la mesa. Quisiera ahorrarme los pormenores de mi infamia. Baste saber que mi acto fue lo suficientemente miserable para devolverme a la limitada libertad de los hombres.

Horacio Crespo

POLONIA: NACION Y DEMOCRACIA EN EL SOCIALISMO REAL



“Los trabajadores polacos le deben al Partido Comunista de la URSS todo lo más valioso que poseen: libertad, independencia, desarrollo rápido de la industria y la cultura nacional, crecimiento de las fuerzas interiores (...) La ayuda fraternal, la amistad y el ejemplo del pueblo soviético ejercen una influencia decisiva en nuestra transformación histórica. La URSS da al mundo el ejemplo de nuevas relaciones internacionales entre los pueblos (...) caracterizadas por la alianza, la amistad fraternal y la colaboración mutua.”

Boleslaw Bierut, *Discurso ante el XIX Congreso del PCUS*, 1952.

—¿Qué miedo les dio en Francia ¿verdad?, cuando pensaron que Rusia iba a invadirnos...

—No me diga que usted no tuvo miedo.

—¿Yo? Tengo fe. Y cuando uno tiene fe todo resulta mucho más fácil.

—No es su fe lo que va a detenerlos.

—¿Sabe usted por qué no van a entrar? (*bajo sus bigotes hay una eterna sonrisa*) Porque saben que el polaco no es un gallina. ¿Y por qué se le ocurre que lo harían? (*Se dobla de risa.*) Los rusos son amigos nuestros, ¿no es así? usted y yo somos amigos, y usted no me tiene miedo. Cuanto más, podría darle un beso...

—¿Y si a pesar de todo entran?

—Algún día voy a morirme. Si me toca ahora, ni remedio.

—¿Se prepara Solidaridad para la resistencia?

—¿De qué serviría? Contra nosotros la fuerza es inútil. No le *llegamos* a la Unión Soviética. Militarmente seríamos vencidos; lo sabemos y ella también. Con o sin invasión, el problema es el mismo: ante cualquier imposición, dejaremos de trabajar. Pueden matarnos, pero no pueden obligarnos a trabajar.

Guy Slibon entrevista a Lech Walesa. 1981.

La reunión en Varsovia —que se efectúa en momentos de redactar este artículo— del IX Congreso Extraordinario del Partido Obrero Unificado Polaco tendrá amplias repercusiones en el desarrollo de uno de los procesos más inéditos, importantes y significativos de la escena mundial en la década recién iniciada y que por supuesto está llamado a tener gran trascendencia cualquiera sea su desenlace: la crisis nacional, de una dimensión casi catastrófica, que sacude a Polonia después de practicar durante más de tres décadas el “socialismo real” del que nos habló Rudolf Bahro.

Inédito no por la conmoción social y política que trasciende las fronteras polacas y amenaza la estabilidad de Europa del Este (ya acontecieron las experiencias de Hungría y la propia Polonia en 1956, y de Checoslovaquia en 1968), sino por el conjunto de elementos nuevos que en el origen mismo de la crisis han emergido y que no aparecieron, o no jugaron un papel relevante, en los hechos señalados. Es casi un tópico subrayar que los sucesos polacos, lo mismo que contemporáneamente aunque desde contenidos y situaciones muy distintas las elecciones francesas, actualizan la temática de las relaciones entre socialismo y democracia; lo es también remarcar que cuestionan radicalmente la esencia misma de los regímenes burocrático-totalitarios del bloque socialista y muestran ¡hasta qué extremos! la naturaleza de las relaciones existentes entre los países miembros del bloque y el he-

gemonismo soviético. Los movimientos anteriores, desde sus respectivas especificidades, lo habían hecho también. Lo nuevo es la forma adoptada en el proceso polaco por la contestación que progresivamente alcanza mayor profundidad en sus planteamientos y toca, en una espiral cada vez más amplia, casi todos los aspectos de la vida social hasta ahora cuidadosamente regimentados o al menos celosamente controlados por el Estado. Lo verdaderamente original es que, a diferencia de todas las demás experiencias renovadoras —por lo demás oportuna y brutalmente frustradas por la URSS—, la fuerza motriz del proceso no se encuentra en determinado sector del Partido y del Estado sino en un movimiento autónomo de masas, fundamentalmente obreras, que enfrenta al régimen y obliga a una redefinición global —actualmente en curso— de las relaciones políticas y sociales, y a partir de la dinámica generada por su actuación motiva realineamientos y toma de posiciones en el seno del aparato dirigente sin perder por ello la iniciativa política y la capacidad de ampliar sus bases de sustentación social.

Stalin, el liquidador

Esta originalidad del proceso tiene raíces profundas en la experiencia histórica secular del pueblo y la nación polacos y, más específicamente, en el desarrollo del sistema socialista en el país. Es necesario aquí dejar de lado esa particular manera de ver Europa del Este que tiende a uniformar las características sociales y políticas de todos los países de la región tras el rótulo de “socialistas”, miopía curiosamente alentada tanto por panegiristas como por detractores o críticos a medias. El “hecho” nacional es una fuerza histórica plenamente vigente, a pesar de todos los esfuerzos para abolirlo o distorsionarlo (desde los procesos estalinistas y la “soberanía limitada” de Brezhnev hasta una eclosión que subsume toda diferencia en el “campo socialista” con la noche de las “burocracias” todos los días en *Pravda*). La dinámica social revela tozudamente su presencia y la necesidad de contar con él como una de las claves mayores para la comprensión de los movimientos que emergerán como respuesta a una crisis cada vez más inminente.

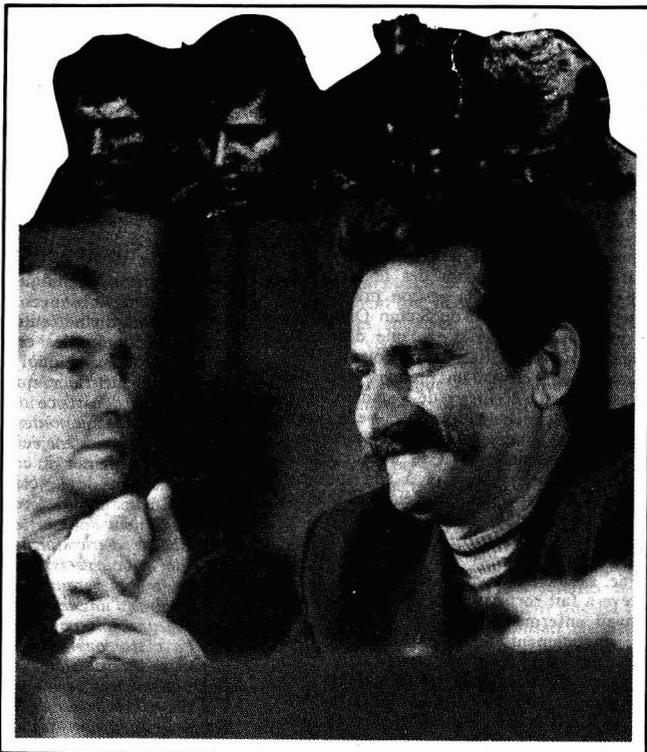
La nación polaca, es bueno recordar, tuvo una existencia dramática. Después de los tres repartos en la segunda mitad del siglo XVIII y su desaparición como estado independiente, y de una brutal opresión a lo largo del siglo XIX en la que los zares cumplieron el papel más decisivo, Polonia recuperó su soberanía al finalizar la Primera Guerra Mundial. El nacionalismo polaco, nutrido en la tradición romántica de resistencia de todo el siglo anterior, y que fue saludado hasta por Marx y Engels, volvería a sufrir una durísima prueba —quizá la más grave de todas— en 1939. El “cuarto reparto” fue fruto de una cláusula secreta del Pacto Molotov-Ribbentrop firmado en las visperas del desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial; en efecto, pocas veces se recuerda que junto a la agresión nazi, el 17 de septiembre de 1939 dos cuerpos de ejército de la URSS atravesaron la frontera oriental de Polonia y ocuparon el territorio acordado el mes anterior, y que el 28 de septiembre un nuevo protocolo entre Hitler y Stalin sancionaba el “quinto reparto”, los frutos de la “victoria” y la desaparición de Polonia como estado independiente. Así pudo decir apropiadamente Molotov que la amistad ruso-alemana estaba “sellada con sangre”... de polacos, naturalmente. El cinismo del lugarteniente de Stalin se manifestó igualmente descarado cuando calificó a Polonia de “monstruoso aborto del Tratado de Versalles” halagando al chauvinismo nazi, o cuando bajo su inspiración *Pravda*, con su elegancia estilística habi-

tual, afirmaba que el gobierno polaco en el exilio en Londres “ejercía su autoridad sobre un territorio compuesto, pareciera, de seis recámaras, una sala de baños y un W.C.”. André Fontaine acota muy ajustadamente que el órgano del Partido Comunista olvidaba un ejército heroico, que participó en todos los teatros de la guerra y que Stalin se cuidó muy bien de masacrar doblemente: la oficialidad prisionera en 1939, desaparecida “misteriosamente” en 1940 y cuyos cadáveres fueron encontrados en fosas comunes del bosque de Katyn en 1943 por los alemanes y, por cierto, la resistencia insurrecta que desde agosto a octubre de 1944 enfrentó a los nazis en Varsovia mientras el ejército soviético suspendía inexplicablemente su ofensiva a orillas del Vístula y la retomaba después de que la insurrección fue aniquilada y la capital polaca era una inmensa ruina, “liberada” por los rusos en enero de 1945.¹ No solamente el ejército (instrumento básico del gobierno no comunista exilado en Londres), sufrió la política de Stalin; antes, en 1938, una resolución de la Komintern había disuelto y, lo que es más incalificable, prohibido su reconstitución, al Partido Comunista Polaco bajo la acusación general de “luxemburguismo” e infiltración imperialista y policial. La purga se abatió sobre los dirigentes refugiados en la URSS de la represión en su país: desaparecieron entre muchos otros Adolfo Warski-Warszawski, amigo de Lenin en los tiempos de Zimmerwald y Kienthal; Wiczyński, Bronski, también amigo de Lenin a quien había comunicado las nuevas de la Revolución de Febrero en Rusia; Maximiliano Walecki y Wera Kostrzewa. Gomulka, una de las figuras claves de la historia polaca contemporánea, salvó su vida —paradójicamente— por estar cumpliendo una condena en la cárcel de su país por su actividad revolucionaria sindical en Suesia.

La agresión hitleriana a la URSS en junio de 1941 cambió ciertos aspectos de la política polaca de Stalin. Decidió que la nación polaca tenía derecho a la existencia y que los comunistas polacos podrían reorganizarse, claro está que con otro nombre. Wladyslaw Gomulka se convirtió en uno de los más importantes dirigentes del nuevo Partido Obrero Polaco organizado clandestinamente detrás de las líneas alemanas y, a partir de noviembre de 1943, fue designado su secretario general. A la vez Stalin desconoció al gobierno de Londres y cuando le resultó posible, después de su éxito diplomático en la Conferencia de Teherán en 1943, organizó un Consejo Nacional y un Comité Ejecutivo instalado en Lublin que fue postulado como el “único poder legal ejecutivo de Polonia”. Boleslaw Bierut, un viejo hombre de la Komintern superviviente de las purgas estalinianas, fue el presidente del Consejo Nacional y a partir de 1945 presidente de la república. Stalin también decidió acerca de las fronteras de la nueva Polonia: se quedó con su parte del “negocio” con Hitler, los bosques de Bielorrusia y los pantanos de Pripet, al confirmarse la línea Curzon como la frontera polaco-soviética; pero en compensación señaló la línea Oder-Neisse como la frontera occidental otorgando a Polonia todo el balcón hacia el Báltico y la ciudad de Dantzing (Gdansk). Reparación territorial a costa de la Alemania vencida y maquiavélico cálculo estratégico ya que contaba, como se lo comentó a De Gaulle en 1944, con que esto impediría cualquier intento de reconciliación futura entre Alemania y Polonia. Stalin logró finalmente, pese a las resistencias de Churchill, el objetivo: los aliados occidentales sacrifican la legalidad del gobierno de Londres y aceptan la integración de un Gobierno Provisional de Unidad Nacional integrado por el Comité de Lublin y dirigentes democráticos de Londres, entre los cuales el más importante es Mikolajczyk, lí-

der del Partido Campesino Polaco.

Bierut fue un dócil ejecutor de las políticas dictadas por Stalin. Postergó las elecciones mientras la policía secreta, organizada bajo la supervisión del general soviético Iván V. Serov, arrestó a numerosos líderes de la oposición. Impulsó la expropiación de las propiedades rurales mayores de cincuenta hectáreas y la nacionalización de las empresas que empleaban más de cincuenta obreros. Con el Partido Obrero (comunista), el Partido Socialista Polaco y el Partido Democrático organizó el Bloque Democrático y persiguió violentamente al Partido Campesino, que había rechazado sumarse a la coalición. A pesar de todo esto, el partido de Mikolajczyk obtuvo el 84% de los votos en las elecciones generales del 19 de enero de 1947; los resultados "oficiales" die-



Mieczyslaw Jagielski y Lech Walesa

ron sin embargo al Bloque Democrático 382 de los 444 asientos en el Sejm (Parlamento). Bierut fue confirmado como presidente de la república, mientras Józef Cyrankiewicz, un pragmático socialista, era nombrado primer ministro. Estos fueron los orígenes, cuidadosamente supervisados por las tropas soviéticas, de la "democracia popular" en Polonia. Mikolajczyk, acusado de ser un "aliado de los imperialistas extranjeros", debió exilarse en el otoño de 1947 en Londres. Su partido fue definitivamente destruido y toda oposición organizada dejó de existir, salvo la Iglesia Católica.

Wladyslaw Gomulka, secretario del Partido Obrero Polaco, compartió con Bierut la dirección del proceso de concentración política en manos comunistas o de aliados dóciles a ellos. Fue el impulsor fundamental de la compulsiva integración del Partido Socialista Polaco con los comunistas del Partido Obrero Polaco, que dio como resultado la formación en diciembre de 1948 del Partido Obrero Unificado Polaco (POUP). Sin embargo, antes de que esto cristalizara, Gomulka había ya caído en desgracia por "desviación nacionalista" en septiembre, siendo reemplazado en la cabeza del Partido por el mismo Bierut. La razón profunda de esa medida fue que Gomulka había observado algunas de las parti-

cularidades nacionales, se había opuesto a la colectivización forzada de la agricultura y hablaba favorablemente de la tradición socialista polaca. Además, en septiembre de 1947 se había opuesto a la línea soviética que auspiciaba la fundación del Buró de Información Comunista (Cominform), y a partir de junio de 1948, cuando la ruptura entre Tito y Stalin, se hizo marcadamente sospechoso de "titismo" y de pretender una "vía nacional polaca al socialismo" distinta del modelo soviético— con lo que su suerte política quedó echada. Excluido del Politburó en el Congreso fundador del POUP, Gomulka fue relevado de sus puestos estatales en enero de 1949 y en noviembre separado del partido. Finalmente, en julio de 1951 fue arrestado, pero muy digna y valerosamente —aún bajo peligro de su vida— rehusó admitir culpabilidad alguna en los cargos que se le achacaban.

La caída de Gomulka coincide con el año del "gran viraje" de la historia de las "democracias populares" de Europa oriental: 1948. La lucha entre Tito y Stalin, si bien significó el triunfo de la primera "herejía" comunista nacional, motivó el implacable cierre de la uniformidad opresiva estalinista sobre el resto de los países que permanecieron bajo la férula soviética. El ejemplo de Gomulka se repitió en todos los países, y particularmente Checoslovaquia, que había adoptado muy definitivamente un programa nacional hacia el socialismo bajo la inspiración de Gottwald, fue duramente reprimida. Así, una ola de antisemitismo se extendió por el Este de Europa, el clima de la guerra fría presidió las decisiones (la más importante de todas: el rechazo del Plan Marshall por presión de Stalin por parte de países que, como Checoslovaquia, ya lo habían aceptado) y la represión se convirtió en el arma fundamental de gobierno. Los procesos tristemente célebres de Laszlo Rajk en Hungría, ejecutado por "titismo", y aún el más impresionante de Rudolf Slansky, ex secretario general del Partido Comunista Checoslovaco, fueron la culminación del terror stalinista y una muy penosa reedición de las grandes purgas soviéticas de la década de los treinta en sus objetivos y en su metodología.³ Como señala muy bien François Fejtő, en 1948 y también en 1952 existía otro camino posible para el este europeo: "Era el camino de la democratización del comunismo, la tendencia a consolidar las estructuras socialistas por medio de concesiones reales a las aspiraciones nacionales y liberales de la población, por medio de la realización de las 'virtualidades democráticas del socialismo'".⁴ Pero el proceso de Slansky, abierto el 22 de noviembre de 1952, inmediatamente después de la apoteosis de Stalin en el XIX Congreso del PCUS, fue impulsado por "las tendencias más reaccionarias y más imperialistas de la burocracia soviética contra las tendencias autótonas reformistas y nacionales"⁵, la estalinización de las democracias populares abrió también el signo de la satelización y la liquidación de las vías nacionales al socialismo se dio la mano con la ruptura de cualquier expectativa democrática, por mínima que ella fuese. La burocratización y la centralización, unidas a la implacable represión, propia del modelo soviético, junto con la monótona uniformación ideológica, fueron el molde de la "construcción del socialismo" desde Berlín hasta Sofía.

En Polonia, donde la soviétización había llegado a extremo de "protectorado" con el nombramiento en 1949 del mariscal soviético Konstantin Rokossovsky como ministro de Defensa de... Polonia, se aprobó en julio de 1952 una constitución hecha bajo el modelo de la soviética de 1936, y la represión llegó a su punto culminante en septiembre de 1953, cuando fue detenido el cardenal Stefan Wiszynski, primado de la Iglesia Católica polaca, moderado pero a la vez firme

opositor al régimen. La muerte de Stalin en junio de ese año, las violentas luchas por el poder entre Khrushchev por un lado, Malenkov-Beria por otro y Molotov y Kaganovich sosteniendo la herencia de ortodoxia del "Padre de los Pueblos", abrieron un nuevo y complejo período en los países de Europa oriental y por supuesto en Polonia. Como señala Fejtő, una de las razones principales de la confusión de ese momento "se halla en el hecho de que la influencia de la Unión Soviética no se ejercía de un modo coherente. En la práctica, cada uno de los clanes rivales del Kremlin pugnaba por situar y proteger a sus propios agentes en las democracias populares"⁶. Resultado de ese espinoso proceso es un relativo camino de liberalización emprendido por la dirección polaca a partir de la deserción de José Swiatlo, alto empleado de Seguridad, a los Estados Unidos en el otoño de 1953, que produce un escándalo con sus revelaciones en torno a la infiltración policial en el aparato del Partido y del Estado. El 7 de diciembre de 1954 se disolvió el Ministerio de Seguridad Pública y se despromovió a su titular Stanislas Rankiewicz, el principal ejecutor de la represión en Polonia. Se liberaron millares de presos políticos y se liberalizó la censura, que había sido muy cuestionada en junio de ese año por el Congreso de Escritores. Desde 1953 se había reducido también el ritmo de la industrialización y disminuido notablemente la parte de la renta nacional dedicada a la inversión (de 25% en 1953 a 19% en 1954). Bajaron los precios de los artículos de más directo consumo popular y una cierta mejoría en las condiciones generales de vida parecieron aliviar un tanto la presión. Sin embargo, en el contexto general de la desestalinización, Polonia fue el país que la llevó a cabo más lentamente y con menor intensidad.

La lógica política de la desestalinización tenía en Polonia nombre y apellido: Wladyslaw Gomulka, quien es liberado de la prisión a fines de 1954. El 27 de mayo de 1955 Khrushchev, acompañado de Bulganin y Mikoyan, cumple un gesto espectacular: viaja a Belgrado y subraya la reconciliación con Tito en un comunicado final firmado el 3 de junio que inaugura la posibilidad de un camino pluralista y policéntrico en el mundo comunista: "Fidelidad a los principios de respeto mutuo y de no intervención en los asuntos interiores por cualquier clase de motivos, sean de carácter económico, político o ideológico, porque las cuestiones de organización interior, las de los diferentes sistemas sociales y las de las diferentes formas de desarrollo socialista conciernen únicamente a cada uno de los países individualmente considerados", rezaba la declaración. En Occidente, Togliatti será el primero en encabezar esta corriente y en no cesar de desarrollarla. El 24 de febrero de 1956, en su famoso "informe secreto" al XX Congreso del PCUS, el dirigente soviético hará el juicio decisivo a los crímenes de Stalin, conmocionará rotundamente la monolítica estructura del mundo comunista, y acelerará el proceso de cambio político en los partidos y países del campo socialista. Para el mayor estalinista polaco el informe tendrá, curiosamente, un efecto literalmente mortal: Bierut, después de escucharlo, sufre un ataque y muere en Moscú el 12 de marzo. Una nueva etapa política comienza en Polonia.

Gomulka: los años de la decepción

El nuevo secretario del Partido, Edward Ochab, junto con el *premier* Cyrankiewicz, promueve un plan para el retorno de Gomulka al poder. Pero imprevistamente las masas polacas irrumpen en la escena: el 28 de junio de 1956, en Poznan, los obreros de la fábrica de vagones de ferrocarril declaran una

huelga que se generaliza rápidamente, y una manifestación de más de 50.000 personas demanda pan, libertad, elecciones y la partida de los soviéticos. La represión cuesta cincuenta muertos y muchos heridos y la tensión política aumenta en el país. No constituía el primer choque en los países del bloque, ya que en junio de 1953 los obreros de Berlín habían protagonizado luchas violentas contra las tropas soviéticas, generalizadas luego a otras ciudades de la República Democrática Alemana, y en Checoslovaquia los obreros de la fábrica Skoda, en Pilsen, habían manifestado contra el local del Partido llevando retratos de Benes, el último presidente demócrata. Pero todas estas reacciones, incluida la de Poznan, no superaron la dimensión de un estallido espontáneo que, si bien iluminaban como un relámpago la situación imperante, no alcanzaban la organicidad requerida para la constitución de una oposición de gran aliento.

Con el mundo sacudido por la crisis de Suez, la Unión Soviética pudo aplastar efectivamente el desafío mayor constituido por la experiencia reformista de Imre Nagy a la cabeza del Partido Comunista Húngaro, que fue —además— completamente desbordada por las masas populares. Hungría demostró los estrechos límites dentro de los que se movía la desestalinización khrushcheviana, dispuesta a aceptar caminos nuevos allí donde ya habían sido experimentados —como era el caso de Yugoslavia— pero de ninguna manera en el territorio estratégico reservado que constituían las democracias populares. La disolución del Cominform, en abril de 1956, gesto de buena voluntad hacia el Mariscal Tito, no llegaba a contrabalancear la firma en mayo de 1955 del Pacto de Varsovia y mucho menos la entrada brutal de los tanques del Ejército Rojo en Budapest.

En ese marco se desarrolló la crisis polaca de 1956. En el momento capital, la noche del 19 al 20 de octubre, en la que un no invitado Khrushchev aterriza en Varsovia para discutir la situación con el Politburó polaco y varias divisiones rusas avanzaban sobre la capital, un recién rehabilitado Gomulka logró convencerlo de que la situación era controlable y que la experiencia reformista que planteaba como proyecto no alteraría en forma alguna la permanencia de Polonia en el mundo comunista. En el fondo lo esencial consistía en que, más allá de los sucesos de Poznan, el reformismo polaco discurría dentro de los órganos del Partido o de organizaciones controladas, a diferencia de lo ocurrido en la Hungría de Nagy, del círculo Petöfi y de militares como el coronel Pal Maleter, que no ofrecía ninguna garantía de control, moderación y especialmente alineación con la URSS. La sangría de Budapest, y aún la posterior ejecución de los principales líderes, incluido Nagy (1958), permitió un reformismo más dócil y ordenado, con paternalismo hacia las masas, y sustantivamente *prosoviético*, encarnado por Kadar, y que fue la versión húngara —más exitosa, por cierto— del gomulkismo polaco.

Gomulka abandona el principio de la dirección colectiva y centraliza en sus manos todo el poder. En espera de reformas radicales el apoyo popular es generalizado. Y en verdad las más opresivas políticas del estalinismo fueron abandonadas: disminuyó el terror, se terminó con la persecución a la Iglesia Católica y la colectivización forzosa de la agricultura fue desechada. Sin embargo, la libertad intelectual permaneció muy restringida, lo que desilusionó a un sector fundamental del bloque reformista de 1956 (se puede mencionar, por ejemplo, el impacto del *Poema para adultos* de Adam Wazyk en el momento álgido de la campaña por la rehabilitación de Gomulka), y tampoco se abordaron cambios sustanciales en la orientación económica, lo que desalentó a la

enorme mayoría. Pero aún se pensaba que estas limitaciones eran el resultado de las presiones de Moscú. Cuando, luego del XXII Congreso del PCUS, Khrushchev lanza su segundo gran embate contra el estalinismo, Gomulka desaprovecha la ocasión para impulsar una nueva fase del proceso reformista y la situación de Polonia queda estancada. Es a partir de este momento, a comienzos de los sesenta, que el apoyo popular a Gomulka declina rápidamente. En marzo de 1968 estudiantes e intelectuales producen serias manifestaciones y protestas en Varsovia y otras ciudades y la tensión política crece nuevamente en el país. Reunido el V Congreso del Partido en noviembre del mismo año, el dirigente sobrevive a la crisis y es reelecto primer secretario, pero su poder político ya muestra claras señas de estar seriamente lesionado y

era su aureola de hombre capaz de ser escuchado por el pueblo. En 1971, junto con el primer ministro Piotr Jaroszewicz, que había sucedido a Cyrankiewicz, definió su programa sobre dos coordenadas: modernización de la economía y desarrollo de la democracia socialista. Iniciada su gestión bajo el aliento a los sentimientos nacionalistas del pueblo mediante la reconstrucción del Castillo Real, destruido por los alemanes en 1944 y símbolo de la nacionalidad en la vieja Varsovia, y a través del coronamiento de la obra de Gomulka en lo relacionado a las fronteras con Alemania, Gierek emprendió un ambicioso plan de reestructuración industrial basado en créditos occidentales. La nueva estrategia fijada en el VI Congreso en 1971 se caracterizaba por un incremento muy rápido de las inversiones productivas y del empleo industrial



sus rivales en la dirección del Partido lanzan campañas populares de descrédito. Intentando superar la situación, Gomulka ensaya nuevas políticas, una de las cuales, la reconciliación con Alemania Federal, logra un éxito espectacular en diciembre de 1970 con la visita a Varsovia del canciller Willy Brandt y el reconocimiento de la línea Oder-Neisse como la frontera occidental del país. Pero, en ese mismo momento, la adopción de reformas radicales para aumentar las inversiones industriales acompañadas de un aumento enorme en los precios de las subsistencias populares más importantes desataron el 14 de diciembre huelgas y protestas en los astilleros de Gdansk, Gdynia y Szczecin, en la costa del Báltico. Reprimidos duramente por la milicia, acusados de "contrarrevolucionarios", los obreros sufren cuarenta y cinco muertos y más de mil heridos. Así, el 20 de diciembre el Comité Central destituyó a Gomulka y excluyó a él y a sus partidarios del Politburó. Edward Gierek, de origen minero, silesiano, lo reemplaza. Un primer momento del reformismo polaco había terminado en el más absoluto de los fracasos.

Las ambiciones de Gierek: hacia un socialismo "de la abundancia"

El principal capital político de Gierek en diciembre de 1970

destinada a descongelar lo que el analista Boyer llama "la hibernación económica" de Gomulka⁸. Las inversiones industriales aumentaron a un ritmo de 24.8% anual de 1971 a 1975, contra el 11.2% del período 1966-1970. El incremento del empleo fue de 1.8 millones de nuevos puestos, y los salarios aumentaron en el primer quinquenio de Gierek como nunca antes en la historia polaca de postguerra: 7.2% de media anual contra 2.1% anual entre 1966-1970. Pero, contradictoriamente, todo ese crecimiento se acompañó de un descenso muy marcado en el ritmo de aumento de la oferta de bienes y servicios, lo que contribuyó a desatar un fuerte proceso inflacionario.

La industrialización acelerada del plan Gierek se financió con el recurso sistemático del crédito extranjero, que generó una enorme deuda externa. La apuesta de la Polonia de Gierek de reembolsar la deuda en función de concurrir a los mercados occidentales en buena posición, dado que se contaba con energía y fuerza de trabajo relativamente baratas, se perdió por dos razones: la primera, que a partir de 1973 la crisis occidental estrechó mucho esos supuestos mercados; la segunda, que la industria polaca no alcanzó en tan corto tiempo los niveles de calidad y costos que realmente la hicieran competitiva. El balance de la experiencia fue que había ge-

nerado desequilibrios agudos y que el dinamismo real resultaba enormemente costoso: Polonia cedió a la tentación del gigantismo industrial y la cuenta resultó muy onerosa. Por otra parte, la agricultura siguió en un nivel muy atrasado, con un muy fuerte minifundismo y escasa mecanización: un buen índice es la fuerza motriz utilizada: un millón doscientos mil caballos contra la mitad de tractores. Para fomentar la producción y la tecnificación se debían aumentar los precios, pero atendiendo al descontento que este tipo de medidas producía en la población urbana, decisiva políticamente, se recurrió al expediente del subsidio que actualmente representa la enorme carga de la mitad de los gastos presupuestarios. La inflación recibió así nuevos alientos. Finalmente, burocracia y corrupción cerraron el círculo que resultó en una crisis de dimensiones mayores.

Esta comenzó a revelarse como potencialmente muy grave en junio de 1976, cuando el primer ministro Jaroszewicz anunció un aumento de precios que ocasionó una nueva ola de huelgas, especialmente en los suburbios de Varsovia, en la fábrica de tractores Ursus, y en la ciudad de Radom, donde los obreros de la fábrica General Walters protagonizaron manifestaciones en gran escala y el 25 de junio tomaron y saquearon el edificio del Partido. Se reprimió pero con cierta indecisión y, según un observador directo, "la situación comenzaba a recordar extrañamente el estado de degradación que había caracterizado los últimos años de la era de Gomulka"⁹. De junio a enero de 1977 la crisis se agudizó y abiertamente se comenzaban a barajar nombres para la sucesión de Gierek. Este tomó la contraofensiva y el 2 de febrero de 1977, en un mitin efectuado en la misma fábrica Ursus, anuncia un perdón para la mayor parte de los autores de los disturbios, "para aquellos que demostraron su arrepentimiento y prometieron no reincidir". El mismo día, en una carta dirigida a los obreros de la planta General Walters de Radom, Gierek reclamaba ser un fiel defensor del diálogo con los trabajadores: "Nuestro Partido escucha siempre con atención la voz de las masas; en cuanto a mí, otorgo personalmente la mayor importancia a la opinión de la clase obrera".

La amnistía decepcionó por no ser amplia como se reclamaba, y por la demora con que se adoptó. Esta última obediencia a la dura lucha interna que los sucesos de junio de 1976 desataron en el seno de la dirección del POUP. Dos líneas la escindían frontalmente: la primera era la de aquellos dirigentes que minimizaban la lucha obrera y pensaban que la tarea más urgente consistía en restaurar la autoridad del Estado, aún recurriendo a la fuerza; la segunda, con Gierek a la cabeza, consideraba como un hecho muy grave el que se profundizara un foso entre los obreros y el Partido. El primer secretario empuñó toda su fuerza y su responsabilidad personal en el asunto, y en noviembre de 1976 en un viaje a Moscú consiguió hábilmente el apoyo del Kremlin para su política. De regreso a Varsovia despromeve a sus contendores del Politburó y fortalece su tendencia con el apoyo de Stefan Oldzowski, uno de los miembros más jóvenes de la dirección, proveniente de la responsabilidad de asuntos estudiantiles y que luego se había encargado de la propaganda y de las relaciones internacionales con gran eficiencia. Gierek recurrió a remozar el aspecto del programa de 1971 que peor suerte había corrido: el desarrollo de la democracia socialista. La "consulta" a los obreros, que había degenerado en caricatura (en junio de 1976, antes de adoptar el alza de precios, se había hecho discutir en las fábricas durante *un día* la medida, que el gobierno había durado en aplicar cinco años y los expertos tardaron meses en poner a punto), trató de to-

mar cuerpo. También se afirmó que "el refuerzo de la autogestión obrera es un gran deseo de la dirección del Partido", pero Polonia no es Yugoslavia y todos los observadores pronosticaron un fracaso. Los sindicatos continuaban siendo ajenos a las demandas de mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo efectuadas por los obreros, pese a que el programa de 1971 colocaba como un punto importante el cambio de estilo en el accionar de estas organizaciones. El papel de los consejos obreros, pálido reflejo de aquellos actuantes en 1956 y 1970, tampoco se acrecentó. En definitiva, y a pesar de los intentos de Gierek, la vida pública no acusó cambios considerables y la apelación —en la que el cine cumplió un papel importante— a relaciones de mayor sinceridad entre el poder y los ciudadanos no encontró mayor eco. En ausencia de verdaderas estructuras de participación o de control obrero, y con una situación económica más y más amenazadora, resultaba claro que cualquier conflicto social "duro" degeneraría más o menos rápidamente en tumulto o motín.

En materia económica, si bien se afirmaba la continuidad de la línea del VI y VII Congresos en cuanto al crecimiento acelerado, se adoptaron medidas de reforma denominadas con el eufemismo de "maniobra específica", por las cuales se bajaba la tasa del ingreso nacional dedicada a la acumulación del 32% en 1975 (una de las más elevadas de Europa del Este, junto con las de Rumania y Albania) a 27.4% en 1977 y 26% en 1978. Las inversiones, del 132% tomando en conjunto el lapso de 1970 a 1975, descenderían a un 43% de 1976 a 1980. Finalmente, para desalentar la demanda y disminuir la inflación, los salarios tendrían una progresión menor: 16 a 18% entre 1977 a 1980, contra 40% entre 1971 a 1975. Se planeaba también reequilibrar la balanza del comercio exterior que en 1976 había acusado un déficit de más de 2.000 millones de dólares. De esta forma se tendería, junto con la disminución de las inversiones, a estabilizar la deuda externa que ya ascendía a 15.000 millones de dólares. Sin embargo, todas estas medidas no alcanzaron a aclarar la situación, que en términos generales continuó empeorando en los años siguientes.

La verdadera significación de la crisis de 1976 fue la de demostrar la existencia de un vasto potencial contestario, no solamente entre los obreros sino también entre amplios círculos intelectuales, y que por primera vez desde 1956 la oposición presentaba inicios de organización en la que confluían ambos sectores¹⁰. Pero a diferencia de aquella oportunidad, ahora la organización en gestación se efectuaba no dentro del Partido o en sus prolongaciones, sino en total independencia y con marcadas tendencias a la crítica global y frontal. El otro signo muy inquietante para el régimen fue la incorporación a estos medios de grupos católicos, generalmente más prudentes, y una tendencia a la confluencia, a cierto diálogo, entre opositores de signos ideológicos hasta el momento bastante antagónicos. Efectivamente, la lucha obrera marcó la aparición de un grupo, el Comité de Defensa Obrera (KOR), entre cuyos principales dirigentes se cuentan intelectuales de tradición marxista como Jacek Kuron y Adam Michnik por un lado, y Josef Lipski, importante escritor católico, por el otro. Además, la propia jerarquía católica efectúa un viraje: manteniendo la tradicional posición de propagar la fe, preservar y ampliar la libertad de culto y salvaguardar en una fe común la unidad de la nación como tareas esenciales, en la semana de la cultura católica efectuada en mayo de 1977 se produce un notable acercamiento con los intelectuales "ateos", y el propio Cardenal Wiszynski los anima a "defender los valores culturales de la nación".

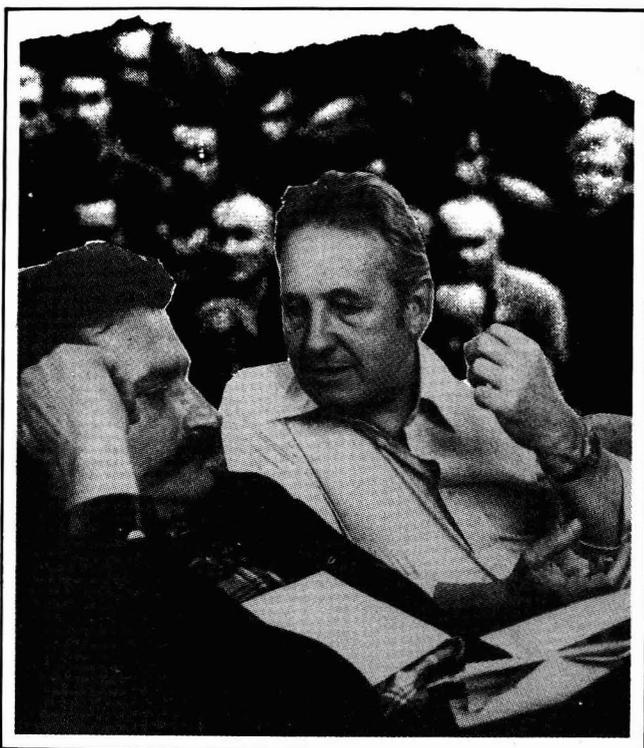
Como contrapartida, Adam Michnik en su libro *La Iglesia, la izquierda y el diálogo*, publicado en París en el mismo año, se autocritica del desconocimiento manifestado en el pasado por la izquierda marxista del papel desempeñado por la Iglesia contra el "poder totalitario" y busca encontrar un terreno común con ella. En este doble proceso, el catolicismo devino un poderoso factor de unidad sin llegar a enfrentarse frontalmente con el Estado. Como señaló un especialista austríaco en asuntos polacos, Martin Pollack: "En la confrontación entre la burocracia del Partido y los combatientes por los derechos cívicos hay un gran ganador: la Iglesia Católica. Sin luchar ella misma, se ha afirmado como una fuerza contra la cual nadie puede gobernar Polonia. Por su actitud abierta y crítica ella ha 'integrado' de hecho a todos los

tolericismo, con una enorme importancia dada al rito mariano y al culto de los santos, y oponiéndose al racionalismo teológico como fuente del progresismo eclesiástico. La elevación de Juan Pablo II al trono vaticano tuvo una inmensa repercusión en el afianzamiento de la dignidad y el orgullo nacional del pueblo polaco, reafirmado con la visita del Papa en junio de 1979, que concentró multitudes de un fervor religioso y nacional enorme.

Los tiempos de Walesa

A partir de julio de 1980 la crisis eclosiona nuevamente, y son los mismos protagonistas de las luchas que llevaron a la caída de Gomulka los actores del enfrentamiento con Gierek: los obreros de Gdansk, Gdynia y demás centros industriales del Báltico¹². El objetivo del movimiento se desliza rápidamente a una reivindicación de marcado tono político: la aceptación por parte del Estado del agrupamiento de los trabajadores en un sindicato autónomo. El líder, Lech Walesa, un obrero electricista cesante, pasa a ser considerado en pocos días como la cabeza nacional de la oposición al régimen. En el astillero Lenin, en Gdansk, ocupado por los huelguistas, la puerta decorada con flores se engalanaba con la bandera blanca y roja de Polonia y la azul y blanca de la Virgen María, encuadrando la imagen de la virgen negra de Czestochowa y el retrato de Juan Pablo II unidos por una manta que reclamaba "libertad para los presos políticos". Una gran banderola coronaba el conjunto: "Proletarios de todos los países, unios". No podría existir mejor definición ideológica del movimiento que este aparentemente confuso conjunto, en el que las exigencias democráticas aparecen identificadas con la tradición, el sentimiento y el orgullo nacional, y en el que el lema marxista desmiente rotundamente el "antisocialismo" rápidamente endilgado por el poder. La huelga del Báltico se extiende a todo el país y Gierek recibe el golpe decisivo cuando los mineros de la región de Katowice, en Silesia, su fundamental base de apoyo, se pliegan a las exigencias del Báltico. El gobierno vacila entre resistir o aceptar las exigencias populares, y finalmente firma un acuerdo en Gdansk reconociendo los pedidos obreros. El 1 de septiembre se retoma el trabajo en el Báltico y el día 6 Gierek es reemplazado por Stanilaw Kania. Nuevamente la lucha popular terminaba con un proyecto reformista que había demostrado su completa incapacidad para resolver los problemas de la nación y del pueblo y que sumergió a Polonia popular en "la crisis más grave de su historia", según la definió el nuevo primer secretario.

El movimiento generado en los astilleros del Báltico inauguró una dialéctica desconocida en los países socialistas: las relaciones entre un Estado y un Partido acostumbrados a detentar el monopolio de las actividades políticas y a regimentar el movimiento social casi en su totalidad, y un organismo de masas —el recién nacido sindicato "Solidaridad"— que representa en su seno las tendencias más variadas pero que en su calidad esencial, la autonomía respecto de los poderes establecidos, concentra el punto más crítico de esas sociedades: el ansia de democratización de todos los aspectos de la vida política y social. Punto doblemente sensible para el poder, ya que si por un lado implica el cuestionamiento de las estructuras básicas del régimen en lo interno, por el otro apunta al desarrollo de la contradicción fundamental de todo el bloque socialista, definida por Fejtö como "la contradicción que brota entre el hegemonismo *sui generis* (por ser, a la vez, imperialista e ideológico) de la URSS y la tendencia natural de los partidos y Estados comunistas a



Walesa y Andrei Wajda

intelectuales críticos, sin por ello abrir un conflicto con el régimen"¹¹. Actitud compartida con Gierek, que lucha contra los "duros" de su partido para evitar un enfrentamiento abierto con la jerarquía, pese a que reiteradamente se opone a la posibilidad de un viaje al país del Papa Pablo VI.

El 16 de octubre de 1978 un hecho singular complicó, indirectamente, la situación polaca. El cardenal Karol Wojtyla, obispo de Cracovia, era elegido Papa por el cónclave reunido en Roma luego de la imprevista muerte de Juan Pablo I. La elección rubricaba el éxito pastoral del episcopado polaco conducido por Wyszynski, del que las cifras estadísticas son testimonio irrecusable: más del 90% de los habitantes proclama ser creyente, en 1938 existían 7.257 iglesias, en 1978 más de 14.000, cada una de las veintisiete diócesis del país tiene su seminario, no hay crisis de vocaciones religiosas, existen 20.000 sacerdotes y 30.000 clérigos. Polonia envía permanentemente misioneros al Tercer Mundo. Este éxito había sido obtenido siguiendo una línea tradicional, conservadora: "No soy político, ni diplomático, ni reformador" era la definición que de sí daba el Primado, que además se había batido junto a la tendencia conservadora en el Concilio por el mantenimiento del latín en la misa y había orientado a su iglesia por un modelo muy tradicional de ca-

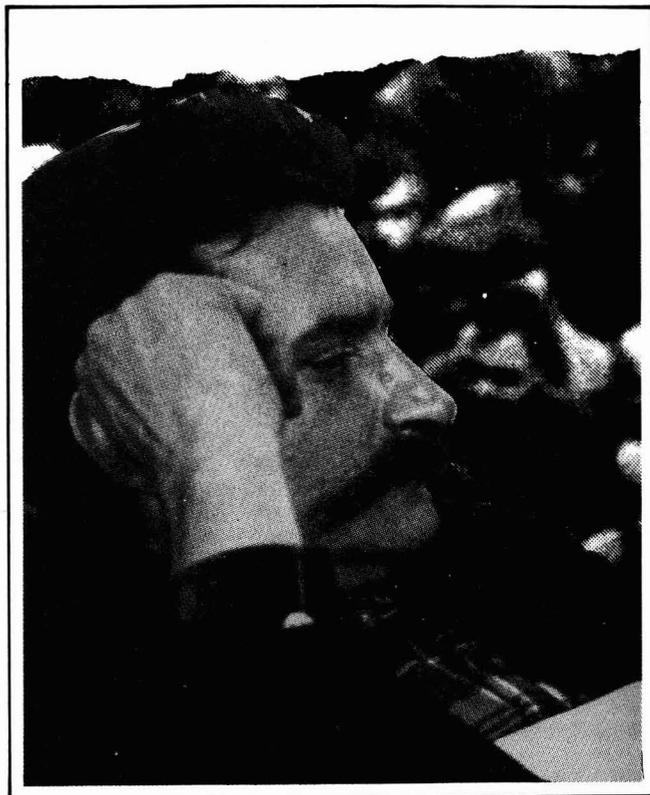
conquistar o recuperar su autonomía interna y externa”¹³.

Inmediatamente de los acuerdos de Gdansk, que terminaron la primera fase del movimiento, se inició una etapa tensa caracterizada por la extensión del movimiento autonomista sindical a todo el país y a todos los sectores sociales y por la batalla por su reconocimiento legal. En torno a estos objetivos del movimiento popular se desarrolló una compleja lucha interna en el partido, dividido en ese momento en dos grandes tendencias: los que se oponían radicalmente a concesiones, especialmente hacia campesinos y estudiantes, y trataban de minimizar o liquidar lo conseguido en Gdansk, y aquellos, encabezados por Kania, que intentaban abrir una nueva etapa de reformas apoyándose en las tendencias moderadas del sindicato para limitarlas lo más posible y aislar a los radicales que en el movimiento pugnaban por profundizar el cuestionamiento y la politización explícita. Esta segunda corriente entablaba —además— una lucha suplementaria muy difícil, una “vía dolorosa” que han debido seguir todos los reformistas, por tibios que fuesen sus objetivos, desde Gomulka a Dubcek: convencer al Kremlin de la viabilidad de sus intenciones, de las prendas de estabilidad que otorgan, de la seriedad de las garantías que ofrecen de inmovilismo estratégico.

Kania ganó su primera batalla en la reunión del VI Pleno del Comité Central efectuada el 4 y 5 de octubre¹⁴. La lucha fue tan áspera que un comentarista afirmó que: “Jamás en la historia de los partidos comunistas en el poder un comité central ha dejado ver públicamente tal desunión”. Los responsables de la gestión de Gierek fueron duramente juzgados. Tejchma, un ex miembro del Buró Político hasta el VIII Congreso de febrero de 1980, desplazado por Gierek, planteó el “acta de acusación”: “el Camarada Kania —dice— jugaba cada semana el papel de Catón en el seno del Buró Político y decía, durante los últimos años, que no iba más, que todo marchaba de peor en peor, que nos dirigíamos a la catástrofe. (...) El camarada Olszowski emprendió después de 1976 la profundización del análisis de la situación económica. El resultado fue que se le acusó de urdir un complot contra el gobierno y el primer ministro. Los camaradas Barcikowski y Pinkowski lucharon en el seno del buró político para dar un lugar adecuado a la agricultura. Los camaradas Kania, Olszowski, Barcikowski y Pinkowski cayeron en desgracia”. El primer secretario de la región de Gdansk, Fiszbach, es el único que plantea una visión de gran vuelo respecto del proceso; para él las huelgas fueron “movimientos de autodefensa autónomos de hombres que quieren tener el derecho de que el poder les diga la verdad (...) Los sindicatos independientes deben ser más y más considerados como una garantía de estabilización de la vida pública. Aunque nuestro partido no haya estado en el origen de su creación, es en estas nuevas organizaciones donde se encuentran las mayores posibilidades de encontrar hoy las condiciones de participación activa de las fuerzas vivas de la nación en la vida pública”. Kania a su vez, apoyándose en la corriente más avanzada, pero también moderándola, se ubica en una posición centrista que refleja todo su programa de gobierno; acepta la evolución señalada por los acuerdos de Gdansk pero también condena “a los enemigos del socialismo que quieren la lucha política, sembrar la inquietud, propagar la demagogia y la anarquía”. Propone un plan de acción inmediata que consiste en un ordenamiento de la actividad económica mediante el aumento de las importaciones de alimentos de los países socialistas y la detención, en favor de la agricultura, de las inversiones en el sector industrial. En lo político su plan se centra en reformas democráticas en la ac-

tividad partidaria, libre elección de los dirigentes, voto secreto en el Comité Central, convocatoria del congreso extraordinario, refuerzo de la autogestión y de los poderes del Parlamento, moralización de la vida política y castigo a la corrupción.

El pleno de octubre sancionó un delicado equilibrio político entre las diversas tendencias, que si bien permitió sortear los momentos más críticos de la legalización de Solidaridad (otorgada finalmente por la Corte Suprema el 10 de noviembre al aceptar los estatutos sin modificación con la anexión, según propuesta del sindicato, de una parte de los acuerdos de Gdansk en la que se acepta el papel dirigente del POUP y el mantenimiento de las alianzas exteriores de Polonia) pa-



ralizó casi totalmente la política del Partido.

Un nuevo plenario del Comité Central confirmó en diciembre la orientación de Kania hacia “la construcción de un amplio frente de las fuerzas responsables aliadas para la democratización socialista y el combate contra la anarquía”. Inequivocamente el primer secretario orienta toda su estrategia en lograr un acuerdo con la corriente moderada de Solidaridad, conducida por Walesa, que le permita sortear la oposición en su propio partido a las transformaciones y ganar apoyo de masas para proponer una tercera etapa de reformas —sucesora de las de Gomulka y Gierek—, centradas por el momento en sortear la coyuntura más que en una estrategia de largo plazo. El proceso interno en el partido acusa la enorme complejidad del momento, y junto a la precaria mayoría de Kania, especialmente en el Comité Central, los “duros” se organizan en el “círculo de Katowicz” mientras que los reformistas más decididos rompen con la sacrosanta ley de la verticalidad y establecen una coordinación horizontal de células en Torun, lo que ocasiona alarma en la dirección y en los soviéticos. En los propios reformistas moderados y centristas aparecen claramente dos tendencias: aquellos que aceptan los hechos consumados pero están dispues-

tos a poner rápidamente un límite a las transformaciones, y los que sin impulsarse por sí mismos la profundización del proceso quieren actuar con pragmatismo evitando enfrentamientos y tratando de encausar el proceso para evitar desbordes que decidan la intervención soviética.

En el seno de Solidaridad y aún del KOR el corte entre moderados y “duros” también se fue delineando, y se hizo presente en los momentos de mayor tensión: en el sindicato, como una tendencia proclive en todos los hechos a forzar el enfrentamiento con el Estado, y en el KOR buscando un grado de definición política no compatible con los límites reales actuales del proceso y que llevó a Kuron a afirmar tajantemente que “El KOR ha sido, es y será una institución



social y no un partido político”¹⁵. Estas tendencias en el movimiento popular han surgido como resultado de su propia dinámica interna, pero están absolutamente vinculadas al proceso paralelo en el Partido. De allí que las corrientes reformistas moderadas se entrecrucen entre ambas instituciones y que la estrategia de Kania apunte muy realistamente en el sentido de desarrollar aún más esa integración. El nombramiento, en febrero, del general Wojciech Jaruzelski como primer ministro, conservando a la vez el cargo de ministro de Defensa, fue un paso para reafirmar la estabilidad del Estado en el momento en que arreciaba una nueva crisis con Solidaridad por la lucha de los campesinos por la sindicalización, pero también una maniobra política que dio a los moderados partidarios de afianzar las reformas la caución del ejército en el desarrollo de su proyecto. La iglesia, aunque conmovida por la enfermedad y muerte de Wiszynski, el gran artífice de los laboriosos y sucesivos acuerdos entre sindicato y poder, sigue siendo sin duda el gran aglutinador y la fuerza de fondo que puede permitir el desarrollo de la estrategia de los moderados de ambos bandos.

Es posible entonces hablar de que en Polonia existe un gran frente nacional integrado por Solidaridad, sectores di-

rigentes del Estado y del POUP y la Iglesia, que desde sus respectivas intencionalidades y objetivos, coincide —al menos coyunturalmente— en una profunda renovación de la vida nacional que tenga como eje la democratización amplia —política, social, cultural— fundada en una adecuada recuperación económica. La gran incógnita de la apuesta renovadora polaca, como lo fue en su momento para la húngara y la checa, es la actitud soviética: ¿es posible que, apoyada en este amplio frente, una dirección moderada pero consecuentemente reformista a la cabeza del POUP logre el visto bueno soviético para llevar adelante este proyecto inédito de transformación del socialismo “real”? La respuesta depende, obviamente, de numerosas variantes, de las que son fundamentales el grado de control del POUP sobre el proceso, la aparición de “contagios” en otros países del Este o en la propia URSS y la evolución de la confrontación Este-Oeste, especialmente en el teatro europeo.

La URSS estuvo atenta desde el mismo comienzo de la crisis. Un comunicado conjunto del 31 de julio de 1980 firmado por Brezhnev y Gierek en Crimea señalaba la honda preocupación soviética por las huelgas ya en curso en el Báltico y por las manifestaciones antisoviéticas del día anterior, que con ocasión del 36 aniversario de la insurrección de Varsovia cubrieron de flores la tumba simbólica de los muertos de Katyn en el cementerio militar de Powazki¹⁶. A partir de los acuerdos de Gdansk, la prensa soviética desató una campaña centrada especialmente en los elementos “antisocialistas” de Solidaridad en un primer momento, pero que luego se extendió contra todo el movimiento. En octubre, en plena lucha por el reconocimiento legal de Solidaridad y también en momentos de delicado equilibrio en el interior del POUP, el “halcón” estealemán Erich Honecker lanzó un “fraternal ofrecimiento de ayuda” a los compañeros polacos y se comprometió a la defensa del socialismo en Polonia. En boca del patrón de Berlín, la “ayuda” y la “defensa” tenían un inequívoco sentido intimidatorio, reafirmado —en el bizantino estilo de la política del Este— por el hecho recordado por todos de que fue Ulbricht el campeón de la intervención “fraternal” en Praga en 1968. Ceausescu, al que una actitud de firmeza nacional no exime de ser el duro heredero de una férrea dictadura (junto con Albania siguieron la tradición, paradójica, de “estalinismo nacionalista” como los llama Fejtő), manifestó en noviembre frente a un pleno del Comité Central romano que “si una acción apropiada hubiera sido emprendida a tiempo y si una actitud firme hubiera sido adoptada contra los elementos y las fuerzas antisocialistas, los acontecimientos que conocemos no se hubieran producido”¹⁷. Kirilenko, uno de los jefes soviéticos más importantes, visitó Praga en ese entonces, después de insistentes versiones de “contagios”, de consejos obreros en las regiones mineras y de severas represiones aunadas a divergencias en la dirección del partido respecto a las actitudes a adoptar. Se habló de inquietud obrera en Hungría. Y en la propia URSS, Brezhnev, en el pleno del Comité Central reunido en octubre, testimonió una preocupación nueva: la necesidad del mejoramiento del nivel de vida y las condiciones materiales de la población. A la vez, los sindicatos soviéticos presentan desde septiembre un sesgo nuevo en su propaganda, insistiendo en el aumento de la producción como base para mejorar las condiciones de vida y no como un fin en sí mismo, y mostrando cómo muchas de las exigencias de Solidaridad (sin mención directa de ellas, por supuesto) son “viejos logros” del socialismo en la URSS. Sin duda, el fermento del Báltico es un elemento de una creciente preocupación por la estabilidad interna de todos los régi-

menes "socialistas", y el fundamento —como lo fue en todas las experiencias renovadoras anteriores— de una fuerte presión de los miembros de la "comunidad socialista" al "partido guía" para poner orden y realinear a los disidentes.

Los soviéticos parecieron inclinarse por la presión fuerte en diciembre. La Casa Blanca, y los dirigentes europeos reunidos en Luxemburgo, denunciaron las maniobras soviéticas en las fronteras polacas como un claro indicio de las intenciones intervencionistas inmediatas. La NATO garantizó fuertes represalias no militares contra una eventual acción soviética; el mensaje fue inequívoco (al menos, todo lo inequívoco que puede ser en las circunstancias actuales de la alianza occidental): Polonia no es Afganistán. La entrada del Ejército Rojo en Polonia supondría automáticamente un congelamiento inmediato de las relaciones con la URSS, en todos los terrenos, en una palabra, el fin de la maltrecha *détente* tan cara a Moscú. La presión, y seguramente por una estrategia independiente de las amenazas occidentales, disminuyó a fines de 1980. Sin embargo, bajo otras formas, retornó a partir de marzo y se hizo muy fuerte con motivo de la carta del PCUS dirigida al POUP en junio. En ella los soviéticos dejaban absolutamente en claro los límites tolerables del proceso, en una intervención descaradísima en los asuntos internos de otro país que contenía, además, una advertencia respecto al posible uso de "otros medios" si esos límites son sobrepasados. La reciente visita de Gromyko a Varsovia, en vísperas del IX Congreso, pareció contener el doble aspecto de subrayar la importancia que concede la URSS al desarrollo de la situación polaca, junto con el mantenimiento de un compás de espera, de una "cuota de confianza" a la dirección de Kania respecto a su capacidad de control de la situación.

Desde la perspectiva soviética, la cuestión polaca se maneja en un amplio campo de posibilidades, cuyos límites formales son en un extremo una intervención "restauradora" de la situación anterior a las huelgas del Báltico, y en el otro la "findanlización" de Polonia, con plena libertad para desarrollar su régimen interno, pero sin alterar el equilibrio estratégico de fuerzas entre los bloques¹⁸. Ambas perspectivas me parecen ilusorias y ajenas a las intenciones y posibilidades soviéticas. La primera, porque aún en sus manifestaciones más brutales, la intervención soviética siempre se montó en un ala "renovadora": en 1956 los tanques no repusieron a Rakosi, sino que aprovecharon la traición de Kadar a Nagy para encarar una transformación "estable"; en 1968, la defección de Husak y los nacionalistas eslovacos del campo de Dubcek fue la coyuntura aprovechada para la invasión, pero no para la reinstalación de Novotny sino para constituir un poder dócil y no comprometido con el régimen anterior. La segunda, porque si bien este tipo de salida resultaría beneficioso para la estrategia europea de la URSS, que combina el chantaje de los SS20 con las cínicas propuestas de paz y distinción *ad usum* de neutralistas y capitulacionistas; no resultaría tolerable para los restantes miembros del Pacto de Varsovia y aún, a mediano plazo, para su propia estabilidad interna.

Las posibilidades soviéticas reales se mueven en un círculo más restringido y parecen reducirse, por el momento, a ejercer presión sobre el centro moderado de Kania para evitar un desborde incontrolable de la situación, mientras se especula con un desgaste del proceso que permita la reconstitución de una fracción "dura" que eventualmente podría encargarse de la represión interna con pleno aval soviético. El dilema para los rusos es que los "duros" en Polonia (al estilo del general Moczar) son "nacionalistas" y esto pres-

gionaría un nuevo tipo de dificultades, poco deseadas por el Kremlin. En cuanto a la intervención directa, como en Hungría y en Checoslovaquia, además de las complicaciones internacionales realmente graves que traería aparejada, se torna problemática por la magnitud de la resistencia que engendraría en la propia Polonia, lo que implicaría una nueva aventura que sumada a la de Afganistán ocasionaría un riesgo de desgaste sumamente severo. Sin embargo, las características del régimen soviético hace que no se deba descartar esta posibilidad: no debemos olvidar que los "halcones del Kremlin", a diferencia de los de Washington, tienen las manos libres de Congresos, opinión pública, prensa, etc.

Lo que sí es definitivo es que el desarrollo de la perspectiva democratizadora en un país socialista necesariamente conlleva la exacerbación de la contradicción nacional con el hegemonismo soviético, y que —al margen de plazos más o menos prolongados, dictados por consideraciones tácticas nacionales e internacionales— no es posible una resolución de la "cuestión democrática" en los socialismos "realmente existentes" sin un claro y efectivo enfrentamiento con la opresión de Moscú. Nuevamente la resolución conjunta de "cuestión nacional y cuestión democrática" aparece como la condición necesaria de el logro de una sociedad más justa, digna y plural.

18 de Julio de 1981

NOTAS

1. Sobre esta fase de las relaciones Polonia-URSS, ver el artículo André Fontaine, "L'heure de saint Nicolas" en *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1671, 28 agosto-3 septiembre 1980.
2. Ver el anterior artículo de Fontaine y, muy especialmente, el libro de Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista internacional*, Tomo I, París, Ruedo Ibérico. En 1949 el POUP justificó la liquidación del Partido Comunista Polaco por "infiltración" de agentes enviados por Pilsudski, es una muestra suplementaria de la sumisión a Stalin. En 1954 se reclamó a Khrushchev y el XX Congreso rehabilitó al partido desaparecido. Sobre el proceso de rehabilitación ver Fejtő, François, *Historia de las democracias populares*, Tomo I, *Los acontecimientos*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, p. 84.
3. Sobre estos procesos ver: Fejtő, F., *op. cit.*, Löbl, Eugen, *La revolución rehabilita a sus hijos*, Madrid, Ediciones Península, y London, Arthur, *La confesión*, Madrid, Ediciones Ayuso. Los dos últimos son testimonios directos de dos funcionarios checos procesados y condenados.
4. Fejtő, *op. cit.*, I, pág. 33.
5. *Id.*, I, pág. 35.
6. *Id.*, I, pág. 31.
7. Citado por Fejtő, *Id.*, pág. 70. El subrayado es de F. F.
8. Boyer, Michel, "Les fausses manoeuvres de la gestion économique", en *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1661, 28 agosto-3 de septiembre 1980.
9. Para la crisis de 1976, en sus aspectos económicos y políticos, ver Manuel Lucbert, "La Pologne après l'épreuve", *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1479, 3-9 marzo 1977. La cita textual corresponde a este artículo.
10. Para la estructuración de la oposición, ver: Manuel Lucbert: "La Pologne entre la miel et le vinaigre", *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1499, 21-27 julio 1977.
11. Citado por M. Lucbert, *id.*
12. Una buena cronología y descripción del movimiento obrero de Solidaridad en Potel, Jean Yves, *Scènes de grèves en Pologne*, París, Stock, 1981.
13. Fejtő, F., *op. cit.*, Tomo II, pág. 10.
14. La crisis del POUP en Bernard Guetta, "Le P.C. polonais désespéré", *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1666, 2-8 octubre 1980.
15. *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1663, 13-19 septiembre 1980.
16. *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1657, 31 julio-6 agosto 1980.
17. *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1668, 16-22 octubre 1980.
18. André Fontaine, *op. cit.* También es muy importante para apreciar la política soviética: Michel Tatu, "L'économie d'une guerre?", en *Le Monde, Sélection Hebdomadaire*, 1677, 18-24 diciembre 1980.

Enrique González Pedrero

DON VASCO DE QUIROGA: OBISPO DE UTOPIA

Hay entre nosotros dos personas, especialmente una de ellas, varón. piadoso y teólogo de profesión, que arde en deseos de trasladarse a Utopía, no por el placer inane y curioso de conocer cosas nuevas, sino con el designio de fomentar y aumentar nuestra religión, allí felizmente iniciada. Y para hacerlo debidamente decidió procurar de antemano que el Papa le enviase allá, nombrándole Obispo de Utopía...

Tomás Moro a Pedro Egidio

Si Moro es un jurista con imaginación y Maquiavelo un político frío que no desdeña a la pasión fervorosa para obtener un fin lejanísimo: la unidad de la península italiana ¿en qué se parece y en qué difiere de ellos su contemporáneo Vasco de Quiroga?

Como Maquiavelo, tiene Quiroga un notable sentido de la realidad. No sólo de la compleja realidad española de la época sino de la realidad novohispana con la que, de inmediato, se identifica y por la que muy pronto hablarán su pasión de varón justo y su inteligencia. Pero entiéndase bien: cuando digo realismo no pienso en la "realidad pura y simple", "tipo ideal" que no se encuentra en ninguna parte. Pienso en la realidad vista, sentida, sufrida, *vivida* por alguien. Pienso en la realidad tamizada por la experiencia de un hombre de carne y hueso llamado Vasco de Quiroga que tiene, con Moro, la semejanza del apego a lo que se cree y el cumplimiento caballeroso de la palabra empeñada, ratificado luego por la formación jurídica: *ipacta sunt servanda*: los pactos se cumplen! Sin embargo, lo que en Moro es un juego de inteligencia, en don Vasco es *la obra* de su vida. Lo que en Moro es humor e ironía, en Quiroga es dramática severidad; lo que en Moro es obra intelectual: un libro, en Quiroga es lucha por la libertad. Tomás Moro es un intelectual político que deviene santo. Don Vasco un santo al que todavía la iglesia católica no reconoce como tal.

Don Vasco tiene, pues, de Maquiavelo y de Moro como buen personaje del Renacimiento, pero en circunstancias históricas y sociales absolutamente distintas. Maquiavelo y Moro son teóricos de la política de poder: aquél la concebía desde el continente, éste desde una Isla. Don Vasco viene a un mundo donde todo es nuevo y la experiencia puede servir para construir lo diferente. Tierras, gentes, climas, lenguas, sensibilidades, son distintas y lo que se sabe, lo viejo, puede emplearse en hacer cosas nuevas, en la construcción del Nuevo Mundo. Mientras que la política del imperio español trasplanta viejas mañas y vicios, él se propone inventar una Isla —o varias— donde no desmerezca la novedad de las tierras recién conquistadas. Su proyecto es, sin duda, que esas

Este ensayo forma parte del libro *La cuerda floja*, de próxima publicación por el Fondo de Cultura Económica.



Don Vasco de Quiroga

“islas” contagien al continente y que un orden justo, una legalidad no abusiva, se vuelva la política de la metrópoli lejana en el continente nuevo. Tratará, pues, de convencer al Emperador de los fundamentos morales y prácticos de su proyecto “utópico”.

Como Silvio Zavala demostró con amplitud hace años la *Utopía* de Moro jugó un papel importantísimo en la busca del camino novedoso, lo mismo en el arzobispo Zumárraga que en el futuro obispo de Michoacán. Es algo que está fuera de discusión. Pero hay más: Vasco de Quiroga construyó *Utopía*, sí, pero una *Utopía con libertad*. En la *Utopía* de Quiroga no se conoce la esclavitud que en la arquitectura política de Moro volvía a reproducirse. En verdad, es difícil determinar con certidumbre (lo hemos visto) si Moro aprobaba esa restricción “utópica” de las libertades o si su libro encerraba una crítica *avant la lettre* de posteriores sistemas totalitarios.

El hecho es que en *Utopía* hay esclavitud y en las repúblicas de don Vasco hay libertad y, además, democracia. Los pueblos hospitales de Quiroga surgen, justamente, como una alternativa *contra* la esclavitud. Son la *política* frente a la fuerza de la encomienda y la “buitrera de las minas” de los codiciosos. La *Utopía* de Vasco de Quiroga no se queda en proyecto imaginado: se realiza en México, junto con una obra educativa ejemplar —de donde Vasconcelos tomó no pocas ideas —que todavía persisten en el Bajío, particularmente en Michoacán.

Don Vasco construyó una *Utopía* con girones de realidad española e indígena y lo hace preservando la libertad. Una hazaña en verdad notable que merece ser apreciada ahora en todo lo que significó y lo que habría podido llegar a significar. Si México hubiera seguido aquel modelo, otra habría sido su historia. Quiroga es el primero en proponer una alternativa *original* a la copia servil de modelos imitados. Entonces prevaleció la copia frente al realismo imaginativo: Nueva España se hizo a imagen y semejanza de España. ¿Sabremos asimilar algún día aquella lección?

El hombre de Castilla la Vieja

Vasco de Quiroga nació en tierras de Isabel la Católica: Madrigal de las Altas Torres —en Castilla la Vieja—, probablemente hacia el año de 1470.¹ De familia originaria de Galicia medianamente acomodada, pudo dedicarse como Moro, a los estudios jurídicos —que nunca abandonará— en la Universidad de Salamanca o, quizás, en Valladolid. Ejerció su profesión de licenciado en cánones en la Cancillería de Valladolid hasta 1530, año en que la reina doña Juana lo designa Oidor de la Segunda Audiencia, que sustituirá a la que presidiera Nuño de Guzmán de mal comienzo y peor memoria.² Tal vez pasó algún tiempo en Granada y, ciertamente, ejerció funciones judiciales en Orán de 1525 a comienzos de 1526. En febrero de ese mismo año viaja de Burgos a Madrid en la comitiva de Carlos V.

La experiencia africana será esencial en la vida del futuro obispo de Michoacán: lo acostumbra a tratar con seres de otra sensibilidad, lengua y cultura, y a adaptarse a ellos para mejor difundir la verdadera religión, papel que históricamente se ha dado España y que desempeña con ortodoxia en el Mundo de entonces.³ Carlos V será, pues, el responsable de la conversión de los indios a la fe verdadera. En América —a pesar de su permanente actividad— don Vasco no olvidará los libros, sus indispensables herramientas de trabajo, como puede comprobarse en el legado de 626 volúmenes de su propiedad que, en 1565, hace al Colegio de San Nicolás.

Hablando de su gran instrucción, Moreno dice que don Vasco reunió “una gran librería (pasión característica de los sabios), que se componía de cuanto bueno nos ha quedado de la antigüedad, así sagrada como profana”.⁴

Cuando viaja a Indias⁵ para el desempeño de sus trascendentes tareas es un hombre de sesenta años. Llega a Veracruz el 30 de diciembre de 1530 y a México el 9 de enero de 1531. Reside en la ciudad, de 1531 a 1533, años en que no sólo manifiesta su espíritu de observación y de justicia sino que aprovecha para organizar, a dos leguas de la ciudad de México, el primero de sus pueblos hospitales: Santa Fe de los Altos (o de las Lomas), que será el antecedente de su obra posterior.

Las primeras ideas sobre los pueblos hospitales aparecen en una breve pero enjundiosa *Carta al Consejo de Indias*. Escrita entre marzo y agosto, apenas a unos cuantos meses de su llegada a México-Tenochtitlán, revela la penetración y perspicacia del ilustre castellano que, sobre la marcha, ha recogido y asimilado ya valiosas y agudas observaciones acerca de esa Nueva España a la que, junto con los otros oidores, habrá de hacer justicia, que es una —y no la menor— de las formas de administrar y hacer el buen gobierno que de ellos esperan sus católicas majestades.

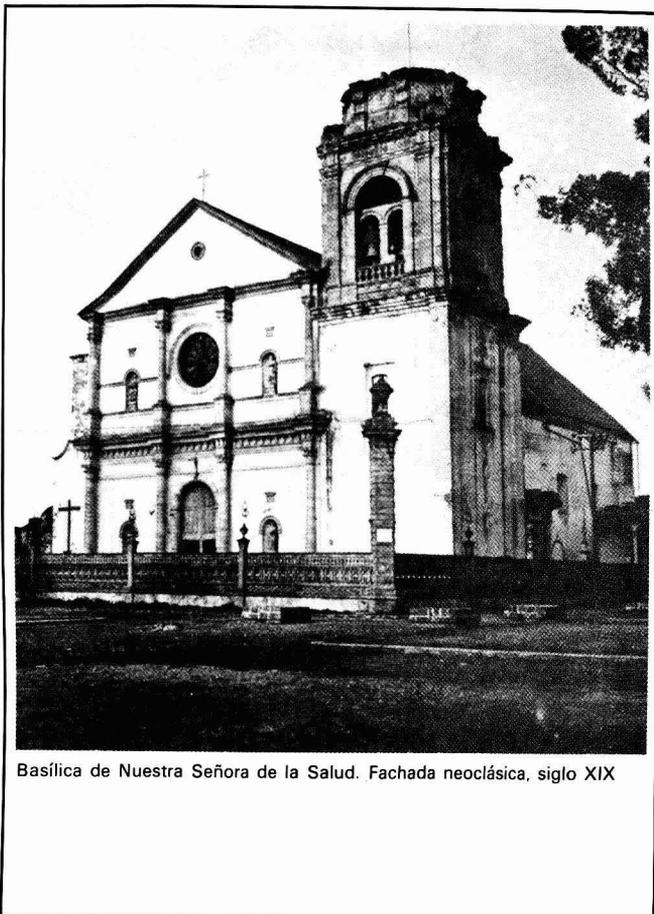
El primer tema de don Vasco en su *carta* es insistir en la necesidad de ratificar el acuerdo del Rey: que sea el Obispo de Santo Domingo, y no otro, quien venga y presida la Audiencia. La razón: aquel es un hombre “perlado de ciencia, conciencia y experiencia” en las cosas del Nuevo Mundo.⁶

Con pocas palabras se dice en la carta lo que en la *Información en Derecho* será objeto de largos y sesudos comentarios. Don Vasco empieza entonces su dura, quijotesca y tenaz batalla contra uno de los más activos resortes impulsores de la Conquista y de la conducta de los hombres: la *codicia*. Sin embargo, con prudencia prefiere dejar para más tarde tema tan peliagudo, y ahora presenta en forma positiva el problema: se trata de implementar, de la manera más eficaz, las tareas encomendadas a la Audiencia y, en especial, la del adoctrinamiento de los naturales. Se trata pues, en definitiva, de la legitimación de la empresa española en América.

Habría que separar a las nuevas generaciones de las viejas en baldíos que éstas no aprovechan y, luego, cultivando aquellos baldíos no sólo se beneficiarían los terrenos estériles sino que, además, “los muchachos doctrinados con gran diligencia” formarían estos pueblos nuevos, donde se mantengan de su trabajo y “estén hordenados en buena horden de policía y con santas y buenas y católicas hordenanzas”; habría, también, una casa de frailes encargados de la función educativa hasta que los naturales se habituaran a la virtud y ésta pasara a formar parte de su naturaleza. Serían tantos entonces que en muy poco tiempo se podrían juntar en estas nuevas repúblicas que se construirían en cada una de las comarcas. Una multitud de repúblicas hospitalarias poblaría el territorio de Nueva España: tantas “como las estrellas del cielo y arenas en la mar...”⁷

Vasco de Quiroga ha imaginado, sin dilación, la manera de echar a andar el Nuevo Mundo por un sendero distinto al que los codiciosos conquistadores ya están trazando: ese que Don Vasco llamará, más tarde, la “buitrera de las minas”, en oposición a sus hospitalarias repúblicas.

En 1533 visita la provincia de Michoacán, de la que será Obispo en agosto de 1538, una vez que ha sido propuesto en el año de 1535 por el Consejo de Indias, y luego del largo trámite —las cosas de palacio van despacio— que el nombramiento implicaba. La consagración del Obispo Quiroga la



Basilica de Nuestra Señora de la Salud. Fachada neoclásica, siglo XIX

realiza, a fines de 1538, Fray Juan de Zumárraga. Antes de consagrarlo, lo ha promovido desde el estado de lego por todos los grados sucesivos, pasando por la tonsura hasta el sacerdocio. En Michoacán gobernará a sus fieles durante 28 años.

“Esta tierra asaz digna de ser conservada.”¹¹

Información en Derecho, cap. III

Un arte de política mixta

Como ha mostrado Silvio Zavala en sus orientadores trabajos sobre Vasco de Quiroga, fue éste un lector atento —junto con Fray Juan de Zumárraga— y un adaptador y organizador pleno de imaginación de las enseñanzas de *Utopía*.⁸ América es, pues, el marco que propicia la inserción del tiempo europeo para, fundidas geografía e historia, hallar la forma adecuada para dar cauce y expresión a una realidad nueva: “porque —como dice Quiroga— no en vano sino con mucha causa y razón este de acá se llama Nuevo Mundo... no porque se halló de nuevo, sino porque es en gentes y cuasi en todo como fue aquel de la edad primera y de oro, que ya por nuestra malicia y gran codicia de nuestra nación ha venido a ser de hierro, y por tanto *no se puede bien conformar nuestras cosas con las suyas ni adaptárseles nuestra manera de leyes ni de gobernanación... si de nuevo no se les ordena, que conforme con la de este Mundo Nuevo y de sus naturales*, y esto hace que en éstos sea fácil lo que en nosotros sería imposible”.⁹

En América es posible lo que la historia ha clausurado en

Europa. ¿Cómo encuentra Quiroga los canales adecuados que “esta tierra requiere y ha menester”? Desde luego, la influencia de *Utopía* es cardinal, *pero no exclusiva* —como puede verse con claridad en el texto de Zavala—. Las tierras nuevas requieren de una nueva ciencia política: de un “arte de política mixta” en palabras de don Vasco, que se anticipa así, por tres siglos, al propósito de Alexis de Tocqueville cuando descubre la gran contra Utopía americana: la realización del Contrato Social en el Pacto Federal de los Estados Unidos.

Si seguimos de cerca el origen de los pueblos hospitales de Santa Fe,¹⁰ y su evolución, se verá que las ordenanzas (que deberán regirlos en adelante) se redactan al final, y no como hubiera podido suponerse en un jurista —que, para comenzar, define— en los comienzos de la empresa. Para don Vasco es esencial la experiencia y el desarrollo práctico de las instituciones. Tanto pesa la influencia de Moro como la experiencia histórica del cristianismo primitivo que también en aquél había dejado huella; la observación cuidadosa de la propiedad colectiva de la tierra entre los indios y su respeto y asimilación en la estructura de los pueblos hospitales; el conocimiento de las formas de colectivismo agrario de su patria y de las formas democráticas que desarrollara la España Medieval tanto en la Universidad como en los municipios. En los pueblos hospitales coinciden, pues, teoría, capacidad organizativa y de realización y, lo más importante: la autoridad moral, la sensibilidad y la prudencia de Vasco de Quiroga.

Las repúblicas hospitalarias

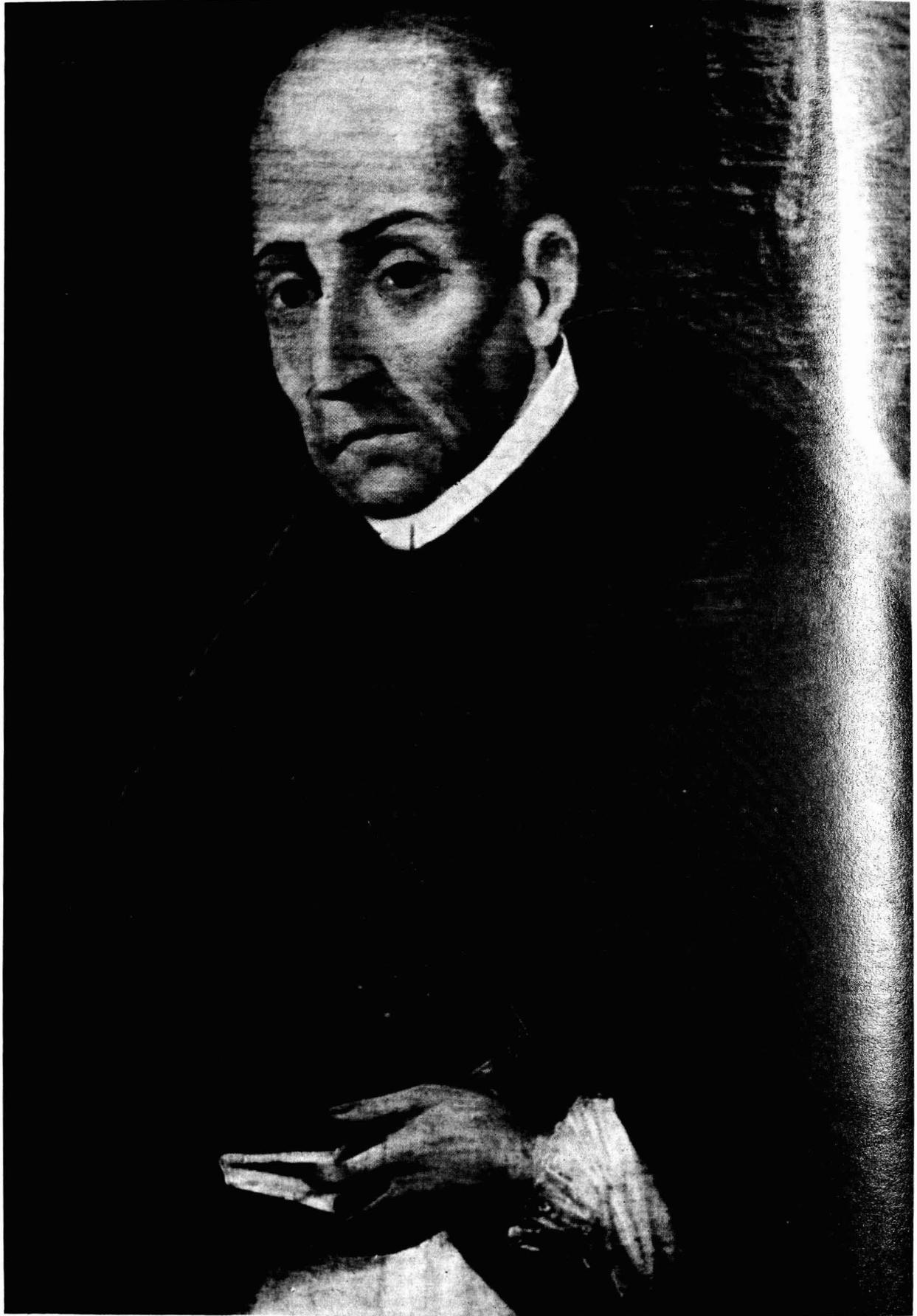
El método para construir el primer pueblo hospital fue el siguiente: “edifican primero una vivienda modesta, techada de paja, en Guajimalpa; después hacen en Santa Fe... un edificio más grande, llamado por don Vasco *familia*, que se integraba con diez casitas alrededor de un patio con una sola salida; más tarde levantan dos *familias* más, con quince unidades cada una; posteriormente una cocina grande para dar de comer a los pasajeros que ahí quieren albergarse; después una iglesia con cuatro celdas para frailes y otra iglesia más, junto a las viviendas, para que oyeran misa los moradores; un grupo de naturales de Texcoco, Otumba y Tepeaca, cooperan fabricando una familia más. Deben haberse edificado pequeñas familias desparramadas por los campos, con cuatro a seis casas cada una, para los trabajadores de turno bienal en las estancias”.¹¹

Parece que Santa Fe de los Altos¹² se componía de unas sesenta a setenta y cinco casas —además de las granjas— agrupadas en edificios en donde vivían unos trescientos habitantes. En Santa Fe de los Altos existía, además, un Hospital de la Cuna donde se recogía a los huérfanos y se les educaba para una vida útil. Se calcula que don Vasco gastó en Santa Fe, hasta el año de 1536, cerca de siete mil pesos: el equivalente de la totalidad de su salario de cuatro años.

Del trabajo en la Utopía indiana

La tarea principal de los pobladores de Santa Fe era la agricultura pero junto con ese oficio se les enseñaba, como en la Isla de Moro, la Albañilería, el labrado de cantera, la forja del hierro y la carpintería: trabajos que, como el arte de hilar y tejer la lana que proveían las ovejas del pueblo, eran de enorme utilidad para mejorar la vida cotidiana de los moradores.

Los primeros habitantes de Santa Fe fueron veinticinco



naturales educados en Texcoco que condujo Fray Antonio de Ciudad Rodrigo. Este primer grupo sirvió para transmitir la enseñanza y experiencia de Santa Fe a los nuevos residentes. Se les instruyó en la doctrina y vida de Cristo, en la lectura y escritura del español y el latín, en canto llano y música con instrumentos. Los más diestros enseñaban a los demás la agricultura y distintos oficios y artesanías. Había pobladores permanentes y otros temporales que iban a Santa Fe a abreviar la doctrina cristiana para enseñarla luego en sus lugares de origen.

El trabajo cumple una función de gran importancia en los pueblos hospitalales. Sin excusa ni pretexto deberá ser ejecutado con limpieza y dedicación; el esfuerzo redundará en beneficio de la comunidad. Todo está ordenado, dice Quiroga, para la utilidad y provecho de cada uno y de todos pensando, a un tiempo, en la salud del cuerpo y la del alma.

A cada quien según sus necesidades

A cada quien según su calidad y necesidad, manera y condición, es uno de los principios cardinales que rigen la vida de las repúblicas quiroguianas. Así, se distribuye el producto de seis horas diarias de trabajo en común, repartido entre los que producen y quienes lo necesitan: indios pobres, huérfanos, pupilos, viudos, viudas, viejos, viejas, sanos y enfermos, tullidos y ciegos, a los que jamás deberá faltar nada de lo "necesario y honesto en abundancia... con toda quietud y sosiego y sin mucho trabajo y muy moderado".

Las tierras, casas y familias, *sólo se poseen en usufructo*. "En vacando por muerte o por ausencia larga" sin autorización expresa del rector y de los regidores, pasarán a los hijos y nietos, mayores, casados, pobres, por orden y prioridad, que poseerán de la misma manera como sus padres o abuelos lo han hecho. Si no hubiera hijos o nietos, los bienes pasarán a los de mayor antigüedad, casados y buenos cristianos, también pobres, para que gocen de ellos el tiempo que vivieran en el hospital. Para que las raíces, así como huertos y familias de los hospitales, no podrán ser enajenados, ni conmutados, ni cambiados, "por cuanto ésta es la voluntad de su fundador".¹³

Conmueve la videncia de Tata Vasco. Cuatro siglos habían de pasar para que la Revolución de 1910, adelantándose aun entonces a su tiempo, recogiera —sin saberlo— la enseñanza de un visionario que había anticipado en el siglo XVI el modelo, hoy tan deteriorado, del ejido mexicano. Otra prueba de que los ingredientes más auténticos de nuestro movimiento revolucionario, los que tienen que ver con la tierra y sus gentes, echan raíces en el pasado cuando se proyectan hacia el futuro: Zapata el radical, bien lo sabemos, es vuelta, regreso a la raigambre original.

El objetivo del trabajo en los pueblos de Santa Fe es doble: por una parte, sirve para satisfacer las necesidades más elementales y para propiciar esa seguridad que el hombre requiere para vivir sin "mala ociosidad", sin codicia demasiada y, además, en "buena policía". Pero sirve también (y esto es lo trascendente para don Vasco) para la salvación del alma. Los pueblos hospitalales deben ser ejemplo permanente para la organización y vida de otros pueblos que procediendo así, conseguirían la tranquilidad material y espiritual que es el fin de la vida en buena y ordenada convivencia y "no vayan a dar en despeñaderos de almas y cuerpos como en algunas partes van..."

La teoría del trabajo que formula don Vasco "el utopista", no difiere mucho de la que, tres siglos más tarde elabo-

raría Marx "el científico en relación con el trabajo desenajenado: el trabajo no sólo debe servir como medio para satisfacer las necesidades materiales sino, sobre todo, como finalidad que justifica y hace al hombre. El trabajo como meta, y para realizar la vocación personal, es el verdadero trabajo libre y, como tal, el trabajo humano auténtico."¹⁴

En las repúblicas indígenas agricultura y educación van, por cierto, de la mano. Es indispensable que los niños se ejerciten dos días a la semana en el oficio de la tierra, "a manera de regocijo, juego y pasatiempo, una hora o dos cada día", sin que importe si para ello "se menoscabe (a) aquellos días de las horas de la doctrina, *pues esto también es doctrina y moral de buenas costumbres*". Es indispensable, además, que lo que los niños cultiven y cosechen sea para ellos, repartiéndose de acuerdo con la edad, fuerza, trabajo y diligencia puesta en el empeño, dándole alguna ventaja a quien mejor lo hubiera hecho, de manera que se provoque la emulación y el buen ejemplo.

Una de las ideas centrales de don Vasco, en materia de tareas rústicas, es que los padres de familia ejerzan estricta vigilancia de modo que no haya incumplimiento ni pereza. Y aunque el paterfamilias debiera estar exento del trabajo, sería de mucha utilidad para animar a los otros que tales excusas no se usen, sobre todo en el principio de las faenas, para que "los demás hayan vergüenza y hagan lo mismo".

Cada dos años habrán de rotarse las familias urbanas del hospital por las que hubieran cumplido ya su turno en estancias y granjerías disponiendo que, en cada una de ellas, estén cuatro casados o seis, que las trabajen y cuiden ganado y aves. El Principal, a quien todos obedecerán, será siempre el de mayor antigüedad.

En las familias rústicas, aparte del principal habrá otra persona, el "Veedor general", cuya función será estar pendiente, visitar y avisar al Rector, al Principal y a los regidores, lo que hubiere que remediar, proveer y reformar en cada una de las estancias y granjerías. En dichos fundos habrá de criarse todo género de aves, "así de Castilla como de la tierra y pavos y de otros géneros provechosos y vistosos y ganados, como son ovejas, carneros, cabras, vacas, puercos y animales serviles", de acuerdo con la calidad de la tierra.

En cada estancia habrá una gran huerta para plantar en ella todo lo que necesite el hospital: árboles frutales, hortalizas y todas aquellas "semillas saludables y provechosas: lino, cáñamo, trigo, maíz y cebada, o orozuz, cuya raíz es pectoral", etc. Una vez que se hubiera labrado, desyerbado y cosechado, después de repartir cuidadosamente el producto, para que no los invada la ociosidad: "unos saquen piedra y la labren y cuadren, otros corten madera y la desbasten, y otros cojan grana, cohinilla y archilla (¿chía?), donde se die-re; otros hagan otras cosas y obras, que convengan para los oficios y necesidades del dicho hospital", dentro de las seis horas señaladas. Como en *Utopía*, para que en Santa Fe nada falte habrá de sembrarse cada año el doble de lo que se requiera de modo que, anualmente, se guarde la mitad de lo cultivado para que en la república sobre siempre bastimento que se aprovechará en los años de mal tiempo y escasa cosecha.

Hay tres datos esenciales que explican los pueblos hospitalales de Santa Fe cuya puesta en marcha fue iniciada mediante bendición el 14 de septiembre de 1532 una estructura social centrada en la familia, una vida económica fundada en el trabajo común de la tierra o de las tareas urbanas y una vida política cimentada en la comunidad democrática. La familia se integra con un conjunto de diez a doce matrimonios

de tronco común dirigidos por el abuelo de mayor edad. Los matrimonios se efectúan entre varones de catorce años y mujeres de doce. La ropa, como en *Utopía*, debe ser limpia y modesta pero cómoda: una toca distinguía a las mujeres casadas de las solteras. De acuerdo con el crecimiento de la población, habrán de edificarse nuevas construcciones para captar los excedentes y los predios rústicos deberían contar con viviendas para albergar con limpieza y holgura a los que ahí trabajaran.

Las autoridades de Santa Fe eran, pues, de tres procedencias: la natural, que emergía de la familia: abuelos y padres; la social, representada por Ediles y Síndicos elegidos por el pueblo y la religiosa: el rector, que era un sacerdote conocedor de las lenguas de la región designado para aconsejar al pueblo durante tres años, como delegado de don Vasco (mientras éste vivió) y luego del rector de San Nicolás, contando con la aprobación del Deán y el cabildo de la catedral de Morelia.

El pueblo como Amauroto se dividía en cuatro barrios que elegían, cada uno de ellos, a un candidato. De éstos, los patrifamilias escogían a uno o dos Principales para ocupar el cargo durante un lapso que fluctuaba entre tres y seis años; después se elegían regidores cada año en número de tres o cuatro para que, como dice don Vasco con precisión, “ande la rueda por todos los casados hábiles”. En suma: en el modelo organizativo de Quiroga hubo adecuación de un modelo —la *Utopía* de Moro— a las circunstancias mexicanas. No hubo copia, como ocurriría después en el país, con otras formas de organización social.

Contra y pro Maquiavelo

El Principal “debe ser manso, sufrido y no más áspero y riguroso que lo conveniente y procurar *ser amado más que temido*”, con lo que parece contradecir a Maquiavelo. Pero señala, también, que “han de abrir(se) los ojos y las puertas al remedio y con ello... a la voluntad y entendimiento a la verdad y existencia de los casos y de las cosas y no a las apariencias”, en lo cual sigue tranquilamente al florentino. Como hombre acostumbrado a adaptarse a la realidad, bien sabe que no se debe “dar ley a solas las palabras y dejar sin ley a las cosas y sin remedio posible, porque el que no es posible ni practicable, no es remedio sino color para el mal...”¹⁵

La función de los principales era, junto con los regidores —que nombraban a los demás funcionarios— velar por el buen funcionamiento de Santa Fe, es decir, por el bien común y el pleno desarrollo de los intereses de todos. El Veedor se ocupaba de inspeccionar que los trabajos del campo se llevaran a buen fin. En síntesis: en Santa Fe todo el mundo tendría ocupación digna, casa limpia, tranquilidad de espíritu y comida en abundancia. Los pueblos hospitales se parecen ciertamente a *Utopía*. Pero se parecen más a su creador, que era hombre con enorme pasión solidaria hacia los desvalidos: con capacidad para atenderlos y, a la vez, con una terca voluntad de lucha y una congénita e irreprimible aversión hacia los avaros que veían en estas tierras sólo un medio de enriquecimiento personal y olvidaban la vocación trascendente e histórica de la corona española.

“Consolando al triste, socorriendo al pobre, curando al enfermo y enseñando al que no sabe”.

Información en Derecho, cap. III

Y ¿qué anda haciendo don Vasco por esos caminos polvorientos, con su báculo en la mano? Quiroga cura enfermos,

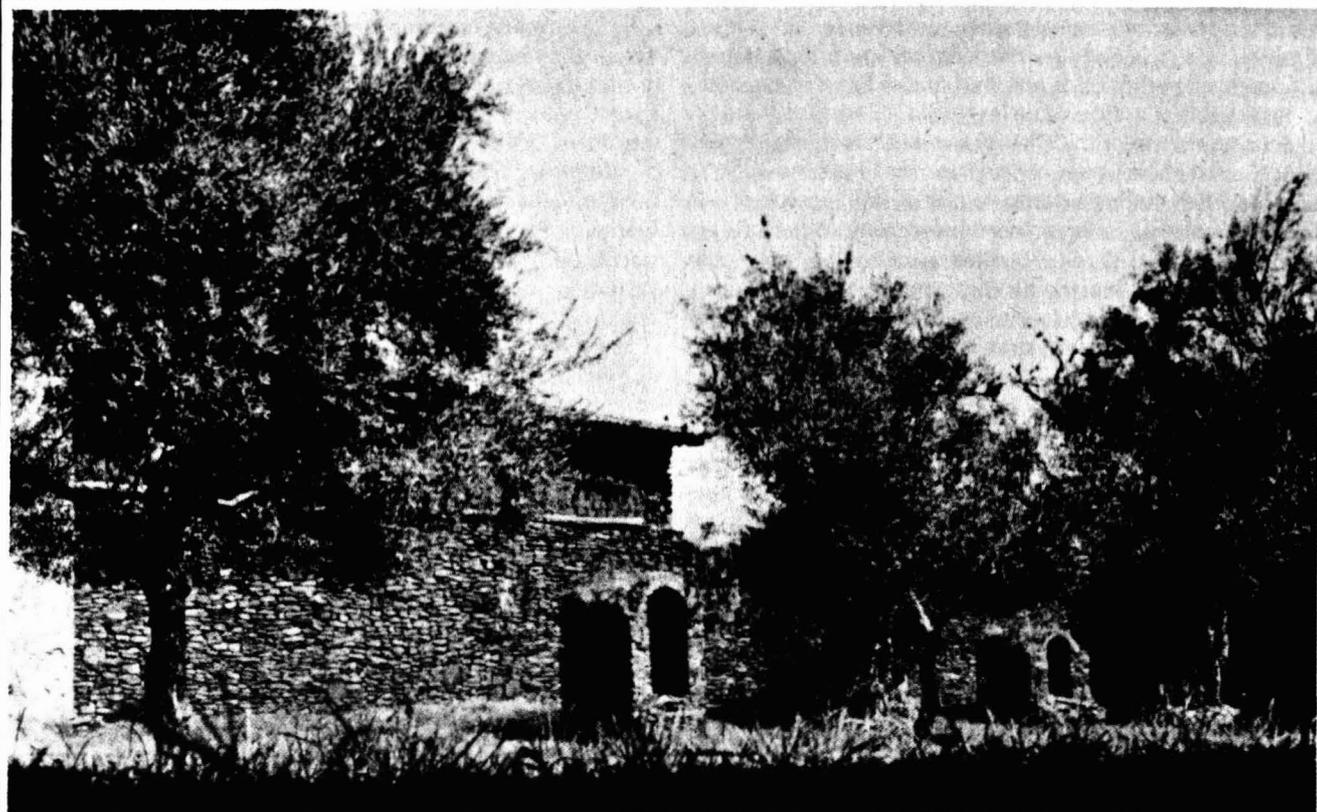
visita y atiende a los pobres y los favorece en todo lo que está en sus manos. Desde un punto de vista individual podría afirmarse que la acción refleja un afán de misericordia, de caridad: actos personales de un hombre bueno preocupado por la suerte de sus semejantes. Pero no se trata, exclusivamente, de ayudar con una limosna a quien de seguro la necesita. Se trata, más bien, de *organizar* la bondad, de “darle ley a las cosas” para *resolver* los problemas: formar poblaciones nuevas donde, teniendo siempre en cuenta la *dignidad humana de los indios*, vivan éstos de su trabajo, porque siendo tantos como son, habrá que hacer un pueblo de éstos en cada comarca, “pueblos muy concertados y ordenados” pues “como esta gente no (sabe) tener resistencia en todo lo que se les manda... (son) tan dóciles y aptos natos... tiene innata la humildad, obediencia y pobreza y menosprecio del mundo y desnudez, andando descalzos, con el cabello largo, sin cosa alguna en la cabeza, a la manera como andaban los apóstoles...” que será sencillo forjar “un género de cristianos a las derechas, como en la primitiva Iglesia”.¹⁶

Vasco de Quiroga el jurista

La *Información en Derecho* es un densísimo alegato donde se hace la objeción y crítica a la Cédula Real de 1534, que permitía de nuevo la insensata venta y tráfico de indios, en beneficio del trabajo en las minas. Por supuesto, don Vasco aprovecha el escrito para plantear, como lo hizo siempre en sus comunicaciones a la Corona, todos los problemas candentes en relación con el presente y el futuro de la Nueva España y la mejor política a seguir en esta parte nueva del Mundo. Si no se deja uno vencer por el lenguaje pesadamente medieval, bajo las palabras arcaicas brota el espíritu emprendedor y organizador del renacentista. Los moldes lógicos son, ciertamente, los de la escolástica en la que ha aprendido a pensar; su castellano viejo es pétreo como los castillos de Castilla, pero sensibilidad y prudencia en el manejo de hombres y de cosas son absolutamente renacentistas: si hay en él un creyente de antaño hay, también, un apasionado constructor moderno.

En don Vasco de Quiroga se dan la mano, inextricablemente unidas, dos épocas: la que va muriendo y la que viene: el Medioevo y el Renacimiento. Hasta su cristianismo es, a un tiempo, antiguo y moderno. Don Vasco quiere reconstruir la Iglesia en esta Tierra Firme que parece prestarse admirablemente para nuevas edificaciones y que, se asemeja a la vez, a la Edad primera y de Oro: para renovar, dice Quiroga con hechos, hay que volver al principio. Con la fuerza de la fe que fue la génesis de la Era cristiana, con el origen, hay que fundar el futuro del (Nuevo) Mundo.

Era don Vasco hombre de arraigadísima fe y, además, de buena fe: paradigma de cristiandad y de humanidad. Una y otra se complementan formando una totalidad única que deviene fe cultivada, consciente de sí misma, y que cristaliza en los Pueblos-Hospitales de Santa Fe. Aun en sus virtudes es don Vasco hombre de dos tiempos: por humildad, pobreza, laboriosidad, benignidad, suavidad —no exenta de firmeza de carácter— y dulzura con los miserables de este mundo, es hombre de Iglesia: un cristiano de tiempos idos, de virtudes tradicionales. Por prudencia, imaginación e inventiva, por pericia jurídica, sentido de la organización, tino para la docencia, fortaleza de ánimo y sentido de la justicia, es hombre de los tiempos modernos. Hombre virtuoso o de “virtudes” posee, además, la *virtù* que Maquiavelo cuidaba de depositar en la alforja del príncipe.



Olivos en el atrio del convento de Tzintzuntzan, plantados por don Vasco de Quiroga

La información en derecho es una suerte de canto gregoriano donde se reiteran con enorme fuerza, una y otra vez, los grandes temas de don Vasco: la libertad, la dignidad humana, el amor al prójimo y, a un tiempo, la fe, la misericordia, la caridad. El tema originario que ordena la arquitectura quiroguiana es —insisto— el de asegurar “una correcta política”: una política eficaz. A lo largo de toda la *Información* hay esa permanente insistencia: propiciar la buena y evitar la mala política: *estar con Dios, no con el diablo*.

Vasco de Quiroga quiere convencer al monarca poderoso del recto camino: de lograrlo habría ganado una guerra contra los enfebrecidos de riqueza y de gloria, contra los “codiciosos” —“este diablo de interese e cobdicia desenfrenada e increíble”— sin disparar más que los repetidos saetazos de su fuerte inteligencia. Batalla desigual por cierto. A ella se entrega sin embargo, apasionadamente, con toda la convicción y el entusiasmo extraordinario que supo poner siempre, en cada una de sus obras, Vasco de Quiroga. Si logró lo posible fue porque una y otra vez, con terquedad inaudita, buscó lo imposible. Esa conducta es su máximo legado a los hombres de este país que pudo (*¿puede?*) ser distinto: una lección en verdad inagotable. Más válida ahora que nunca si pensamos en que sólo desplegando la originalidad imaginativa de Quiroga podremos estructurar una opción propia frente a dos modelos que, ya vecinos, tocan nuestras puertas por el Norte y por el Sur.

En la *Información en derecho* se concilian realismo e idealismo. Se busca evadir los métodos violentos y se pretende vencer. Don Vasco trata de crear las circunstancias que propicien el rescate de la dignidad del indio y su libertad: “ir a ellos, como vino Cristo a nosotros, haciéndoles bienes y no

males, sanándoles y curando a los enfermos y, en fin, las obras de misericordia y de bondad y piedad cristiana”. En este respeto de la dignidad de los indios y de su *libertad*, está la principal diferencia entre los pueblos de Santa Fe y la concepción utopiana, pero totalitaria, de Tomás Moro.

“Con lo que Domingo sana, dicen que Pedro adolece.”

Información en Derecho, Cap. III

La lucha contra el diablo

Vasco de Quiroga escribe su *Información* como “testigo de vista y experiencia cierta”, pero no lo hace —y así lo declara expresamente— desde el ángulo de los que tienen minas pero no “animas ni animos de poblar” sino, como lo harían si pudieran, los auténticos pobladores. La diferencia es radical: porque aunque a aquéllos “hinche las bolsas y pueble las minas, a estos (los) destruye y despuebla los pueblos; y a estos miserables que por ella (la nueva cédula real) han de ser herrados como rebaños de ovejas *quitan las vidas con las libertades...*”*

Está cometándose un enorme yerro por desinformación —el viejo problema del monarca mal informado— que llevará por caminos extraviados al mundo nuevo. Los verdaderos pobladores, los macehuales, la gente común de la que se sirven los propietarios “son los que, a título de esclavos, *sin serlo más que yo* —dice don Vasco— han de ser herrados y vendidos

* Los entrecorridos que siguen, son todos —salvo indicación en contrario—, del Cap. III de la *Información en Derecho*.

y comprados... sin ninguna piedad, para que mueran de mala muerte en las minas y no para ser doctrinados...”

Quiroga sostiene que la verdadera legitimidad de la conquista no reside tanto en la potestad que el Papa ha concedido a los reyes de Castilla sobre los indios, cuanto en la finalidad del adoctrinamiento de los naturales en la verdadera religión. Y señala al rey que, en América, está haciéndose todo menos eso. Se pretende por la fuerza y la violencia —y la fuerza y la violencia no crean derecho como recordará Rousseau dos siglos más tarde— que los macehuales “confiesen ser esclavos... destos miserables (que quieren ser acatados y obedecidos) como a dioses o como a tiranos que todo, al fin, es una fuerza e violencia e tiranía”.

Ley y Rey

Don Vasco va al grano: la esclavitud provocará ciertamente la riqueza de los dueños de minas pero despoblará los pueblos y provocará un régimen social cruel y tiránico. Se habrá desaprovechado, además una enorme oportunidad histórica. De nada habrá servido transitar de las “tiránías pasadas” al tiempo de “Magestad tan cathólica”, si lo que prevalece es el “particular interés” enemigo siempre del “bien común de la república”.

Don Vasco concibe al rey como hombre libre y, obedece como tal, “usando de razón”. Quiere rey sometido a Ley. Como español del siglo XVI, no ve al príncipe frente a la sociedad sino *en ella*: *non est extra republicam*, sino *membrum eius* (como quería Domingo de Soto). La tarea real consiste en “llevar el bien común hacia los súbditos, concepción ética y religiosa de la vida que se liga al espíritu de la caballería cristiana, tal como puede señalarse en Carlos V...”¹⁷ Habrá de ponderarse, pues, por una parte la gran humildad, sujeción, opresión y obediencia de los pobres macehuales y, por la otra “la condición manera y codicia desenfundada de nuestra nación”.

Los macehuales piden justicia y libertad con discreción y calladamente. Hay, por cierto, un contrapunto entre la “soberbia nuestra” —dice Vasco— y “las intenciones simplicillas y buenas” de los indios que no debieran quedar defraudados en sus libertades. Surgen de aquí —como en San Agustín— dos políticas: la “satánica”, que “contaminará y conturbará quasi toda la esperanza del bien espiritual y temporal que de aquestas gentes se esperaba” —el diablo representado en la codicia— y la “mejor escuela (que) sería, a mi ver, la de mi parecer”. Tanto más cuanto que no sólo debe haber voluntad sino “una muy fuerte y firme obligación que impone la bulla del Papa Alejandro que trahe más que aparejada execución, cierto grande miramiento y recatamiento y diligencia...”.

Don Vasco no cesa en su lucha contra el diablo: parece increíble que por la desenfundada codicia se ponga todo en peligro, sin pensar que de la conservación de los indios (después de Dios), depende todo, porque “sin estos naturales no se pueden sufrir ni conservar día”. De proseguir así las cosas sólo se logrará la desconfianza mutua y el fracaso del proyecto de España en la Nueva España. Hay que poner freno a “la buitrea de las minas”. De otro modo, “aqueste es el fin destos alborotos y, al fin, ha de ser el fin y el cabo si Dios no lo remedia por su piedad”.

Después de las palabras apocalípticas del hombre de iglesia, prevalece el realismo de Quiroga. Se trata de convencer. Don Vasco lo ensayará en un lenguaje capaz de penetrar en oídos sordos. El método del abuso es torpe y chato: por ganar lo menos se perderá lo más. Hay que proceder recta-

mente conforme lo mandan las tres leyes, la divina, la natural y la humana, aunque parezca que procediendo así se obtienen menos ganancias. Porque “a mi me parece que este perder del Rey y del dueño... es en la verdad el verdadero ganar, porque perdiendo así, se gana y conserva la Tierra y naturales della”.

¿Videncia, anticipación de cuatro siglos, lucidez del hombre del Renacimiento que era don Vasco? En todo caso, advertencia de algo que iba a ocurrir en forma incesante en las tierras de América: las interminables y recurrentes revueltas de indios que comenzaron con la conquista y que todavía no terminan.

Don Vasco entra en materia señalando dos clases de “esclavos de guerra” en América: los ya pacíficos y los que están por pacificar. Aquellos son esclavos de hecho, éstos *van a serlo*; en ambos casos, la violencia, la fuerza, la opresión y los malos tratos, son el medio común para someterlos. La causa: la *codicia*. La conclusión puede anticiparse: no deben permitirse en tierras del Nuevo Mundo esclavos de guerra ni de rescate. Las razones son muchas.

Para ilustrar el caso de la esclavitud impuesta a naturales ya pacificados, comenta don Vasco varios incidentes. Sintetizo uno: temían los principales de Michoacán que se les achacara un levantamiento contra españoles —que sólo existía en la mente de los codiciosos que querían reclutar mano de obra para las minas—. Adelantándose a los hechos, se presentaron los principales ante la Audiencia y ofrecieron sus cabezas y las de sus hijos a nombre de su comunidad, como prueba plena de vida pacífica y de intenciones rectas. “¡Mátennos o apréndannos a nosotros pero dejen en paz a nuestro pueblo!” es la petición hecha a la Audiencia. Se trata de una muestra de buena fe de los indios pacificados que, sin embargo, son señalados por la provocación de los despobladores de pueblos, como gente levantisca y desconfiada que merece la justa guerra que los aplaque. Hay que utilizar la escuela del “trabajo” que haga propicia la “cristianización”.

Don Vasco comenta que, después de informarse bien, resultó claro que aquellos indios eran inocentes. Pudieron regresar a sus tierras consolados y alegres y ahí permanecieron luego como buenos cristianos y leales vasallos de su majestad. Y, en seguida, este párrafo dedicado al pueblo hospital de Santa Fe de la Laguna, ejemplo del camino a seguir en estas tierras: “Aprovechóles mucho la ida que allí fui, y el pueblo hospital de Santa Fe que yo allí dexé comenzado, al cual ha dado y da Dios tal acrescentamiento de cristiandad, que en la verdad no parece obra de hombres sino sólo de El...”

Obras son amores

En cuanto a los naturales que no han sido sujetos ni pacificados no hay duda, dice don Vasco, que esos rebeldes supuestos ni “infestan”, ni molestan, ni resisten a las prédicas del Santo Evangelio: se defienden contra la fuerza, violencia y robo ejercidos en su contra. Una cosa es lo que la boca dice —que no entienden los indios por no conocer lengua de Castilla— y otra muy distinta lo que comunican hechos y realidades que ellos *entienden y ven* con claridad: “que los van robando e destruyendo las personas, haciendas e vidas, casas, hijos e mujeres, por lo que ven al ojo e por obra, que es su manera de entender, mayormente en defecto de lengua...”

¿Qué de extraño tiene que a la fuerza y violencia respondan los naturales con fuerza y violencia? ¿Se trata, acaso,



Colegio de San Nicolás. Portada barroca del siglo XVIII

como quiere hacerse ver, de una verdadera resistencia a la predicación y, por tanto, de la imperiosa necesidad de hacerles la guerra para someterlos? ¿O se trata, más bien, de un derecho a la defensa? “Porque la defensa es de derecho natural y también les compete a ellos como a nosotros.”

En virtud de que casi toda la gente de este Nuevo Mundo es de una calidad mansa y humilde, tímida y obediente, convendría que se “atraxesen y cazasen con cebo de buena y cristiana conversación”, más que espantarlos con el temor de la guerra. La solución está en arraigarlos en pueblos donde se les den buenas ordenanzas que puedan aprender y entender. Acto seguido don Vasco señala un matiz de la mayor importancia: todo eso vale para los *infielos políticos* que, por lo menos, saben y guardan la ley natural y no honran a muchos dioses y tienen rey y ley y vida política ordenada, pero no para la gente bárbara que carece de todo esto y vive desparrramada por los campos *sin buena policía* y que, por esta razón, —dice al modo aristotélico— “crecen malos, fieros, bestiales y crueles, perjudiciales, inhumanos e ignorantes y tiranos entre ellos mismos, aunque no nos molesten a nosotros, ni impidan paso, ni nos tengan tomada cosa nuestra ni que nos pertenezca, ni sean enemigos del nombre cristiano”. Sólo establece, pues, un distinguo fundamental entre indígenas que conocen la convivencia social y aquellos que viven silvestres al margen de esa convivencia.

Las formas impuras de gobierno

Siguiendo a Aristóteles —según la interpretación de Johan Gerson, quien al hablar de las formas puras de gobierno sustituye a la democracia por la timocracia y, en las formas im-

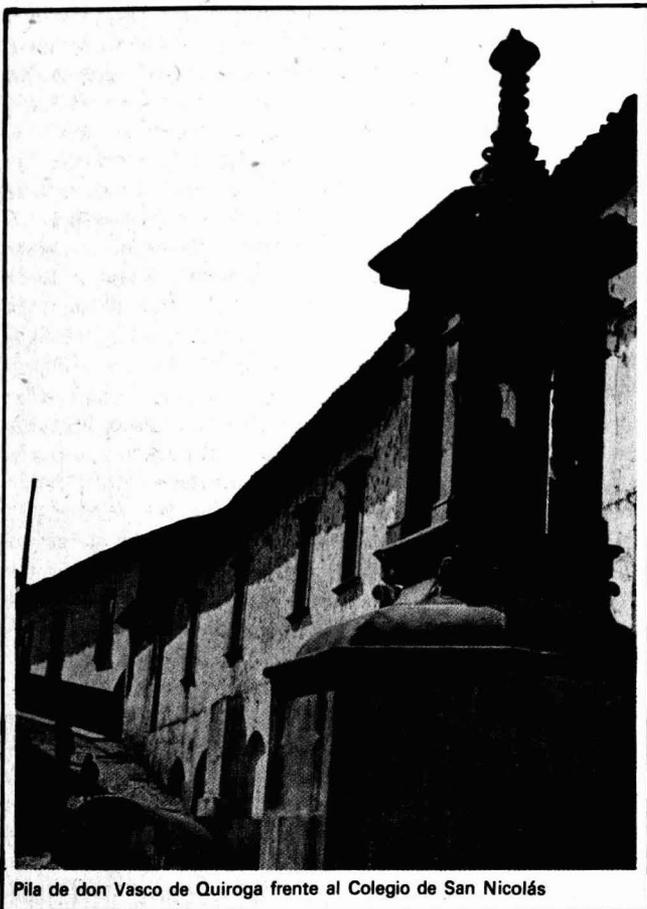
puras, confunde a la demagogia con la democracia— Vasco de Quiroga no encuentra que se den las formas puras entre los indios y sí, por el contrario, todas las formas impuras. No hay monarquía, que es congregación perfecta de muchos bajo la obediencia y sujeción de uno, que siempre actúa en función del bien común de la cosa pública. Tampoco existe la *aristocracia*, que es la unión perfecta de muchos bajo la obediencia de pocos, que buscan el bien de la cosa pública y la rigen y ordenan por leyes y ordenanzas derivadas de un senado. Menos aun la tercera, que se nombra *timocracia*, o sea la comunidad perfecta bajo obediencia y gobernación de muchos, que entienden y buscan la unidad, pro y bien común de la cosa pública, por sus leyes y ordenanzas.

En cambio, las tres formas de mala política reinan todas entre estos naturales. En la *tiranía*, dice don Vasco, preside uno que busca y pretende su solo bien y provecho y su particular interés. Moctezuma sirve al Obispo de ejemplo: reúne todas las condiciones del “uno malo y no del uno bueno”. Adorado, temido y reverenciado, no se le concibe como gobernante humano de gente libre, sino como Dios de gente cautiva, oprimida y servil. “*Como agora también se manifiesta a quien ve la manera e subjección de los que eran sus subditos y su opresión servil y tiránica que aun les queda, en la cual los españoles los procuran tener y tienen y peor si pueden, por servirse y aprovecharse dellos más a su placer*”. Si bien es cierto que los libraron del tirano y bárbaro Moctezuma, no suprimieron las causas de la tiranía y barbarie. Antes al contrario, parecería que una y otra se hubieran acrecentado. Y todo por no cumplir cabalmente con las instrucciones del rey ni con lo que Dios manda y atender sólo al interés personal y a la codicia desenfrenada.

La oligarquía se ejemplifica en los caciques (“principales”) quienes por procurarse su propio bien descuidan y aun destruyen el bien común. Al recoger de los macehuales los tributos para el rey y para sus amos y encomenderos españoles, los aumentan desmesuradamente; alquilan como tameses a los pobres macehuales, hasta que éstos revientan como bestias de carga, “por beberse ellos las botijas de vino que los españoles les dan por ello”. Y cuando no cumplen pronto con el tributo demandado —y cómo van a cumplir cuando la miseria es tan grande— los hacen “esclavos”. Pero rectifica de inmediato y señala que jamás serán esclavos en realidad, ni podrían serlo, pues conservan su libertad y siguen viviendo en su lugar y con su familia reteniéndolo todo para poder tributar, con lo que se muestra que más que esclavos se trata de “gente alquilada”.

La tercera forma impura, la *demagogia*, es explicada por don Vasco como el producto de la carencia de dirigentes. Si donde hay cabezas, como en la provincia de México, “es tal la policía, piense vuestra merced qué será donde no tienen cabezas a quienes reconozcan...”

Si hay necesidad de una buena política para regir lo temporal hace falta, con mayor razón, una eficaz *política mixta* que abarque los dos reinos, encarnada en la persona del rey de España como monarca y como apóstol de Dios. Una política mixta que ponga orden y concierto en todo: lo mismo en lo espiritual que en lo temporal, pues para algo lo ha hecho Dios apóstol y rey. Se trata de forjar una república semejante a la que ambicionaba Erasmo, donde haya una buena y general conversión y sustento suficiente para todos, españoles y naturales, cuidando de conservar al hombre y a la naturaleza de tal modo que, por medio de leyes y ordenanzas justas, “*que se adapten a la calidad y manera y condición de la tierra y de los naturales della*”, todos las pueden conocer, entender y usar a cabalidad, como “son las de mi parecer, sin los in-



Pila de don Vasco de Quiroga frente al Colegio de San Nicolás

trincamientos y oscuridad y multitud de las nuestras, que no las sabrán ni entenderán si serán capaces dellas de aquí a la fin del mundo...”

Al contrastar la teoría aristotélica con la realidad americana, la experiencia probada con la novedad diferente, don Vasco acepta —y esto distingue el razonamiento de Quiroga de los argumentos del Padre de Las Casas— que es lícito y santo pacificarlos y, aun forzarlos, para que marchen por ese camino. Se trata de “humillarlos de su fuerza y bestialidad” pero *no de destruirlos*. Hay que convertirlos y traerlos al gremio y misterio de la fe y “al verdadero conocimiento de su criador y de las cosas criadas”. Sólo con esta finalidad acepta don Vasco la guerra. Sólo así considera justa, lícita y santa la “pacificación” de los naturales.

¿Qué pertenece al Rey?

A propósito de la tributación que sirve de pretexto para cometer tantos abusos, don Vasco formula una tesis muy interesante: la infidelidad no puede ser pretexto para arrebatar a los naturales lo que les pertenece. Una cosa es pacificar, para instruir y ordenar, y otra muy distinta despojar y esquilmar. La parte que corresponde a su Majestad es aquella que los naturales tributaban antes a Moctezuma. Pero ocurre que los indios deben pagar tributo a muchos moctezumas: a los españoles y, además al Rey... ¿De dónde va a sacar tanto dinero la pobre gente? Mayor tributación equivale a mayor tiranía. Y el papel de España en estas tierras no es el de mantener a los súbditos tan miserables, agrestes, bárbaros, dispersos, indocitos y salvajes como antes.

No se trata de exterminarlos con trabajos, vejaciones y es-

fuerzos excesivos. Eso sería “una especie de tiranía de las que pone allí Gerson y peor”. Se trata de regir y encaminar, gobernar y ordenar como lo manda la bula: “porque tengo por muy cierto para mí que sin este recogimiento de ciudades grandes que estén ordenadas y cumplidas de todo lo necesario en buena y católica policía... ninguna buena conversación general ni aun casi particular, ni perpetuidad ni conservación, ni buen tratamiento ni ejecución de las ordenanzas, ni de justicia en esta tierra, ni entre estos naturales se puede esperar y haber”. Lo cual sería lamentable con gente tan dócil y capaz y de la que tanto cabría esperar.

Si antes no podían los indios con los impuestos y tributos que sus “principalejos” les imponían, menos ahora que las cargas y sobre-cargas se les han multiplicado. Al no reunir el monto del tributo, se produce una suerte de pago en especie: los padres “venden” a los hijos y los parientes a los parientes. Los infelices así comprados se venden luego en Guatemala, “donde se ha permitido el hierro de rescate que dicen...”.

Pero tales transacciones no son propiamente ventas —insiste el jurista Quiroga adelantándose al uso tramposo que podía darse a un argumento de supuesta “esclavitud” en el sistema prehispánico—. Tendría que hablarse, más bien, de un *alquiler de obra a perpetuidad*. Algo parecido al que imperará, siglos más tarde, en las tiendas de raya: se alquila solamente el esfuerzo —la fuerza de trabajo diríamos ahora, las “obras” dice don Vasco— pero no la libertad. La diferencia no es insustancial: si hubiera venta de la persona, como si se tratara de un objeto, habría esclavitud. Y esclavos no ve ni cree que los haya. “...que no son más esclavos que yo, ni yo más libre e ingenuo que ellos”. No existe la esclavitud con pérdida de libertad e ingenuidad, ciudad y familia, que es la máxima *capitis diminutio*... para que sean reputados *nilhil de derecho civil*” —habla el jurista— y para que los hijos de esclava lo sean también, y estén a disposición del señor y no puedan ser ni tener, “como lo son los que son esclavos cerca de nosotros y como lo eran cerca de los ciudadanos romanos... yo entre estos no los veo”.

Esas gentes, aunque infortunadas, conservan libertad, familia y ciudad o lugar, pues no mudan estado, ni condición y no pierden su libertad,” que es señal e indicio grande que no son verdaderos esclavos... (ya) que los esclavos son de *jure gentium*...”.

Hay, pues, alquiler o venta de obra —*locatio o venditio operarum*— pero no esclavitud. En el supuesto entonces de que hubiera alquiler, pagado el precio de lo rentado o su interés, no se restaura la condición de hombre libre que nunca se perdió sino, simplemente, la condición de hombre sin deuda. Existe la subrogación o sustitución de la persona “vendida” —lo que no ocurre en la esclavitud— si se siguen las costumbres indígenas en estas materias. La relación contractual reposa sobre el trabajo y no sobre la persona. Hablar de esclavitud no es sólo traicionar al idioma y al derecho sino, peor a un, envilecer la causa histórica que el monarca español está obligado a desempeñar en el Nuevo Mundo.

La titánica, terca lucha por el derecho del jurista Quiroga es una batalla por la justicia. Pero, sobre todo, es una batalla por la dignidad y la libertad del indio. O lo que es lo mismo, por la libertad y la dignidad del hombre. Pliegos y más pliegos llena el obispo de Utopía para señalar con fuentes teológicas y jurídicas, con el peso de la tradición del derecho romano y del derecho español, las diferencias entre la concepción de la esclavitud en Europa y lo que en las nuevas tierras quiere hacerse aparecer por tal. En esas densas páginas don



Mapa de Utopía (/ Hans Holbein?)

Vasco no sólo muestra su profundo conocimiento jurídico sino, sobre todo, la sapiencia adquirida en los usos y costumbres del Nuevo Mundo. Saber y experiencia aunados lo llevan a sostener hasta la saciedad que aquí no había esclavitud a la llegada de los españoles y que el hierro del rescate no era sólo una insensatez injusta sino una infamia.

Llamar rescate a tan amargo cautiverio es “querer llamar al negro Juan blanco”. En tanto que “vivan muriendo y mueran viviendo como desesperados” y en vez de aprender la doctrina aprendan “a maldecir el día que nacieron y la leche que mamaron... la cosa desta tierra se ha de acabar muy en breve”.

Don Vasco está decidido a probar la inexistencia de la esclavitud en tierras del Nuevo Mundo. Hay que evitar a toda costa que, fundados en situaciones de hecho o en usos y costumbres indígenas, los codiciosos puedan legitimarla. Describe, pues, Quiroga todas las modalidades de delitos y condenas susceptibles de ser mal interpretadas: el robo en milpa ajena que se paga sirviendo de por vida al dueño; la culpa de “empreñar” esclavas o sirvientas resarcida, también, con servidumbre vitalicia en casa de los amos; pena idéntica recaía sobre el perdedor del juego de pelota sin medios para pagar su deuda; el cautiverio perpetuo de robachicos a cambio del rescate del niño, etc.

Don Vasco aventura varias hipótesis para explicar el sometimiento de los naturales a penas tan desmesuradas. O eran tan simples los pobres y estaban tan aplastados ya por la opresión, que no osaban resistir; o como no existía la costumbre de la “justicia constante y la perpetua voluntad”, ni leyes ciertas, ni ordenanzas equitativas, cada quien se hacía justicia por propia mano y como podía. Esto, en el lenguaje

científico del siglo XVII, será llamado por Hobbes “ley de la selva” y caracterizará el estado presocial: aquella situación que se da antes del advenimiento de la sociedad civil y, por supuesto, del Estado.

Don Vasco sugiere que vivían en el reino de lo arbitrario y que todo ocurría entre ellos “como entre gente bárbara e ignorante y sin luz y derramados...” Todo era posible: abusos y opresión abundaban en el mundo indígena. Todo, salvo la esclavitud. *Por algo no existía vocablo alguno para nombrarla* y, al no saber los nahuatlato interpretar la noción de esclavitud, ni traducirla a su lengua por no existir el vocablo, solían darse lamentables confusiones que perjudicaban a los infelices ignorantes. Y eso, en derecho y en castellano, se llamaba fraude, dolo y engaño.

A esas alturas del memorial ya puede don Vasco, después de las pruebas aportadas sostener como de pasada, una tesis de la mayor importancia: los indios son mejores cristianos que quienes, por mandato de la Bula papal debían aportarles las luces de la verdadera religión. Mientras aquéllos con su conducta honran la creencia recién adquirida, o la anticipan, los españoles hablan de Dios y obran como Satán. Así en este Nuevo Mundo “comienza a pulular cierto grande engaño”. ¿No viene, acaso, del “antiguo engañador Satanás” la simulación y la mentira. Y no suele éste con ellas desbaratar y subvertir todo lo que toca?

Para don Vasco está claro “que es mayor el enemigo de dentro que no el de fuera”. A partir de la Cédula Real de 1534 se ha producido en la Nueva España un mundo al revés, donde los verdaderos cristianos son los indios; en cambio, los partidarios de Satanás son los codiciosos que engañan y cometen fraude con los indios. Se produce así el escándalo de que los partidarios de Luzbel, en nombre de Dios, esclavicen a hombres libres, los indios, que son por otra parte, los auténticos cristianos.

Esta es la paradoja el “escándalo” que hay que corregir con urgencia. Para don Vasco siempre ha estado claro que, en la Nueva España, pueden darse las dos políticas de que hablaba San Agustín en la *Ciudad de Dios*: la *satánica*, que es la que hasta entonces se ha ejercido produciendo siniestra confusión y desorden, y la auténtica, el proyecto en que ha insistido desde el principio de la *Información* y al que vuelve con mayor fuerza y convencimiento.

Se ha tratado de aparentar, de disimular, de lograr justificaciones que sirvan solamente de “bien parecer”, aunque “atapando un agujero se hagan cientos”. Sólo hay un remedio: “dexar de remendar... y comenzar a fundir la cosa de nuevo”. No valen medias tintas, hay que inventarlo todo de acuerdo con la nueva tierra y sus habitantes: “que tal estado de república muy bueno es, fácil y muy conveniente y necesario, a un tal Nuevo Mundo y a una gente tal, como aquesta y tan estraña de la de nuestro mundo y nación...”.

El hombre nuevo

En verdad, pocos textos tan profundos e intensos se han escrito en favor de la libertad del hombre de todos los tiempos. Bastaría la *Información en derecho* —cuya síntesis actualizada debiera ser lectura obligada en las escuelas de jurisprudencia de México y de América— para hacer merecedor a Tata Vasco del recuerdo emocionado y la más alta veneración de todos los mexicanos. Porque Quiroga es, sin la más leve sombra de duda y desde los orígenes mismos, uno de los padres fundadores de este país que hoy se llama México.

Conmueve el coraje, la terquedad, la lucidez, la intelligen-

cia, la erudición desplegada en defensa de los pobrecillos macehuales por conquistadores espirituales como don Vasco, tan semejantes sin embargo, a los otros en carácter, en audacia, en osadía, en "locura". Semejantes en la posesión intensísima de la "fiebre de oro", aunque unos la tengan en por y para el poder, la gloria, la riqueza, la historia y otros busquen el oro dentro del hombre nuevo, en esta *Terra Nova* que permitirá la vuelta al reino de la Edad Dorada: la implantación de una sociedad más justa, más libre, más digna, más humana.

¿No se parecen el capitán Lope de Aguirre buscador de El Dorado —que acabará "reinando" totalmente enajenado en medio de la selva, absorbido por la naturaleza— y don Vasco de Quiroga, el explorador de una Edad de Oro cuando el hombre era tan bueno, noble, sencillo, simple como los naturales de las nuevas tierras, en donde implanta y supera —por la libertad— la *Utopía* erasmiana de Moro y quiere construir en el pueblo perdido de Patzcuaro una catedral más grande que *Notre Dame* de París?

¿No se parecen Hernando Cortés, el conquistador de un enorme país desconocido, poblado de mil pueblos distintos, a quienes convocaba en lengua de Castilla a someterse al imperio más poderoso del orbe y fray Juan de Zumárraga, protector de indios y primer obispo de México: misionero y civilizador que funda la Universidad y trae la primera imprenta?

¿No buscan el militar y el misionero con parecido espíritu de misión, la fuente de la eterna juventud aunque unos, como Ponce de León, sueñan encontrarla en la Florida mientras otros, como fray Bartolomé de las Casas el primer sacerdote ordenado en Indias, la busquen como alucinados en el interior del hombre, en la propia conciencia?

¿Acaso unos son más grandes que los otros? Con misionero y conquistador se integra, más bien, el hombre español del Renacimiento en su doble rostro, admirable e inexplicablemente sin esa locura que hizo a la España del Siglo de Oro y que, de algún modo, tendríamos que saber rescatar.

Notas

1. En sus "Nuevas Notas en torno de Vasco de Quiroga", Silvio Zavala indica que no hay precisión sobre la fecha de su nacimiento y menciona también como posibles los años de 1477, 78 o 79, "según otros indicios". Cf. *Recuerdo de Vasco de Quiroga*. Editorial Porrúa, México, 1965, p. 121. Ver, también R. Aguayo Spencer, *Vasco de Quiroga, taumaturgo de la organización social*. Ediciones Oasis, México, 1970, p. 13.

2. Las instrucciones a los oidores designados lo dicen todo: "La primera... que llegasen a Santo Domingo para juntarse con el Sr. D. Sebastián Ramírez de Fuenleal, Obispo de aquella isla que venía con la cualidad de Presidente. La segunda, que luego que llegasen al Reino, avisasen a los Oidores de su arribo; que entrasen en México con el Sello Real y la pompa correspondiente. La tercera, que reprendiesen en público a la primera Audiencia y su Presidente Nuño de Guzmán. La cuarta, que les tomasen residencia y también al Marqués del Valle. Y finalmente... que mantuviesen buena correspondencia con el Obispo y que proclamasen con solemnidad por Reyes y señores... a la Reyna Doña Juana, al Emperador D. Carlos y a su hijo D. Felipe". J. J. Moreno, *Fragmentos de la vida y virtudes del V. Ilmo. y Rmo. Sr. D. Vasco de Quiroga*, en *Don Vasco de Quiroga*. Editorial Polis, México, 1940, p. 24.

3. "Plugo a la divina voluntad poner al frente de los reinos de España a héroes tan célebres, que no sólo vencieron a las espadas y máquinas de guerra de los bárbaros, sino que, pródigos de su vida y de su patrimonio, penetraron —en compañía de una gran multitud de cristianos— por regiones incógnitas y remotísimas y, quitando el monstruo de la idolatría, plantaron por todas partes, entre los aplausos y felices augurios de la religión cristiana, el Evangelio de vida, haciendo triunfar universalmente, la bandera de la cruz, "Son estos héroes, los Reyes Católicos de Castilla y España: la Serení-

sima Reina Juana y su hijo, el invicto Carlos Máximo, Emperador siempre Augusto de la República Secular, por elección divina único e indudable monarca, cuyo oficio consiste principalmente en esto: que todas las naciones profesen la misma fe ortodoxa y que el orbe universo, sea reducido al culto del único Dios verdadero y se haga un solo rebaño y un solo pastor y, según el oráculo de San Pablo, un solo cuerpo, un espíritu, una esperanza, un Señor, una fe, un bautismo, un solo Dios y Padre de todos, el cual sea proclamado por todos unánimemente, sobre todos y en todos nosotros." Testimonio de la erección de la Catedral Michoacana. (Traducción.) En *Don Vasco de Quiroga*, *Op. cit.*, p. 229. Subrayado mío.

4. *Fragmentos de la vida y virtudes... Op. Cit.*, p. 22

5. "El 25 de agosto de 1539, junto con sus compañeros Alonso Maldonado, Francisco Ceinos y Juan de Salmerón, se hace a la vela desde Sevilla con rumbo a Santo Domingo para recoger al Ilmo. Sr. D. Sebastián Ramírez de Fuenleal, Presidente de la Audiencia que, además de cuerpo judicial será también órgano de gobierno", Aguayo Spencer, *Op. Cit.*, p. 22.

6. "Embiar cavallero por presydenete no conviene mas que embiar un fuego, porque acá para cosas de guerra no es menester". Más bien, "conviene que sea persona de letras y experiencia y mucha conciencia y syn cobdicia, que nos ayude a llevar tan grande e ymportante carga como tenemos a costas..." V. de Quiroga, Carta al Consejo de Indias. En Aguayo Spencer, *Op. Cit.*, p. 77.

7. *Ibid.*, p. 78

8. "Las fuentes que, según confesión reptida de Quiroga, influyeron decisivamente en sus proyectos fueron las *Saturnales* de Luciano y la *Utopía* de Moro. Aquellas le proporcionan la imagen de una edad dorada con la cual compara insistentemente la vida de los indios; en la *Utopía* halla el modelo para organizar las comunidades de acuerdo con la inocencia que descubre en los aborígenes. La idea expresada en *La República* de Platón de que es causa de las ciudades la impotencia del hombre aislado para atender las necesidades de la vida, la recibe a través de San Cirilo". S. Zavala. "La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España", en *Recuerdo de Vasco de Quiroga Op. Cit.*, p. 13.

9. Quiroga, *Información en Derecho*, Cap. III. Subrayado mío.

10. "con certeza se conocen... Santa Fe de México y Santa Fe de Michoacán. Santa Fe del Río, a las márgenes del Lerma, al sureste de la Piedad de Cabadas, pudiera ser una tercera; como no se menciona ni en los títulos de tierras ni en las ordenanzas, ni en el testamento quiroguiano, es preferible abstenerse, a emitir un juicio falso o aventurado." E. Cárdenas de la Peña, *Vasco de Quiroga, Precursor de la Seguridad Social*. IMSS, México, 1968, p. 51.

11. Aguayo Spencer, *Op. Cit.* pp. 29-31.

12. "Santa Fe de los Altos se localiza en el sitio denominado Acasuchil, lomas al sureste de las de Chapultepec, dominadas por la serranía del Ajusco." Su fundación puede situarse entre 1531 y 1532, "más bien este último año, si ha de considerarse el tiempo de demora en la aprobación y recepción de la respuesta. Para el 8 de agosto de 1533 se le menciona ya en una carta que el presidente de la Audiencia dirige a la emperatriz: 'como el Licenciado Quiroga tiene hecho un hospital para indios pobres (a) dos leguas desta ciudad, do gasta lo que tiene...' Vasco con sus propios bienes, consigue materiales, paga sueldos, levanta muros. Este mismo 1533 Ramírez de Fuenleal solicita de España 1500 hanegas de maíz para alimento y la autorización de darle las tierras baldías y las caballerías de tierra que se hallan vacantes cerca del hospital, para que los indios congregados puedan trabajar. La reina, en 13 de noviembre de 1535, remite la real Cédula por la cual concede la posesión de las tierras: 'yo vos mando que véais lo susodicho e constándoos que las dichas tierras son baldías y que los dichos pueblos tienen necesidad de ellas para sus labranzas pareciéndoos que conviene e siendo sin perjuicio de tercero repartáis entre ellos la parte de las dichas tierras que vos pareciere cerca de la obra de los dichos pueblos.' El procedimiento demorará todavía varios años más, pues don Antonio de Mendoza dicta las órdenes respectivas el 31 de agosto de 1537, y la posesión de las tierras se lleva a cabo el 22 de noviembre de 1537. Cf. E. Cárdenas de la Peña, *Op. Cit.*, pp. 58-60.

13. "Reglas y ordenanzas para el gobierno de los hospitales de Santa Fe de México y Michoacán, dispuestas por su fundador, el Rmo. y venerable sr. d. Vasco de Quiroga, primer obispo de Michoacán." En *Don Vasco de Quiroga*, *Op. Cit.*, p. 250.

14. El lector encontrará, en el capítulo final de este libro, una exposición más detallada.

15. Quiroga, *Información en Derecho*.

16. Quiroga, "Carta al Consejo de Indias", en *Don Vasco de Quiroga, Taumaturgo de la organización social*, *Op. Cit.*, pp. 77-83.

17. J. Beneyto, *Historia de las doctrinas políticas*, Aguilar, Madrid, 1964, p. 267.

Francisco Hinojosa

SALTA EN MI LA BORDADORA

para i.c.

Salta en mí la bordadora bien adentro,
se invernada y aprimavera en su oculto mío,
llena los lunes, consuma las tardes,
colma mayo de inusuales caricias,
lo deja andar a ciegas tras mi oculto suyo,
se enhebra en mí, engarza sus horas en mi otro.

Baila bien adentro en mí la bordadora,
se distrae en los labios que me arranca,
en el roce, en la inflamación de las venas;
y en el máximo inhalar de pronto insulta:
detiene su sueño en mi bulto enfermo,
su anocheciendo vivamente púrpura
bajo el intenso de la roja luna muerta.

La bordadora, bien adentro, en mí se aloca,
es ya sus pies descalzos para siempre,
la aguja que danza la tela, mi rostro;
para siempre es su desnudo de mis labios
y es la navaja gris que los separa.
Arde loca en mí la bordadora, incendia...

Arde en mí, y bien adentro la bordadora
se enllama y prende el golpe arterial,
la respiración de mi imbécil se acelera,
la nuez de mi severo reverdece,
la vida se me vuelve borde de su aliento
y el tacto se me vuelve oído de su boca.

Bien adentro teje en mí la bordadora,
avanza con el hilo por las cruces,
con el verde me vegeta y exuberada
y con el lila me obliga a contemplarla.
Ensarta, empuja, borda el manto de la espera.

Silvia Bleichmar

SOBRE LAS CRUELDADES DEL AMOR



Freud con su padre, 1864

Para Ernesto, Marina y Pablo

Un niño que está en vías de terminar su tratamiento llega a sesión con una lata en cuya tapa ha abierto algunos agujeritos, como esas que se hacen para guardar un animal volador sin que se escape pero evitando la muerte por asfixia. Al entrar dice: “¡Sorpresa! Tienes que adivinar qué traigo. Es un animal, que come de todo y es volador.” Digo: “una mariposa” No. “Una polilla.” No. “¿Te das por vencida?” “No, digo, una mosca.” “Sí, una mosca sin alas”, responde. Abre la lata y la mosca desalada cae sobre la alfombra. “Le saqué las alas para traértela”, agrega.

Hace una semana me llamó la madre para contarme que el niño está raro, como regresivo. Juega a que es un bebé, se queja de tener que comportarse como grande. Sin embargo, señala, no es que no se dé cuenta de lo que hace. Es como un juego.

Interpreto: Has traído ese “animal que come de todo” para mostrarme hasta dónde serías capaz de llegar para no separarte de mamá y de mí. Si creces, si vuelas, deberás terminar el tratamiento, deberás ser un niño grande y ya sólo podrás jugar a ser un bebé porque no serás un bebé.

La mutilación es el medio por el cual evita él mismo tener alas. El animal que “come de todo” remite al inicio del tratamiento, ya que llegó a consulta por morderse su propia ropa hasta desgarrarla.

Recuerdo un viejo cuento sufi. Un pajarito volador es adoptado por un ave que no sabe volar. A medida que el pajarito crece crecen sus alas, hasta el año en que una bandada de pájaros de su misma especie pasa por el pueblo donde habita con su madre adoptiva. La madre piensa: “Si yo supiera volar enseñaría a mi hijo a hacerlo y lo vería retozar en el cielo con sus iguales.” Por su parte el hijo piensa: “Si mi madre, que es tan sabia, aún no me ha enseñado, es porque aún no debe ser mi tiempo. Debe estar esperando el momento oportuno para hacerlo.” ¡Qué distintas hubieran sido las cosas si cada uno hubiera podido expresar su pensamiento!

Pero la madre que acude a una consulta reconoce en algún lugar de sí misma que necesita de otro que ayude a su hijo a aprender a volar. Y es víctima, junto con su hijo, de su propia impotencia. ¿Y por qué no pensar también que detrás del dolor manifiesto de la madre-ave se esconde el profundo desgarramiento de tener que reconocer a su hijo como no idéntico a sí misma? O es que, en este sentido ¿no son todos los niños en algún momento de su vida “adoptivos” de sus propios padres?

Pero aún otra reflexión. No es con lo que la madre calla que el niño elabora su teoría. Ni siquiera con lo que la madre dice. Sino con esa franja que queda oscura de la conducta materna a la cual el niño debe responder con una elabora-

ción que recubra lo que desconoce.

¿Es el deseo materno que el pajarito vuele? Eso no está en lo manifiesto del discurso. Nunca ha sido formulado discursivamente. Tampoco está en el inconsciente reprimido materno. Podríamos decir que está en una zona del preconscious materno que al mantenerse oculto en el silencio no deriva en símbolo.

¿O podríamos, tal vez, pensar que el deseo materno es de que el hijo no vuele? Suponiendo que este deseo fuera inconsciente, no sería en este caso deseo de no-vuelo —ya que el mismo estatus de inconsciente le impediría regirse por la negación. Podría ser deseo de que sea “idéntico a mí misma”, y en este caso la castración de las posibilidades voladoras del pajarito no sería sino la consecuencia de *las crueldades del amor*.

Tanto la madre como el hijo son víctimas de lo que desconocen. Pero aquello que desconocen no es idéntico. En el caso de nuestra madre ave es el volar lo que no sabe. En el caso del pajarito es el hecho de pertenecer a otra especie que determina el sufrimiento en su desconocimiento. Si nuestro pajarito fuera un neurótico preferiría no aprender nunca, no sólo a volar, sino a conocer su propia especie, para no perder el sentimiento de pertenencia a su propia madre que posee. Tal vez conservaría así la única certeza que lo mantiene en la tierra, la madre tierra. Si la madre de nuestro pajarito fuera madre de neurótico, cada vez que viera pasar la bandada diría —para ocultar su dolor e impotencia— en un tono recriminatorio: “Yo no sé cómo las madres permiten a sus hijos hacer esas tonterías que sólo ponen en riesgo su vida y no proporcionan ningún placer”. Nuestro pajarito, silenciosamente, respondería con un aletear inconsciente de sus alas inútiles, y tal vez comenzaría a girar con un movimiento hiperkinético. Algo *lo agitaría* desde sí mismo sin que él mismo pudiera saber qué es exactamente lo que lo produce, ni cómo se llama aquello que lo perturba. Desconocería también que su madre, amorosamente, cuando él todavía no tenía entendimiento, acarició y limpió esas alas que representaban para ella el símbolo mismo de “lo que podía volar” guardando silencio luego sobre sus actos para siempre.

• • •

Las reflexiones que anteceden son efecto de una práctica, la práctica psicoanalítica, pero también la práctica materna. Relación particular ésta del psicoanalista con su propia tarea que a la vez lo confronta constantemente a sus propios fantasmas. De ahí que el análisis del analista no sea un acontecimiento más en su vida. Es la condición misma de su existencia como tal. Tanto como lo es su propia neurosis.

La práctica, como vocablo, tiene sus propios matices: “que concierne a la acción”, “transformación de la realidad exterior por la voluntad humana” (así lo define entre otras acepciones el Robert); “activo, que obra” (propone en su etimología griega Corominas). Sin embargo, las formas de transformación de la realidad por el hombre pueden tomar los aspectos más sutiles, y en algunos casos, estamos tan habituados a ellas que hay ocasiones en las cuales no alcanzamos a descubrir sus alcances. Así, el vínculo materno como vínculo transformador de la realidad forma parte de una práctica, sin que podamos decir que esta práctica esté regida por la voluntad.

El psicoanálisis mostró que el hombre está habitado por la *pasión*, pasión de la cual sólo conoce los efectos (¿podríamos decir los afectos?) sin que ello implique que maneje sus determinaciones. La práctica materna se ubica así entre las “prácticas antinaturales”, aquellas que subvierten la naturaleza para generar un producto nuevo, un producto de cultura, un producto, él también, “antinatural”. Eso es un niño. Habitado por una pasión que desconoce nadie puede darle cuenta de ello porque aquél que introdujo esa pasión también la desconoce. La madre es tan ignorante de su deseo como el niño lo será en tanto objeto constituido.

Una simplificación fácil de esta problemática ha llevado a fórmulas estrechas: “lo que enferma a un niño es la falta de amor”, “el hijo no deseado está condenado a la neurosis”. ¿Como si fueran los padres, sujetos de la conciencia y la voluntad, y los analistas, sujetos del saber y la verdad, quienes pudieran definir esta contienda monumental entre el odio y el amor a través de algo tan simple como la normatividad!

La vieja psiquiatría organicista, cuando se encontraba con un niño mentalmente enfermo, decía: “pobres padres, qué tragedia les llegó”. Luego la psicología pasó a la posición inversa: “pobre niño, su enfermedad es efecto de lo que sus padres hicieron con él”. Ambas se tocaban en un punto: los padres, despojados de inconsciente, eran amos de sus propios actos. El psicoanálisis ayuda a una comprensión en la cual ubica a los actores como partícipes de un drama cuyo libreto desconocen. El inconsciente, *regisseur* del papel que cada uno jugará, ni siquiera tiene el control general de la obra: sólo el de aquél cuyas acciones determina.

Así, simplificar hablando de amor y odio desde lo manifiesto sólo conduce a una normatividad más escolar que efectiva. El niño, si logra la existencia, siempre es deseado en algún lugar y no deseado en otro. La madre sólo conoce una parte de la realidad y ni siquiera sabe el por qué de este aspecto parcial que reconoce.

Freud comenzó a trabajar en la teoría de la realidad psíquica, del fantasma, a partir de la caída de la teoría de la seducción. Realidad psíquica: algo que tendría consistencia real sin que pudiera ser verificable en la existencia externa, algo que podría considerarse como la materialidad propia del psiquismo.

¿En qué había consistido la teoría de la seducción? Entre 1895 y 1897, trabajando con histéricas, Freud había llegado a la conclusión de que en la vida de los neuróticos había una escena, *real*, de seducción en la cual el sujeto (generalmente niño) había sufrido pasivamente por parte de otro (generalmente adulto) insinuaciones o maniobras sexuales. Este episodio de seducción que había desencadenado traumáticamente la constitución del síntoma era buscado como un recuerdo realmente vivido en el proceso de la cura, la cual intentaba la abreacción (descarga emocional por medio de la cual el sujeto se libera del efecto ligado al recuerdo del acon-

tecimiento traumático) o la integración del recuerdo en una serie asociativa que permitiera la corrección del acontecimiento, su reinstalación en el lugar correspondiente.

El 11 de septiembre de 1897, en una carta a Fliess que ahora es un clásico de la literatura psicoanalítica, Freud reconoce el fracaso en la búsqueda de ese episodio realmente vivido. “Ya no creo en mi *Neurótica* (es decir, en la teoría de la neurosis fundada en la seducción),... Empezaré por el principio señalándote de dónde surgieron los motivos de mi actual incredulidad. El primer grupo lo forman los continuos desengaños en mis intentos de llevar mis análisis a su verdadera conclusión; las deserciones, ...la falta de éxitos completos que tenía motivos para esperar... En segundo lugar, la sorpresa de comprobar que todos los casos obligaban a acusar al padre de perversión... En tercer término, la innegable comprobación de que en el inconsciente no existe un “indicio de realidad”, de modo que es imposible distinguir la verdad frente a una ficción afectivamente catectizada”.

Afortunada desilusión ésta, que lo lleva a tener que rastrear los constituyentes del psiquismo en una dirección nueva, a constituir la teoría del inconsciente y de la sexualidad infantil.

Y sin embargo, aunque la teoría de la seducción no se conserve como tal en el desarrollo posterior de la obra, encuentra un lugar a través de una vertiente nueva. No siendo el psiquismo un reflejo exacto de una realidad vivida, constituye una elaboración de este vivido que está presente universalmente en todo niño: el hecho de que por su prematuración, por la carencia de mecanismos innatos de sobrevivencia, el niño está expuesto a la ayuda del otro humano para conservar la existencia. Ayuda paradójica que, a la vez que brinda lo necesario para la conservación de la vida, genera otro producto, ya no de orden vital, sino de orden específicamente humano: del orden del odio y el amor, es decir, de la sexualidad.

Retorna así el carácter antinatural del vínculo materno. Si su función manifiesta es el cuidado del organismo, lo oculto, lo latente, se define en otro registro que aquél de la eficiencia mecánica. Se vive por el amor a mamá y también se muere por él. Un cuadro clínico descrito por Spitz (la depresión anaclítica) lo muestra: el niño separado del objeto materno, aislado y hospitalizado, pese a poseer todos los cuidados físicos necesarios para su supervivencia, muere si no se le proporciona esa calidad particular de contacto amoroso que implica algo más que el cuidado del cuerpo.

Subversión de la naturaleza este vínculo que puede proporcionar un producto altamente peculiar, capaz de poner al servicio del amor y el odio las funciones vitales, constituir y atacar la inteligencia, proporcionar y quitar el goce. En esta verdadera dialéctica, en la cual el amo y el esclavo son ambos prisioneros, las pasiones se desatan regidas por móviles que los mismos actores desconocen. En la adultez, cuando el amor en sentido clásico del término sea reconocido, escucharemos el diálogo: “¿Qué quieres, querida?” “Lo que tú quieras, querido”. (Es decir, sólo que me quieras. Más allá de mi propio deseo, te ofrezco todo a cambio de todo porque no tolero pedir nada a cambio de nada.) Luego vendrá el “yo que lo di todo y no pedí nada...” —podríamos agregar: porque en realidad esperaba *Todo*— desatándose en el odio que genera la no correspondencia absoluta.

Así, la mosca privada de sus alas vuelve una y otra vez a anular, en su movimiento desesperado, la incapacidad de la renuncia a ese amor totalizante que sólo como mito de los orígenes encuentra su lugar definitivo en el amor.

RESEÑAS

DE LIBROS

“ESE QUE CUENTA COMO SU FORTUNA VANOS RUIDOS DE SILABAS SIN PESO”

Dos títulos de Pavese pueden definir la “poética” de Tomás Segovia mejor que muchas líneas: el oficio de poeta es el oficio de vivir. Para Segovia, quien por fortuna para nosotros tiene la manía de caminar siempre a contracorriente, el poeta no es un mero constructor de simulacros. Hay en *Terceto* cuatro versos que señalan lo que indudablemente es el centro de su arte:

*Sabrás vivir hendido por un tajo
De ignorancia insalvable
Nunca buscaste el arte
Amor buscabas.*

Son los versos finales de un poema magnífico, “Aurora de mañana”, que recuerdo desde la primera vez que los leí, hace ocho años. Me parece que explican, contra lo que pudiera parecer para un lector ingenuo o desprevenido, por qué su autor ha llegado a ser uno de nuestros mejores poetas. Quizá sea mejor decirlo otra vez con una cita de Pavese (no por nada un autor cercano a Segovia): “Crearon un estilo de vida, de decir, de sentir, de hacer. Tú buscas un estilo de *ser*”. Digamos, para simplificar las cosas, voz en lugar de estilo. Porque en este caso hablar de “voz poética” es precisamente “voz personal”.

El poeta es, pues, una persona que ante todo *sabe* (sabio es *sapit*: el que saborea) vivir. No otra cosa sino sabiduría es un estilo, y el estilo es vida reconocible; el estilo es destino. Lo cual quiere decir al mismo tiempo que es inevitable y que es algo que se busca. Sólo encuentra el dibujo de su vida quien persigue su trazo. Y ese dibujo debe ser nítido: por eso el destino es el *oficio* de vivir. Oficio, además, en el sentido religioso del término. Sé que la

imagen del poeta como un sacerdote está desacreditada, pero me parece que en muchos sentidos sigue siendo necesaria. No, por supuesto, por lo que tiene de referencia a un “conductor de pueblos”, sino porque alude a la intimidad del oficiante.

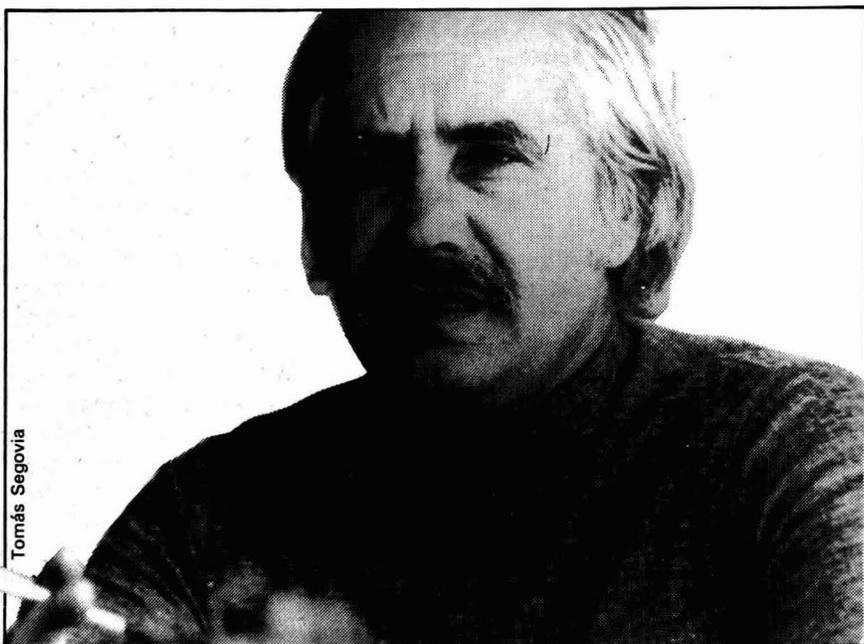
Bisutería, el último libro de Tomás Segovia, es escandalosamente íntimo. Escrito a lo largo de treinta años, recoge poemas que en su mayoría no fueron escritos para publicarse. Se trata de un libro juguetero, un libro desenfadado lleno de guiños al lector y, a ratos, desconcertante. Que alguien se desnude ante las cámaras está muy bien; pero ¿llegar a la oficina en camiseta? Seguramente habrá quien se escandalice.

Porque “intimidad” no sólo quiere decir recogimiento. Quiere decir también “vida privada”, y *Bisutería* es el libro de la vida privada del oficio, que no por privada carece de reglas. Su cruce con la literatura es del mismo tipo que el de la correspondencia y los diarios de escritores, y participa de ambos géneros: juego ambiguo entre lo cotidiano que sólo ilusoriamente puede ser rescatado y la vida de la literatura, que confía sobre todo en lo que *no dice*; reflejo de la obra que dice el lugar, en ella callado, de donde nace su trama: lugar que desde el lado de la literatura no es ubicable sin mentira, desde el lado de la biografía es inconfundible. Pero, por supuesto, esa zona intermedia no es de verdad una comunicación entre las dos, sino

un reflejo de una en la otra; y el reflejo ilumina, pero es sólo la obra sobre la que se extiende, y no la luz que lo origina, lo que importa.

Es decir, y con esto vuelvo a donde comenzaba, que luchar por el amor quiere decir luchar por sus encarnaciones o no quiere decir nada. Buscar el arte sin que ello signifique buscar el amor es olvidarse de la carne y tejer en el vacío. Por ello creo que todo verdadero arte pide que para de veras enfrentarlo le pongamos una carne debajo. Y este, como todos los de Segovia, es un libro que lo pide: es, como todos, un libro de amor.

Toda esta digresión, quizá demasiado larga, es para decir que *Bisutería* está al mismo tiempo en el centro de la obra de Segovia y en una tangente que la señala sin tocarla. La presupone y la alimenta, se alimenta de ella y es de algún modo su olvido. Un libro como este podría correr el riesgo de tomar todo su valor de una obra que la ilumina, cosa que ocurre con los libros de “rescate” (cuya intención es siempre la contraria: iluminar una obra de la que son el reflejo), pero me parece claro que su valor está en sí mismo y en su juego con otras literaturas; mejor dicho: con la literatura y las imágenes que la representan. Es, en la misma medida, una celebración y una crítica. Una lección, pero una lección al mismo tiempo maliciosa y fascinada con su objeto. Una lección, además, de un maestro que es



Tomás Segovia

▲ Tomás Segovia: *Bisutería*. Cuadernos de poesía, UNAM, 1981; 110 pp.

un eterno aprendiz, para el que la poesía es conquista de la rendición ante un ritmo, un pulso, un latido.

Si el destino sólo se da en los cruces con otros destinos, la voz sólo surge en el eco de otras voces, como en un incesante relevo de lo que dicho sólo puede perderse, alejarse. La voz del poeta es siempre otra, está siempre en otra parte. En el principio, esa voz otra es además de otros. *Bisutería* es también suma y homenaje de todos estos ecos, y en ese sentido las páginas de la primera parte ("Del cercado ajeno") resultan ejemplares y, a mi gusto, son las mejores del libro. Juego con distintas formas y adopción de voces ajenas, se trata de perfectas recreaciones de estilo: villancicos, glosas, letrillas renacentistas; sonetos barrocos, poemas de Villon, Góngora, López Velarde, Prados, Cernuda, Rimbaud, Bécquer. Hay unas páginas especialmente memorables: las dedicadas a "Clásicos Castellanos", prodigio de erudición borgiana. Pero sin duda no soy el único que extraña otras que sólo un descuido pudo dejar fuera: las que debieron estar ocupadas por el soneto (seguramente) muy hermoso de Quevedo que Valente Reyes rescató en las páginas de la Revista Mexicana de Literatura hace algunos años.

El resto del libro (tres secciones: "Felicitaciones, regalos, dedicatorias", "Correo ordinario" y "Etcétera") está dominado por la segunda persona y es también goce de la forma pero además, y sobre todo, juego de la espontaneidad. Poesía verdaderamente cotidiana, diario íntimo e intimidad con lo diario: intimidad y enfermedad de las palabras que es siempre enfermedad de amor, de ausencia casi siempre; memoria e ironía, pero también regodeo ("palabra obscena a pesar suyo" que decía Reyes) y goce del mundo que es exclusión. Si no maestría, se deja ver aquí, en efecto, "la buena mano del bisutero", que es familiaridad con el oficio y amor a sus minucias. Y algo interesante para los lectores de Segovia: hay, en la correspondencia, sobre todo, muchos gérmenes y muchos ecos de otros de sus poemas — la enfermedad de las palabras es enfermedad de los ojos y por ello del mundo. Lo que aquí gravita son esas sílabas sin peso de sus mejores momentos, y no me refiero sólo a su poesía: un hermoso ensayo de *Contra-corrientes*, "El fuego y la piedra", está dicho en la "Carta quasi un manifiesto"

de estas páginas.

Libro malicioso y maligno, *Bisutería* pide cómplices, enfermos de la misma salud incurable, pero también una crítica de la enfermedad. Sería, si tuviera los lectores que no tendrá, una lección peligrosa.

Aurelio Asiain

CRONICAS DEL SILENCIO

Fuerte es el silencio es el título que llevan las cinco crónicas que Elena Poniatowska ha publicado en la editorial Era. Siguiendo una tradición que viene del descubrimiento y la conquista de México, Poniatowska relata a través de la crónica diversos acontecimientos de la historia no oficial, de esa historia secreta, y cubierta de un silencio tan fuerte, del México contemporáneo. Poniatowska da voz a este silencio con una gran valentía y una insuperable calidad literaria. Y sólo me atrevo a escribir con "una insuperable calidad literaria" con mucha timidez, pues el valor del libro como testimonio histórico, político y humano rebasa infinitamente cualquier consideración de valor literario.

Las crónicas versan sobre temas tan diversos como la llegada de los campesinos a la ciudad, "los ángeles de la ciudad" que engrosan los cinturones de miseria; el movimiento estudiantil de 1968; la huelga de hambre de las madres de los desaparecidos políticos encabezada por Rosario Ibarra de Piedra que tuvo lugar en la catedral; los desaparecidos políticos, esta "nueva y refinadísima forma de represión política" que se da en Latinoamérica, y la creación de la colonia paracaidista "Rubén Jaramillo" en Morelos. Así como es variada la temática de las crónicas, lo es también el estilo de cada una. Poniatowska va del testimonio presencial, casi periodístico de la crónica de la huelga de hambre y de la de los desaparecidos políticos, hasta la recreación novelada e imaginativa de sucesos que pudieron ocurrir en la colonia "Rubén Jaramillo". Esta última crónica llega a ser casi un conato de novela con personajes inventados como el de Elena, la secretaria, o con características inven-

▲ Elena Poniatowska: *Fuerte es el silencio*. Editorial Era, México, 1980.



Elena Poniatowska

tadas como el del Güero Medrano. Me comentaba Elena Poniatowska un día por teléfono: "a los de la Jaramillo no les gusta mi Güero Medrano, dicen que el Güero no era así. Creo que prefieren recordarlo o imaginárselo como un hombre más macho". Sobre el personaje de Elena, Poniatowska me señala: "A la secretaria le puse de nombre Elena, porque quise ser yo ese personaje".

Al pensar en la sencillez y la devoción de Elena por el Güero Medrano, que se pone humilde, desapercibida y calladamente a escribir su vida en las noches, nos viene a la mente otro de los personajes femeninos de Poniatowska, la Quiela de *Querido Diego*, otra mujer tímida y delicada, asomada a la vida a través de la poderosa personalidad del hombre que ama. Sobre todo Elena, me parece un personaje emblemático — más que de la condición de la mujer — de la marginalidad del escritor como persona ante acontecimientos de la realidad de los cuales pretende ser sólo un portavoz. Y hasta para esto Poniatowska llega a ser de una honestidad que ralla en la confesión rousseauiana. No puede dejar de mencionar, por ejemplo, su visita a uno de los grandes almacenes de lujo después de su entrevista con Rosario Ibarra y las demás huelguistas, muchas de ellas mujeres que habían logrado pagar el boleto de camión para llegar a la capital sólo a costa de un gran sacrificio económico, mujeres para las que la huelga de

hambre no diferiría mucho seguramente de su paupérrima existencia cotidiana.

Entre los extremos del testimonio periodístico y el principio de novela, está la crónica meramente descriptiva de la vida de los campesinos llegados a la ciudad y la reconstrucción del contexto histórico y político en que se dio el movimiento estudiantil de 1968. En esta última crónica Poniatowska incursiona en el análisis histórico y político, y al rigor del ensayo agrega el brío y la vida de la crónica por medio de esos relámpagos de imágenes fragmentadas e instantáneas con los que Poniatowska, (no sé si decir) incrusta, ilustra o desarrolla sus argumentos. El hecho es que a través de estos relampagazos como de encabezados de periódico que van del aspecto físico de la ciudad, la canción de moda o el chisme, y en los que nunca falta un humor sutilísimo, Poniatowska logra recrear la totalidad de la imagen oficial del México de la época dada a través de los medios masivos de comunicación, y a la vez probar e ilustrar sus argumentos políticos. Usando la concepción filosófica de Karel Kosik, podríamos decir que Poniatowska logra a la vez reconstruir la imagen ideológica, mistificada de la realidad, y proyectar dentro de ella la profundidad de un análisis concreto, desmistificado y científico de la misma. Y esto es el logro de un historiador y un escritor juntos.

Lo que más nos asombra de Elena Poniatowska, aparte de su gran valentía, es la manera en que puede integrar el historiador y el escritor sin traicionar a ninguno. En la crónica de la huelga de hambre, escrita en forma de diario, Poniatowska se mantiene firme tras los límites de un punto de vista de mero testigo presencial: no refiere más de lo que ve o lo que escucha. Tras la limitación de este punto de vista, logra darnos un retrato realmente vivo de Rosario Ibarra en la que a la dimensión humana de la mujer no le falta la trascendencia histórica de la figura política. No sólo esto, sino que respetando el rigor de este punto de vista, llega a incursionar dentro de la vida personal y familiar de Rosario de Ibarra dándole una riqueza vivencial a su personaje. Esto lo logra a través de un álbum de fotos que Rosario Ibarra le muestra un día; la descripción de las fotos se va convirtiendo en la descripción de una vida.

Con todo esto *Fuerte es el silencio* es un libro que habla solo, y que no va a quedar únicamente para la historia, sino que empieza a ser ya la historia de ese México callado y reprimido, escandalosamente cubierto de silencio.

Verónica Volkow

CASI UN MANIFIESTO

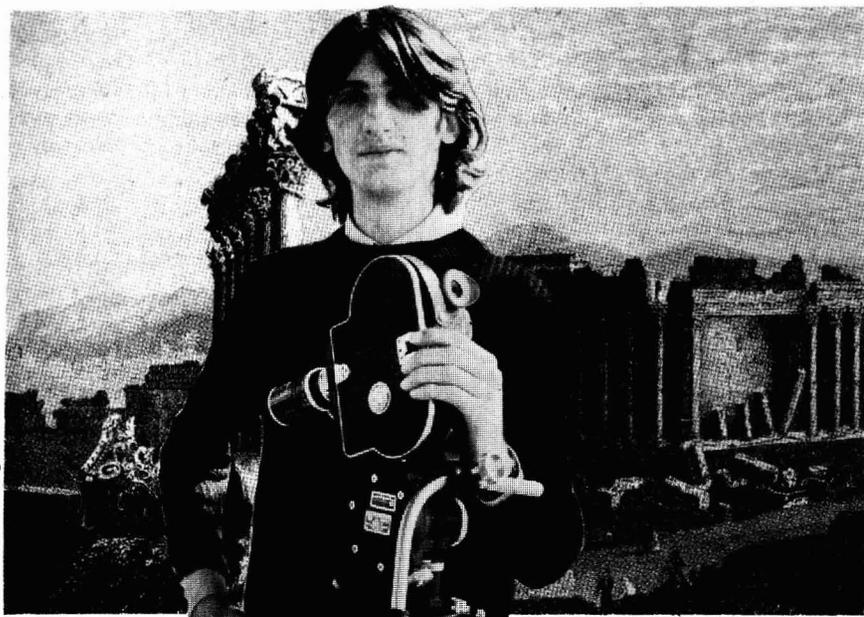
Se trata del único libro de un joven escritor que, hace algún tiempo, cayó presa de una violenta locura que lo llevó a quitarse la vida de manera no menos violenta, para dolorosa sorpresa de quienes fuimos sus amigos. Los únicos ejemplos de su creación que, aparte de esta novela, nos dejó, son un film policiaco basado —si no me equivoco— en una novela de Raymond Chandler, algunos versos publicados en revistas juveniles y algunos dibujos, muestras —afición por el cine, poemas y obra gráfica— del carácter preponderantemente *visual* de su concepción del mundo, que en esta novela alcanza todo su esplendor.

El libro se divide en dos partes y concluye con tres apéndices. La primera parte ocurre en Venecia y es la más decadente del libro. La segunda pertenece más bien al género aventuresco (es una historia de piratas) y concluye en una Grecia rarísima. Los apéndices aumentan el aura de misterio del personaje y el texto incluido en el último, "Sweet Charlotte", nos deja una sensación de náusea bastante desagradable, pues no se trata, ya, de literatura sino de delirio y horror *puros*: una descripción de su infierno personal que resulta difícil releer. En "Sweet Charlotte" se mezclan horriblemente la cirugía, el sexo, el manicomio, el campo de concentración y el *spleen* vomitivo.

La novela es una biografía espiritual de Karpus Minthej, un "hombre fatal" en la tradición gótico-byroniana inglesa, cuyo representante máximo es un curioso personaje inventado por el reverendo Charles Maturin, quien narró sus aventuras en la que, para muchos, es la mejor novela gótica de todos los tiempos: *Melmoth* (1820). Resulta una variación del mito del judío errante, per-

sonaje que tuvo para el Romanticismo inglés gran atractivo, desde Coleridge hasta Reynolds (autor de *Wagner, el hombre lobo*, folletín victoriano), pasando por el salvaje Matthew Gregory Lewis. En Melmoth, sin embargo, la figura del legendario judío se agiganta de sombras hasta alcanzar proporciones satánicas. La novela de Jordi es narrada nada menos que por un biznieto de Maturin: Joseph K. Maturin, en el cual el recuerdo de Kafka se suma al del reverendo. La novela pretende ser la prueba de la inocencia de un asesino. Vienen a la cabeza el "Informe para una Academia" y *El proceso*. Pero las reminiscencias kafkianas terminan ahí: nada más lejano del expresionismo que la narración gótico-decadentista que sigue.

Esta primera parte repite un poco la primera parte de *Los misterios de Udolpho*: enamorados que se separan para que uno de ellos (aquí, el hombre) vaya a Venecia... ¡Venecia!... El exótico Sur del romanticismo inglés, que luego fue, junto con Brujas, la Ciudad Muerta de los simbolistas. El artista siente la necesidad, a finales del siglo XVIII, a finales del XIX y ahora a finales del XX, de transportarse mentalmente a una ciudad emblemática, de maravillas y de escorias, y en las aguas verdosas de sus canales cree percibir *otro mundo*, lleno sin duda de secretos y de olvidos. Para Ann Radcliffe la ciudad es una invitación a soñar con reinos submarinos de cúpulas doradas y piedras preciosas. Para Jean Lorrain, por otro lado, es el sitio de recuperación de los neuróticos: "la calma de sus lagunas, el encanto de muerte y el pasado grandioso de sus palacios... la huída resbaladiza de las góndolas por el aceite plomizo de los canales" representan la posibilidad de curarse, de reanimar la pérdida inocencia: "de locura en locura", dice Lorrain por boca del inolvidable duque de Freneuse, "valdría más que me enamorase del San Jorge del Schiavoni, o de la Santa Ursula de la Academia, que soñar ante una de las mórbidas efigies de cera de ese horrible Ethal" (refiriéndose al enano sádico y elegante que fascina y atormenta al duque). La Venecia de Jordi oscila entre la maravilla romántica y el bálsamo decadente, compartiendo características de góticos y de simbolistas: el interés por la arquitectura, la interiorización del paisaje, la densidad del estilo, la creación de una



Jordi García Bergua

atmósfera, el dibujo de los personajes marcando bien los contornos.

La prosa, en la novela de Jordi, es elaborada artesanalmente, amorosamente, como quería el gran Gómez Carrillo, hasta lograr lo que se llamó, en tiempos del modernismo, *prosa artística*, olvidada por los perezosos (e incapaces) realistas y "comprometidos" de nuestra época. Los valores de esta prosa no son, pues, la fácil "espontaneidad" ni la cómoda "frescura" sino el rigor, la síntesis, el epíteto justo, que dan a la escritura un extraño resplandor de gema asiática, y no un opaco efecto de esos que logra el estilo coloquial, pues ya estamos hartos los hipersensibles de esta generación, los nuevos amantes de la belleza, de abrir un libro y encontrarnos con las mismas pequeñeces mezquinas, con las mismas limitaciones burdas de la realidad cotidiana. Como dijo Lezama Lima: "Sólo lo difícil es estimulante".

En la prosa artística no imperan las leyes del mundo de lo factible sino el delicioso, ilegal e ilimitado *gasto* barroco: se crea un universo de placer y derroche, no de economía ni de responsabilidad. O mejor: la única responsabilidad es el placer, el éxtasis espiritual: el único deber es colmar, a través de la escritura, los huecos impuestos por el mundo factible. La inteligencia es estimulada sensualmente; el conocimiento llega al espíritu *por el cuerpo*.

El acercamiento a la literatura gótico-decadente y a sus valores de in-

dividualismo, de subjetividad, de belleza, de originalidad, de *excepción*, se efectúa en este libro dulcemente, sin miedo, sin la muralla de prejuicios con que algunos críticos incapaces de nuestra época lo hacen (el prejuicio de que "el modernismo es cursi", por ejemplo, es un prejuicio académico injertado en nosotros desde el bachillerato y sólo la lectura iniciática de *Los raros* consigue disiparlo). Esa entrega a la fiesta de los sentidos y a las delicias del sueño dirigido es heroica en nuestros tiempos de cobardía "realista". Los escritores contemporáneos (con pocas excepciones) sólo pueden aproximarse al Palacio Interior con un escudo de ideas muy "racionales", con una barrera protectora edificada a base de justificaciones inútiles, que echan abajo todo el embrujo de la entrega pura, y cuando nos dan los que según ellos son los tesoros de ese Palacio, lo que recibimos es un producto falsificado, vulgarizado, deformado por los prejuicios oficiales y la inepta razón. Nada de eso hay aquí: todo lo apolíneo, en este libro, se sacrifica a lo dionisiaco. Se nos ofrecen verdaderas gemas, no cuentas de vidrio:

"Este salón, en su mayor parte vacío —pues era en él donde se llevaban a cabo los bailes y las fiestas—, era un lugar sumamente agradable y apacible, y sus paredes, forradas con tapices de color magenta, provocaban, en seguida que uno entraba, un cambio sensual y extravagante en el ánimo. En una de las esquinas, únicamente, había una gran

chimenea rodeada por una pequeña mesa rusa de juego y varios sillones franceses espléndidamente cubiertos por las telas más suaves y finas de la China. Un pequeño armario de mimbre turco laqueado remataba el conjunto. Coronado por grandes ramos de nenúfares, guardaba en su interior toda clase de piezas para el juego: tableros, figurillas, fichas, dados, cartas, y frazadas de los más increíbles colores abarrotaban sus delicados estantes; bolas de marfil y hermosos rompecabezas chinos de maderas exóticas ocupaban sus variados cajones de hueso tallado en Africa.

Dos imponentes aguafuertes de Moreau se desplegaban verticales a los lados de la chimenea, cubierta esta última por una deliciosa pantalla alargada —tejida a mano en seda nada menos que por Luis David— que ilustraba la muerte de Napoleón I en Santa Elena.

Un hermoso candil de plata con alas circulares, del que pendían infinidad de tubos de cristal color ámbar, colgaba suavemente del techo, cubierto por hermosos bajorrelieves blancos. Con la base recargada sobre el ángulo que formaba el rincón que quedaba al lado del armario, descansaba una esbelta estatua de Bourdelle esculpida en mármol negro..."

Desde los tiempos del marqués Antonio de Hoyos y Vinent no se nos situaba tan *racionalmente* en un espacio voluptuoso. Ni se leían estas acuarelas de carácter, en las que sabiamente campea la ironía particular de Jordi:

"...en el *vaporino*, mientras se dirigía al *palazzo Cavalli* —donde residía entonces la familia—, Karpus hizo su primera incursión en el idioma, tratando de despertar las articulaciones, duramente entumidas para entonces, de lo que había aprendido vagamente durante algunos años de su infancia. Producto del esfuerzo, sus labios emitieron unas observaciones rarísimas:

— *La maschera di Salvatore... noia ma sopportabile... Sorella dalle incubo...*

La tía Kursa se puso muy nerviosa. Los primos, en cambio, sonrieron ligeramente asombrados, dándose cuenta de que Karpus, sabiamente, trataba de provocar a su madre, tocando con sus extravagancias 'italianas' algunas de las cuerdas más sensibles de sus hábitos a las costumbres comunes y estúpidas de las relaciones entre los miem-



bros de las familias normales. En esa forma Karpus, además de notar por primera vez un destello de humor en su actitud, lograba hacer imposible una conversación con la tía que había visto venir desde el encuentro en el embarcadero. De no haber sido por esto, ella habría preguntado irremediamente: '¿Cómo te fue de viaje, Karpus?'; y el habría sido incapaz de contestar, pues a cambio de las respuestas com placientes que suelen darse en estos casos ('de maravilla', 'estupendo', etc.) hubiera debido confesar que su viaje, profundamente vacío y tormentoso, había sido el producto de una de las huídas más miserables y cobardes ante la perspectiva de ser feliz, y, al mismo tiempo, tener que arriesgarse a la muerte. Y eso la tía no lo habría entendido."

Al tono literario de la literatura "muy siglo XX" Jordi opone un tono personal, arcaico, excéntrico también, y nunca descende a ese aborrecido "estilo" muy práctico, muy profesional, muy oficial, cuya característica esencial es la falta de estilo y que permite a los lectores amantes de lo mediocre respirar con alivio al toparse con el texto de un joven escritor, diciendo para sus adentros:

"Este es de los nuestros. Escribe igual que todos. No pretende distinguirse. Hay sentido común, humildad, sentido práctico, objetividad. ¡Viva el estilo democrático!"

Pero a nosotros no nos interesan los lugares comunes de la mayoría. Preferimos lo ambicioso a lo humilde (factor depresivo) y nos interesa el pensamiento subjetivo, sentimos curiosidad por el espacio íntimo del escritor, apreciamos su *originalidad*. Y toda originalidad es un viaje hacia *los orígenes*, hacia el pasado remoto, hacia lo interior.

De ahí el estilo arcaico de algunos de nosotros. De ahí la "evasión" (que es en realidad un viaje hacia *adentro*). De ahí nuestro nuevo romanticismo y decadentismo.*

En la novela de Jordi hay tres movimientos de evasión: evasión de la realidad mexicana para acceder a una "cotidianidad" inglesa (que en el contexto mexicano es exótica pero que, a su vez,

* Esta corriente, que yo llamaría *Fin de siglo*, es apreciable en algunos libros mexicanos jóvenes, como *Viene la muerte* de Bernardo Ruiz, *Los magos* de López Chavira y *Los sueños de la bella durmiente* de quien esto escribe (manifiesto personal en forma de *imágenes*, más que ideas); también se vuelve patente —según la reseña de Vargas Llosa aparecida en un número de la revista *Escandalar*— en los poemas de Gonzalo Rose (peruano), que no he tenido oportunidad de leer; en los cuentos y ensayos del español Luis Antonio de Villena; en Francia, en los estudios de Philippe Julian; en Alemania en los de Hinterhäuser —de cuyo libro *Fin de siècle* ha publicado Taurus una traducción—; en Canadá Michel Lemaire ha publicado un libro que es una verdadera enciclopedia del Fin de Siglo: *Le dandysme de Baudelaire a Mallarmé*.

resulta un símbolo del mundo: Inglaterra=En-la-Tierra): evasión de esa cotidianeidad para acceder al exótico (para un inglés) universo veneciano; vuelta a Inglaterra y nuevamente evasión al (aun más exótico) universo griego.

Durante toda esta trayectoria Karpus Minthej se porta irreprochablemente "fatal" según el modelo byroniano: es un hombre que causa la muerte de quienes lo rodean, ya sea directa o indirectamente. Es la llama que fascina y consume a las falenas. Por otro lado, Karpus Minthej es un *dandy* excéntrico en su ironía, en su humor cadavérico, en su aspiración a una suprahumanidad y hasta en sus atavíos de loco apasionado.

Quiero advertir que no suscribo la ideología, más que pesimista, de las meditaciones sepulcrales que hacen de 'intermedios' entre cada episodio. Jordi parece haber tomado al pie de la letra la filosofía expuesta por Villiers en *Axel*, que debe ser entendida en un plano puramente simbólico: en la irrerepresentable obra dramática del wagneriano conde, Axel es un emblema —y sólo eso— del rebelde absoluto, del hombre que exige ser ángel en un mundo de hombres-mono.

Lo que más me gustó de la novela de Jordi es la primera parte, donde podemos ver el ideal de felicidad de su autor: una vida en que no existen hipocresías, en que las charlas son siempre ingeniosas y embriagadoras, en que asistimos a conciertos de música de cámara en un ambiente fastuoso y extraño, acompañados por la persona amada, con quien se comparten las delicias de la naturaleza y del arte en un tiempo infinito, de cuyo paso no tenemos la conciencia dolorosa característica de nuestra vida americanizada y febril. En esta aspiración a una vida de ocio hedonista, a una vida pagana cuyos instantes se beben con deleite magnífico, sin el sacrificio para merecerlos que nuestra sociedad utilitaria exige, robándonos momentos preciosos, hallo la virtud primordial de este libro valiente que, al dar la espalda al mundo tal y como es, accede al mundo tal y como debería ser: el universo sagrado de la imaginación, que logra corregir el universo profano, arbitrario e imperfecto que todos compartimos.

Emiliano González

MEJORES RELATOS HARAN DE NUESTROS HIJOS MEJORES MEXICANOS

Accidentes, tercer libro de María Luisa Puga, se desgrana en siete movimientos. Narra que narra cuatro de los textos ("El viaje", "Por teléfono", "Joven Madre", "Helmut y Florián") exprimen el zumo del *fait divers* observando, juzgando acontecimientos de hecho o derecho inscritos en la irrealidad del desenlace accidental. Escrituras que intentan captar, además de personajes o atmósferas, aquéllos momentos en que la hoja de lo irreversible saja lo insondable de los cuerpos ("Nada más profundo que la piel", decía Valéry), textos-sajaduras que parecen condensar la eternidad del accidente o, mejor, del acontecimiento refractario a la procesión de causas y efectos. *Parecen* porque en realidad los *Accidentes* se disuelven en causas y efectos, y el lector estoico no puede menos que reconocer que los cuatro textos en cuestión mediatizan su contundencia estética quizá porque la autora ha confundido las velocidades siempre variables del acontecimiento con los formatos de corto aliento, como si evitara abismarse, como si no le interesase plenamente la caída libre de lo accidental que ella misma convoca.

Accidentes cuenta por lo menos un incidente, esa "Difícil situación" que abre el libro: polvo preciosista de otros lodos cronopios, fracción exasperante de una guerrilla florida que es jactanciosa patada al pequebú. Ciertamente textos de este orden han sido escritos en otras ocasiones y con pareja si no con mejor fortuna; con todo, "Difícil situación" se antoja una ficción reveladora y que permite fisgar entretelas.

En *Las posibilidades del odio* experiencias y conductas coloniales eran amorosamente descompuestas; las razones de la autora resultaban allí convincentes en la medida en que se respetaban las razones contrarias de algunos personajes: el título —una aparente contradicción en los términos— anunciaba ya el sesgo equitativo de la obra. A diferencia de *Las posibilidades del odio* y de sus *N* observaciones por mi-

nuto. Cuando el aire es azul esbozaba una suerte de utopía con las endebles tintas de la indulgencia y de las buenas intenciones: una libre práctica de vuelo resuelta en cautiverio, un rígido mañana de proles luteranas chupándose el dedo al unísono hacían pensar que María Luisa Puga no había sido capaz de nadar en las aguas estigias de la utopía y guardar la ropa de la consistencia literaria.

Con *Accidentes* ya se tiene una pieza más del rompecabezas que es el proyecto literario de la autora. Aunque ciertamente se advierten aquí y allá algunas recaídas en el salvacionismo, los textos no son "malos" ni están descuidados; María Luisa Puga es en ese sentido una autora irreprochable, modosa y no suele incurrir en los pecados veniales de la malhechura. *Accidentes*, y en particular "Las mariposas", por no decir "Ramiro", revelan entre otras cosas que Puga se ocupa mucho más de quie-

sión en gas hilarante, deja ver la imagen que tiene la autora del Otro Mundo. Como ha sido siempre y debe ser, éste constituye la extensión óptima del nuestro: en el caso, seudópodo eminentemente zoocial, imagen dicharachera y civil del trasmundo.

La consistencia, la calidad de "Las mariposas" va en la fidelidad con que se registran las heridas que dejan en el corazón los castos arneses de la legalidad —así la habitual que nos viste como aquella todavía escrita que quisiéramos vivir. El lado oscuro del texto se juega en el empecinamiento sufridor (¿por qué no decir la abnegación?) que impide a Puga saltar el callejón de la partida militancia. Cada quien se inventa su "muro de la historia" y, como van los cuentos, a Puga parece importarle mucho el ademán contestatario y aun magnilocuente y no tanto las disidencias vividas al pormenor. No es ésta una petición de principio. Que María Luisa Puga es dueña de una criba por demás fina y que con ella capea airoosamente buenas intenciones y malos momentos, lo muestra "Ramiro", estudio molecular de la vida en familia y pieza la más extensa de *Accidentes*. Podría decirse que la *nouvelle* en cuestión apenas si representa un ejercicio preparatorio de su literaria revolución permanente en la medida en que cierne una harina conformista a más no poder. Aunque el cedazo es estricto, el resultado no pasa de ser un ejercicio decoroso de realismo donde la belleza va en proporción directa con la simpatía que permite individuarse a los personajes.

Alienta en las letras de María Luisa Puga la tentación de la representatividad y su universo narrativo padece en ocasiones el imperio de los estados generales. Su proyecto literario se reciente de esa enfermedad que es para el autor sentirse salvador y prócer: "Escribo porque quiero que la vida de mi país cambie, que haya más dignidad, más profundidad en la vida de cada individuo" (María Luisa Puga a L. G. en *Vogue*. No. 7. Diciembre, 1980). ¿No se corre así el peligro de que la escritura sea menos lo que uno quiere llegar a ser que lo que uno quiere que lleguen a ser los otros?

En Puga pugna de un lado el deseo de disolver la costra normópata; del otro, late el temor a los pensamientos sectarios, a lo coágulos microsociales que no circulan al por mayor. Sin em-



María Luisa Puga

nes han sido, o se sienten, expulsados de la sociedad que de aquellos otros anónimos que han sabido expulsar a la sociedad de sí mismos. Sus personajes antagonistas merodean la Plaza de lo público donde hasta la clandestinidad resulta expuesta y luminosa —personajes irremediablemente apercollados por el nexo del compromiso y la interiorización desenfundada del pacto social que confunde acto y activismo. "El viaje", donde se identifica la muerte en accidente automovilístico con una inner-

bargo entre las mentiras a medias del prócer y de sus generalizaciones públicas siempre intercambiables y el absoluto intransferible de las experiencias privadas, pululan ordas, senderos minoritarios. No deja de ser paradójico que quien sabe desmenuzar tan bien los bloques compactos de la experiencia prejuzgada no haya expresado hasta hoy las experiencias de las minorías que son fracciones exclusivamente desde el punto de vista del Estado-Nación. Ojalá y la eficacia narradora de María Luisa Puga no se deba, así sea en mínima parte, a la coincidencia accidental, capitalista, de la retórica y la realidad.

Adolfo Castañón

PRETEXTO DEL TEXTO

Alguna vez Flaubert escribió —en una carta dirigida a Ernest Chevalier, amigo de juventud— que “el lugar común es una de las partes medulares de la literatura”. Esta aseveración que en apariencia no tiene nada de extraña, es quizá la consigna unívoca para todo estilista. “No debemos rechazar el lugar común —dice Flaubert—, sino tratarlo”. Un itinerario que va de lo obvio a la profundidad de lo obvio parecería una empresa trivial y desgastante a no ser por el interés que pudieran suscitar ciertos colapsos inverosímiles en la descripción de un paisaje o de alguna situación dentro de un relato ágil y sobrecargado de acción; es entonces cuando “el lugar común” se aprecia como un remanso insospechado que reivindicaría los hechos, a la vez que funciona como intersticio para cerrar un ciclo y dar paso a otro. Pero el solo hecho de caer irremediablemente en el lugar común se tiene por lo general como una debilidad de estilo y no como una tentativa formal, lo suficientemente compleja, como para establecer intermitencias entre lo coloquial y lo metafórico sin que por ello se generen situaciones ambigüas. Empero, no se trata aquí de una exhortación tácita: la referencia flaubertiana implica un estado de análisis cuyos resultados varían de acuerdo a los propósitos del autor, y ese encuentro transi-

torio con el lugar común en el momento de la creación, al ser aprovechado, cede a una tentación fascinante y desmesurada que complementa al motivo central de la trama y delimita las secuencias.

Tal premisa podría servir como referencia para hablar de un libro singular dentro de la joven literatura mexicana: *La otra orilla*, de Bernardo Ruiz, libro en donde precisamente abundan los lugares comunes y donde aparecen ciertos rasgos tragicómicos que, domeñados por un aliento melancólico y una prudencia evocativa, dan a los relatos la intensidad necesaria para crear un mundo narrativo desencantado, pero a la vez amable. Bernardo Ruiz, tanto en su primer libro de cuentos *Viene la muerte*, como en el que ahora reseñamos, conserva esa medida climática en la que todos los hechos parecen remitirse a una instancia emotiva. Los nueve cuentos que integran *La otra orilla* —con excepción de “Oración” y “Final de Cuento”— son una paráfrasis de la rutina: un juego irónico en donde los personajes se mueven a sabiendas de que todos participan de una mentira aceptada, de antemano, como necesaria, o bien, un regodeo ilusorio, a veces excesivo, donde el autor recrea ciertas experiencias vívidas como si todas ellas fuesen parte de un simulacro humorístico y a la vez nostálgico. Ruiz intenta en todo momento acercarse a una declaración de principios: se vale de ciertas referencias para manifestarse sincero en lo que narra y es ahí donde el lugar común se impone pero como pretexto axiomático, para pasar, de inmediato, al asunto principal de la historia, como si provocara continuos contratiempos para lanzar una evocación, o bien, para juzgar o describir irónicamente, con lo que consigue establecer un tono cálido a lo largo de la trama sin caer jamás en la queja, ni procurar, a cambio, ser edificante. Los hechos se dispersan y reordenan de acuerdo a las necesidades del argumento y, por momentos, parece que los acontecimientos sólo funcionarían como reservas anecdóticas, que aludieran de manera indirecta al propósito central, las cuales, finalmente, pudieran desarrollarse o no.

“Behemut”: el cuento que inicia el libro, narra las disquisiciones de un desocupado que ante la imposibilidad de conseguir empleo encuentra en la pa-

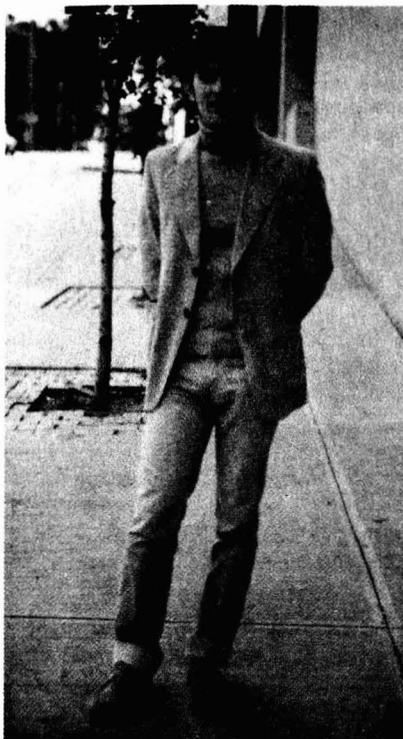
sión amorosa el asidero a su desesperación. Conforme avanza la historia el personaje se da cuenta de que tanto el trabajo como el amor, serán el tema delirante y desesperanzado que le permitirá escribir, aunque él mismo no sepa cabalmente si su arte será apreciado o no. Encuentra en la convivencia con su mujer los instrumentos para su escritura, pero también le es necesaria la evocación de tiempos lejanos, cuando todo podía recrearse en aras de un entusiasmo frenético e inocente. Sabe que de nada sirve insistir en los propósitos trascendentes, ya que la candidez de su mujer y la credibilidad de ella hacia él, son motivos suficientes para sentirse feliz. Se trata de una historia en donde los nexos con el mundo paulatinamente se van rompiendo hasta conseguir con el amor, pese a todos los avatares trágicos que éste pueda tener, su verdadero sitio en el mundo. El personaje está desposeído, pero al menos queda el vínculo conyugal que lo reconforta y anima. Su pasión por escribir estará siempre supeditada a su honradez afectiva, la cual, tarde o temprano, logrará sus frutos; es ahí donde queda abierta la única prerrogativa posible, el sustento o la impostura de sus fuerzas, y ese recorrido emotivo que va de lo temporal a lo intemporal escamotea incesantemente la necesidad intrínseca de amar, pero al mismo tiempo perder, a costa de su resignación, los escasos lazos que lo atan al ser amado. Sin embargo su ánimo no decrecen nunca, porque sabe de antemano que el amor, tanto por su mujer como por la literatura, alimentará su espíritu y será el pretexto más contundente para seguir creyendo, sin contingencias, en su esencia vital, en un misterio que por insoluble obliga a un intenso aprendizaje moral y accidentado en donde las circunstancias diarias dominarán los imperativos futuros. Lo que destaca en “Behemut” es un humor enfermo y huidizo que no degenera jamás en fatalismo porque esencialmente será la reserva sentimental que relaje esa cauda de incertidumbre y depredación. “Behemut”, a mi juicio, es el mejor cuento del libro; la combinación exhaustiva entre lo caústico y lo irónico crea un tono referencial lo suficientemente reposado para identificar un ámbito donde los hechos paulatinamente van construyendo un clima amoroso. El lugar común es aprovechado acaso como una aproximación a las

▲ Bernardo Ruiz: *La otra orilla*. Premiá, México, 1980. 84 pp.

circunstancias logrando ser así un vehículo que unirá la evocación con el humor.

En los cuentos "Oración" y "Final de Cuento", las anécdotas quedan reducidas a un sustrato reflexivo; se exhiben, en primera instancia, los atributos de los personajes definiendo sus características. En "Oración", el primer párrafo lo dice todo: "Como todos los hombres, soy un peregrino; quizás el más evidente." De ahí el autor— que habla en nombre del personaje— describe sus pasiones para vindicar el motivo de su errancia, pero en cada una de ellas establece un dilema en el que las intenciones se diluyen en una insatisfacción emotiva, el andamiaje está apoyado por un onirismo solitario a expensas del amor: causa y efecto de todas las empresas. Una línea casi al final del cuento define categóricamente la esencia del personaje: "Cuando el final se acerca, cada nueva voz es el eco de otra, tiempo atrás olvidada (el olor a sal del mar nos remueve en la memoria la caricia de una mujer, segundos después del nacimiento, o años)." Lo exaltante es esa mitología peculiar del escritor que identifica mensurablemente lo imprevisible de algún sueño oscuro, la aventura reflexiva concluye en una metáfora que bien pudiera consumir una efusión mística hacia el amor, o quizá desistir de él, pero las alternancias entre pasión y acción quedan sopesadas por un duda recóndita e indescifrable. En "Final de Cuento" se manifiesta esa misma ambivalencia: el héroe que abandona a su mujer llevando consigo a su hijo. Esta vez la mujer es la que añora y presente, el héroe triunfa porque experimenta la indiferencia. De nuevo la conclusión es deliberadamente nostálgica, pero, al menos, queda el atisbo dramático de una esperanza, la irremisible consigna de un hallazgo futuro.

Esa misma sensación de abandono acontece en "El Club de la Lechuza", que cierra el libro. El personaje huye a un bar y allí reconstruye al calor de las copas y la música la historia de sus amores. La trama es arbitraria, se interponen continuos desvaríos en los que el autor, a falta de recursos melodramáticos, antepone un concepto devastador y congruente, de tal modo que las secuencias narrativas aparecen como enunciaciones simbólicas donde la memoria actúa desglosando los hechos; por momentos da la impresión de que



Bernardo Ruiz

los personajes deambularan dentro de un escenario mágico donde aparece la novia de provincia resignada a esperar el tiempo que sea posible a su amado que partió a la Capital, o Marcia con quien el personaje realiza programas de televisión. No es el desenlace de la historia lo que sostiene la narración, sino los colapsos sentimentales y mordaces que incansablemente se interponen en el discurso, el ensueño alegórico dosificado por una inmediatez satírica y la fascinación relevante por ciertas escenas absurdas en las que, suscintamente, el autor especula con la melancolía y aventura opiniones acerca de alguna circunstancia identificable con ese estado delirante. Tal vez por esta razón no se le pueda reprochar a Bernardo Ruiz que sea sensible hasta la superficie, si ahonda en el lugar común es porque de él extrae su material discursivo, en él afianza su rigor metafórico, y mediante él puede conducirnos a una atmósfera desdibujada por las apariencias. Tal vez allí estriben las posibilidades de su arte, las tentativas desinhibidas de su expresión que desembocan siempre en el sortilegio amoroso.

Me he referido a los cuentos que a mi juicio son los más interesantes. Los otros restantes que complementan el libro están supeditados a ese mismo esquema tragicómico; pero quizá les falte

contundencia. No obstante, conservan la misma intensidad que los ya citados. Posiblemente *La otra orilla*, a diferencia de *Viene la muerte*, sea un intento de escapar de la influencia borgiana. No me atrevería a juzgarlo así, ya que Bernardo Ruiz, a partir de Borges, ha encontrado su propio lenguaje y, aún cuando existen tales coyunturas, sus mecanismos obedecen a estados nostálgicos donde la ficción y la realidad están custodiadas siempre por el absurdo y el humor. Tanto lo subjetivo como lo objetivo dejan de ser obstáculo o atributo para la creación, ya que estas narraciones son el diseño trágico de una prerrogativa afectiva, el resarcimiento excepcional de quien ha tocado un límite, para después desplazarse y asentarlos más lejos, la afirmación exclusiva de un sentido único, avasallante e intenso que posiblemente encuentre en el lugar común el sinsentido de los acontecimientos y en él se ampare una fuerza frenética que quizás alcance con el tiempo sus mayores logros.

Daniel Sada

VIDA DE MUERTOS

La crítica de una tradición literaria, que puede ser el principal impulso de una nueva escritura; esas referencias subterráneas en las obras que importan (el *paragramatismo* de la semiótica), la lectura que está presente en toda escritura, salió a la superficie con fuerza sorprendente en la espléndida novela de Guillermo Cabrera Infante, *Tres tristes tigres*. Ya no fue, esa crítica, parte de los papeles secretos del escritor, sino forma visible del viejo género literario que ahora se enfrentaba a una lúcida subversión; dejó de ser acta para evidenciarse como acto. Pues hay en esta obra una sección titulada "La muerte de Trotsky referida por varios escritores cubanos, años después— o antes", en la que Cabrera Infante libera los fantasmas que lo acosaban en el tiempo anterior a su novela y, alejándose de ellos, funda su propio gran *désir*. Crítica y pa-

▲ Reinaldo Arenas: *El palacio de las blanquísimas moñetas*. Monte Avila Editores, Venezuela, 1980.

rodia de José Martí, José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Lydia Cabrera, Lino Novás, Alejo Carpentier y Nicolás Guillén, o conocimiento e imitación que precipita la historia de los estilos. Un acto que aclara los límites de las diferentes escrituras y que restituye su sentido y pureza al término creación.

El palacio de las blanquísimas mofetas, la más reciente novela de Reinaldo Arenas, deja la superficie antes descrita y se sumerge en la práctica común de la contestación. Abarca así otras instancias más ampliamente americanas. A diferencia de lo practicado por Cabrera Infante, Arenas mantiene en su pieza una parte codificada por las voces mezcladas de fantasmas de la tradición y los personajes del escritor. Aunque el hombre es para Arenas la repetición de un gesto, la incertidumbre del futuro, el fracaso y la dolorosa redención, sus personajes cumplen la vida sin pensarse como mitos de un lugar predestinado: su única función es la de enfrentarse con una feroz tormenta (un estribillo que recorre el libro: *quirindán, quirindán*, me recordó el sonido de la campana que acompaña a la muerte en el *Ulyses* de Joyce y el de la travesía de Lowry por el canal de Panamá: *dormez-vous, dormez-vous, sonnez lamentina...*) con desesperada e inevitable debilidad.

Arenas imagina un viaje por mar, semejante al que emprendieron los conquistadores españoles. Como quien lee viejos recortes de periódicos, en el recuerdo, su personaje llega así a Cuba marcado por un inminente olvido. El mar borra las genealogías, es el muro de la cárcel (en un tiempo, el mar fue el fin del mundo). El mar le revela, por breves momentos, en las primeras páginas de la obra, una primera verdad: lo maravilloso no existe. La verdad es la tierra que se pisa: "Una casa, alguien que se muere, y la tierra reseca, árida, intransigente con los sueños. La tierra sucia y reseca, salobre y reseca, obligando a inclinarse, llamando para humillar, cargando con todo. La tierra..." Es el infierno, el polvo eterno. De ahí que el novelista se dedique a dislocar algunas imágenes muy divulgadas, que son lugares comunes. Ante los asombrados ojos de quienes ven a la isla de Cuba como un paraíso verde, "donde se tira una semilla y brota un árbol", el mar es "la única alternativa para quien padece la fatalidad de las islas". De Canarias se

sale y se llega a otra isla, pero el regreso se vuelve imposible. El mar es la tentación del viajero y su fin; el mar detiene. Esta metáfora, que podría ser interpretada políticamente, es en realidad una expresión del hombre. De repente, el simple trabajo no basta para conseguir un pasaje de regreso; las Canarias se vuelven el lugar de la utopía, de la esperanza también. ¿Dónde se puede vivir? En todo sitio aparece la nostalgia por otro sitio. "Qué sabes tú hacer para poder vivir en un pueblo, le decía." Y a veces el sitio no es el elegido, sino otro —aquel donde nacieron los ancestros y donde están enterrados. El que viaja por mar prueba su suerte y se arriesga a encallar. Y en esta novela los personajes son naufragos a los que todo les pasa: se quedan detenidos, sin posibilidad de hacer algo, ya que la vida les sucede, los asalta y aniquila, como el tiempo y el mar, ineluctablemente, cubriéndolos e inmovilizándolos.

"No hay grandes árboles en Perro-nales, aun cuando sus habitantes digan que sí; los hubo quizá en un tiempo, en la época en que toda la isla era un mito y cualquier cosa podía suceder, y todo resultaba *maravilloso*."

El paraíso verde, el lugar donde dicen "que no es necesario cargar agua para regar las cosechas", como otras regiones de América, engendra un personaje cuyo nombre es una anagrama: Onérica, la mujer-madre ausente, que escribe cartas a su hijo que son como sueños. La mujer-espejismo que escapó porque irse es sinónimo de perderse: todo lo que queda afuera es agresivo y no es posible Odiseo. En la inmovilidad se da la repetición: *quirindán, quirindán*. Onérica escapó de la mudez de su padre, de los gritos y rezos de su madre, de la locura de sus hermanas, de la muerte de su hijo Fortunato. Quizás esta situación extrema ocasionó que un crítico de Arenas estableciera una cercana relación de éste con Juan Rulfo. Creo, sin embargo, que hay una diferencia. En la novela de Arenas el miedo provoca la muerte del deseo, hay una especie de no vida. En *Pedro Páramo* hay, al contrario, una "verdadera" muerte. Para Reinaldo Arenas, el sentido de la novela está basado en la agresividad del sitio, perpetuado por una memoria tenaz:

"Ahora hasta los lugares aborrecibles, al saberse ya perdidos, se con-

vertían en sitios venerables. (...) cualquier sitio es preferible al no tener sitio, al estar siempre en poder de los otros, al no contar siquiera con un espacio, mínimo y ardiente, donde al menos extender su desgracia (...) todo se encargaba de evidenciarle hasta qué punto puede ser mezquino e inútil un presente para que nos sostengamos tan sólo de evocar un pasado también aborrecible" (p. 198).

La crítica de lo maravilloso al estilo de Carpentier, de lo mítico, del lenguaje, es en Arenas un rechazo de las idealizaciones ("sus grandes ojos que quizá no sean tristes sino, sencillamente, grandes"), es evidencia de lo sórdido y de la aridez, como lo ilustra un pasaje de la novela en el que la vieja Jacinta, después de orinar de pie en el monte, se arrodilla y mezcla en sus rezos las blasfemias, pues mientras ella veía el cielo divino unas hormigas le suben por los muslos. O, también, como lo muestra el regreso de Fortunato a su casa: "Estás condenado porque eres el hijo de Onérica y Onérica y por lo tanto tienes que vivir para Onérica. Porque la vida no es para lo que tú sueñas ser sino para lo que las necesidades te obligan a ser".

No hay, entonces, parodias en esta novela, sino desencanto. Un inapreciable estar aislado, en ruinas. Hay una crítica del acto y del acto al mismo tiempo. La obra gira y se repite como el estribillo, y más que avanzar completa su intento de regresar al mar y más allá, quién sabe dónde. Quizás ahí donde la muerte juega con el aro de una bicicleta y donde zumban las moscas interminablemente.

Jaime G. Velázquez

LA POESIA SE ESCRIBE CONTRA LA CORRIENTE

El tiempo es olvido, angustia por la vida que es esplendor y luego huye.

Miguel Angel Flores

La poesía de Miguel Angel Flores es el recatado intento de recuperar para sí

▲ Miguel Angel Flores: *Contrasuberna*, Ed. Joaquín Mortiz, México, 1981, 104 pp.

RESEÑAS

mismo —bajo la marca del “amor entre ruinas”— el mundo que se ha vivido; esos son los “pases que los versos perpetúan” y que le han valido el Premio Nacional de Poesía 1980 (jurado: Huberto Batis, Alvaro Mutis y Ramón Xirau). *Contrasuberna* —“contra la marea”— es el título del libro premiado y dos son las corrientes enemigas a que se enfrenta: la podre del tiempo y la experiencia personal intransferible.

La primera sección del libro se forma por una serie de vistas escénicas en que Flores busca salir adelante de sus dos contrarios. Al pasearse por sitios de Europa y Estados Unidos (no se interesó por el color local maya o teotihuacano) se esmera en recuperar, o al menos *presentir*, la vida que ahí sostuvieron los esforzados varones de otro tiempo. De este modo rompe los límites del yo errante del poeta y perpetúa, en lo que puede, el tiempo enemigo. Aunque la intención de sus viñetas poéticas es constante, el resultado se define por la irregularidad. Hay partes demasiado apresuradas que no han dejado que la alquimia o ciencia verbal cumpla su cometido:

Algo desfallece

Me aturde la vida de estas calles
¿Soy acaso testigo de la historia?
signos y señales me rodean
(p. 12)

Junto a esas caídas, se leen, por fortuna,
pasajes espléndidos: lecciones de lo
que es ver el mundo:

Paseas, Venecia, la gloria de tu belleza
sobre las aguas,
pero el mar anuncia malos presagios.
(p. 14)

En este sentido, son culminantes los poemas “Pasan de noche” y “Relación”. Se yerguen valerosos en su lucha contracorriente y (ya que nunca se asciende hasta el otro lado del río) hacen la crónica de la batalla:

No escribiré la relación de hospitales:
sobre sábanas sucias
se pudren la sangre y los sueños;
la fiebre clava sus dardos
y la enfermedad como tenaz bestia
picotea los despojos.
(p. 52)



Miguel Ángel Flores

Es natural que en este poeta casi siempre sea el crepúsculo o la noche y que domine el invierno. Es un mundo “donde celebra sus ritos el invierno”; merced a ese imperio dejan de tener fuerza las otras posibilidades de la naturaleza y “Las cuatro estaciones carcomen el mármol: / recintos habitados por el olvido”. Nunca es de día ni hay primavera; cuando así sucede es que todo se está acercando, nuevamente, a su ruina. “Aire y viento emponzoñado alimentan al hombre”. No hay otro sustento para el mortal.

Por esta vía radical de *memento moris* que padece la poesía de Flores, hasta la misma intención “contracorriente” lleva la marca del lento desgaste inevitable. En efecto, incluso el poeta vive dentro del tiempo y su propia mirada, que se quiere reivindicadora de olvidos, produce fatalmente su pequeña muerte:

A fuerza de mirarlo
se ha desgastado ese espectáculo
de piedra, muelles y barcos.
(p. 48)

En su mejor momento, las postales de Flores son, quevedianamente (“y no hallé cosa en que poner los ojos / que no fuese recuerdo de la muerte”), memoria de la corriente que nos subyuga:

El espejo no miente
y refleja

nuestra inexorable procesión
hacia la muerte.
(p. 50)

II

En este jardín, más páramo que mundo y siempre a punto de desbaratarse en polvo y pasado ilusorio, se obstina el poeta en que el viejo perro del amor tenga su día. “Mientras una pareja se ama / detrás de las ruinas.” (p. 41)

“Donde se habla de amor” es la sección en la que resalta la otra cara de la lucha, con su posible salvación: vencer la insignificancia de una vida personal mediante el amor que todo lo redime y preserva del tiempo contrario:

El sol se yergue sobre el firmamento.
Y a nuestra orilla pasa como el agua
la corriente de las horas,
mas tú quedas anclada entre mis
brazos.
(p. 74)

El poeta reúne fuerzas y se empeña en una batalla que no elige y no puede acomodar a su conveniencia. (“Dulce doncella, / amo tus ruinas y me resisto / a la salvaje certidumbre de tu ausencia.”) En ocasiones el poeta confía excesivamente en su aliento vital y en su capacidad literaria; entonces produce, por desgracia, un verdadero “Desvarío de la vanidad”: “Amame, muchacha, / y serás inmortal / por mis versos.” (p. 77).

No obstante, es en el terreno erótico donde mejor se dejan leer los afanes del poeta. Ahí son más auténticos, por íntimos y a la vez comunicables, los “fervores palpitantes”; ahí obtienen su mejor concisión y fraseo sentencioso los versos, y éstas son dos cualidades

notables de *Contrasuberna*. En general, Miguel Ángel Flores sabe que el enemigo es demasiado poderoso para remontarlo en marea contraria y que el poema se teje con fracaso, nostalgia y, por supuesto, vida arrancada a Cronos:

Vivirán por ti
en versos escritos
con helada tinta
aquellas que fueron tempestad
y son ahora mar en retirada.
(p. 91)

Alberto Paredes

DE MÚSICA

DIRECTORES, INSTRUMENTOS, JAZZ

Definitivamente la directiva de la Orquesta Filarmónica de la UNAM tuvo un acierto al invitar a Eduardo Diazmuñoz a dirigir dos pares de conciertos con el conjunto universitario. En la segunda serie de dichos conciertos, Diazmuñoz reafirmó lo que había demostrado en la primera, y sacó algunos otros aciertos en su técnica de dirección. Su batuta tuvo la necesaria y suficiente angulosidad para extraer de la orquesta los pulsos que subyacen la partitura de *Redes*, de Revueltas, y la suficiente medida para conceder al Zvi Zeitlin el espacio sonoro adecuado para su interpretación del *Concierto No. 2* para violín y orquesta de Prokofieff. Menciono estas obras sólo brevemente para dedicar un poco más de extensión a lo que sin duda resultó lo mejor de este programa: la interpretación que Diazmuñoz hizo de la *Cuarta sinfonía* de Johannes Brahms. Muchas veces he dicho (y lo sostengo en estas circunstancias) que existe una tendencia en nuestro medio a la repetición constante de ciertas obras en los programas sinfónicos; esta *Cuarta sinfonía* de Brahms es una de ellas. Por ello, uno suele acudir a oír estas piezas *consagradas* del repertorio con cierta precaución, cuando no con franca resignación. Es por ello que de pronto resulta una sorpresa escuchar una interpretación como la que ahora comento. Lo insólito no resultó de que se hayan logrado gloriosas sonoridades a la cultura de un conjunto americano o europeo; sería falso afirmar que tal cosa sucedió. Lo que constituyó la sorpresa, hasta cierto punto, fue encontrarnos con una versión que, a diferencia de la mayoría de las otras que hemos escuchado recientemente, se distinguió principalmente por la gran precisión de los ataques del director y la buena dosis de disciplina con que la orquesta los ejecutó. Y me atrevo a decir que esto es infrecuente porque en

algunas de las versiones que he escuchado en los últimos meses me ha parecido que los directores han borrado (o dejado borrar) los límites y las fronteras de la música de Brahms, dando origen a versiones carentes de matices. En resumen, Eduardo Diazmuñoz demostró que sí es posible para el público escuchar una obra trillada bajo una luz un poco diferente. Ojalá que Diazmuñoz y su segura batuta regresen pronto a México.

Siguiendo con la Filarmónica de la UNAM quisiera mencionar un asunto al que también le he dedicado atención en otras ocasiones. En el fin de semana que siguió al segundo programa dirigido por Eduardo Diazmuñoz, la OFUNAM tuvo como director huésped a Laszlo Rooth. Si bien resultó hasta cierto punto una novedad el hecho de que en el programa estuvieran incluidas las *Variaciones sobre un tema de Mozart*, de Max Reger (autor prácticamente desconocido en nuestro medio), lo verdaderamente insólito resultó que la parte concertante del programa no es-

tuvo a cargo de un violín ni de un piano. Ni siquiera de un violoncello o una flauta. No. Laszlo Rooth programó el *Concierto para trompeta* de Johann Nepomuk Hummel, obra que fue interpretada por Wayne Baughman, que actualmente ocupa el primer atril de la sección de trompetas de la OFUNAM. Me refiero a este hecho como algo fuera de serie porque, a riesgo de ser repetitivo, no puedo dejar de mencionar algo que en mi opinión es una de las grandes fallas de la programación musical en México: los responsables de nuestros programas sinfónicos insisten en hacer de cuenta que no hay más instrumentos solistas que el violín y el piano, en detrimento del público, del repertorio y de los propios instrumentistas. Es por eso que recuerdo con particular interés un concierto que tuvo lugar hace ya muchos meses, en el que Jorge Velazco dirigió a la entonces Academia de Música del Palacio de Minería y en el que fueron interpretados conciertos para trompeta, trombón, oboe, corno y fagot, cosa inaudita en una sala de conciertos de estas latitudes. En fin, para no alejarme demasiado del caso concreto que me ocupa, diré que la interpretación de Baughman al concierto de Hummel fue muy coherente, sin alardes de poder neumático pero con la suficiente claridad y equilibrio para lograr una versión sólida de la obra. En esta ocasión, los aplausos que el solista recibió de parte de la orquesta fueron merecidos, y no simplemente protocolarios.

En la misma semana en que Wayne Baughman interpretó a Hummel, la Orquesta Sinfónica Nacional ofreció un programa que también ofrece oportunidad para hacer un comentario sobre nuestras programaciones sinfónicas. Bajo la batuta de James Paul, director huésped, la OSN interpretó las danzas sinfónicas de *West Side Story*, de Leonard Bernstein, y cuatro obras de Gershwin: dos arias de *Porgy and Bess* *Concierto en Fa* para piano y *Un americano en París*. Durante el concierto, fue obvio que la Sinfónica Nacional tocó con más ganas que de costumbre, y el público que asistió a él se divirtió bastante. Lo que quisiera destacar es el hecho de que toda la música de este programa, de una forma u otra, está relacionada con otros medios distintos de la música estrictamente de concierto: *West Side Story* nació y vivió en Broadway y en Hollywood. *Porgy and Bess* es

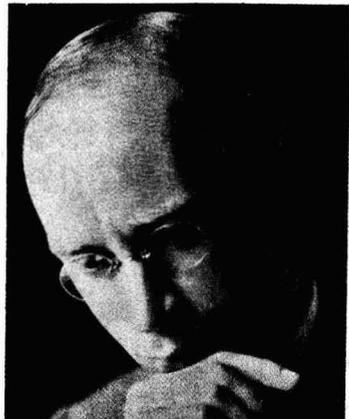


Silvestre Revueltas

RESEÑAS



Leonard Bernstein



Serge Prokofiev



Orquesta Filarmónica de la Universidad

una ópera urbana similar a un filme del *cinéma noir*, *Un americano en París* se convirtió en una película bastante desafortunada, y el *Concierto en Fa* ha pasado a ser parte del repertorio coreográfico de la compañía de danza de Alvin Ailey. Si menciono todo esto es porque a nuestras orquestas casi nunca se les ocurre recurrir a otros medios para dar un poco de variedad a sus programaciones. Cuando hablo de *otros medios* me refiero a la música de teatro, de comedia musical, a la música cinematográfica, a la música contemporánea compuesta para danza y, en fin, a tantas otras posibles fuentes de buena música sinfónica que en México están prácticamente olvidadas. Para los escépticos que piensen que esta no sería una muy buena idea, quisiera recordar que hace un par de años la Filarmónica de la UNAM interpretó un programa con música de comedias musicales cantada por los Hermanos Zavala, y la Sala Nezahualcóyotl registró un lleno impresionante, de esos que la OFUNAM no suele producir con frecuencia.

Y como muestra de que la idea funciona también en otras partes, paso al caso el siguiente dato: hace unas semanas, allá en el estado de Texas, la Orquesta Sinfónica de Houston ofreció un concierto con música cinematográfica de diverso origen. El programa incluía la música de Shostakovich para *Hamlet*, la música de John Corigliano para la película *Altered States* de Ken Russell, y la música de John Williams para *Star Wars* y *Close Encounters*. Ahora bien, esto no quiere decir que *cualquier* música teatral o cinematográfica se convertiría en un éxito al ser interpretada en un concierto; haría falta un buen criterio de selección para no dejarse deslumbrar por nombres y reputaciones, cosa que puede producir decepciones graves. Por ejemplo, actualmente se están exhibiendo en los Estados Unidos dos películas que han tenido bastante éxito: *Supermán II* y *Outland*; por una parte, la música de Supermán II ya no es original de John Williams, sino que ha sido realizada por otro compositor sobre los temas originales de aquél, y la

partitura resulta finalmente tan mediocre como el propio film. Por otro lado, la música de *Outland*, original de Jerry Goldsmith, es de primerísima calidad, y sigue la misma línea que la muy efectiva partitura que el autor compuso para *Alien*. Así, pues, las posibilidades son múltiples, y la última que voy a mencionar es una que quizá también sería efectiva en cuanto a su éxito de público: formar programas sinfónicos con una selección de la música *clásica* que se ha utilizado en el cine.

Finalmente, quisiera dejar constancia del paso de Lionel Hampton y su conjunto por la Sala Nezahualcóyotl. Independientemente del hecho de que se diga que el corazón del jazz es la improvisación y la libertad del *jam session*, también es cierto que un espectáculo de jazz puede basar su efectividad en la organización y la planeación: una secuencia de piezas perfectamente establecida, músicos con partituras, etc. Quizá para los puristas esto resulte anatema; sin embargo, en el espectáculo de Lionel Hampton fue bastante efectivo. El propio Hampton participó de lleno en la comedia, apartándose en ocasiones de su vibráfono para atacar la batería y el piano, para cantar, para bailar su muy personal versión del *shuffle*, para bajar a besar niños y ensayar pasos con las muchachas y, en fin, para darle ambiente a su música, música que, por otra parte, ofreció momentos jazzísticos muy buenos que no fueron opacados ni por la luz estroboscópica ni por las baterías transparentes iluminadas por dentro con foquitos rojos y amarillos. Durante la sesión de jazz de Lionel Hampton, vi y oí por primera vez un instrumento verdaderamente genial: una trompeta de dos pabellones que si bien funcionan con la misma columna de aire, pueden ser modificados por separado según las necesidades del intérprete. Así, hubo pasajes en que el trompetista tocó con los dos pabellones abiertos y otros en los que puso sendas sordinas en cada pabellón. Pero lo verdaderamente llamativo fue cuando el trompetista tocó con un pabellón abierto y el otro con sordina, logrando una combinación sonora impactante. No cabe duda de que todos los días se puede aprender algo nuevo en esto de los instrumentos musicales.

Juan Arturo Brennan



**DISTRIBUIDORA DE LIBROS
DE LA UNAM**



ERA

NOVEDADES

 **Pablo González Casanova** 

**EL ESTADO Y LOS
PARTIDOS
POLÍTICOS EN
MÉXICO**

 **Rocío Guadarrama** 

**LOS SINDICATOS
Y LA POLÍTICA EN
MÉXICO: LA CROM
1918-1929**

 **Barry Carr** 

**EL MOVIMIENTO
OBRERO Y LA
POLÍTICA EN
MÉXICO
1910-1929**

 **Mijaíl Lifshitz** 

**LA FILOSOFÍA
DEL ARTE
DE KARL MARX**

Crónicas

 **José Joaquín Blanco** 

**FUNCIÓN DE
MEDIANOCHE**

 **Paloma Villegas** 

MAPAS

Ediciones Era
Avenida 102 México 13. D. F.
☎ 581 77 44

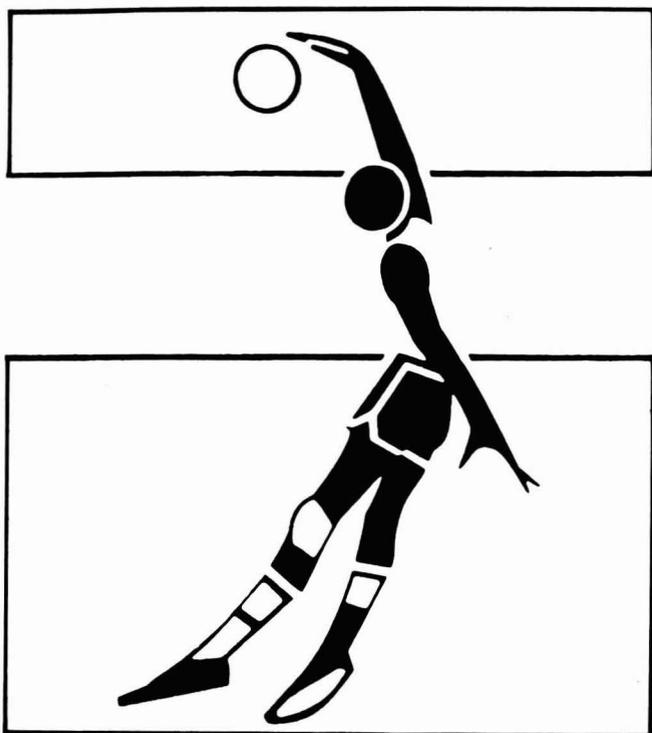
- VIAJE AL CENTRO DE LA FABULA
Augusto Monterroso, \$ 80.00
- COPIADOR DE CARTAS Y DIARIO PARTICULAR
Manuel Vilar, \$ 180.00
- SUPLEMENTO AL THEATRO AMERICANO
(La Ciudad de México en 1755)
José Antonio de Villaseñor y Sánchez, \$ 120.00
- EL TEATRO BULGARO
P. Yavorov, R. Stoyanov, \$ 140.00
- LA DISPERSION DEL MANIERISMO
Jorge Alberto Manrique, \$ 300.00
- GORGIAS
PLATON
Versión de Ute Schmidt O., \$ 130.00

COLECCION CUADERNOS DE POESIA

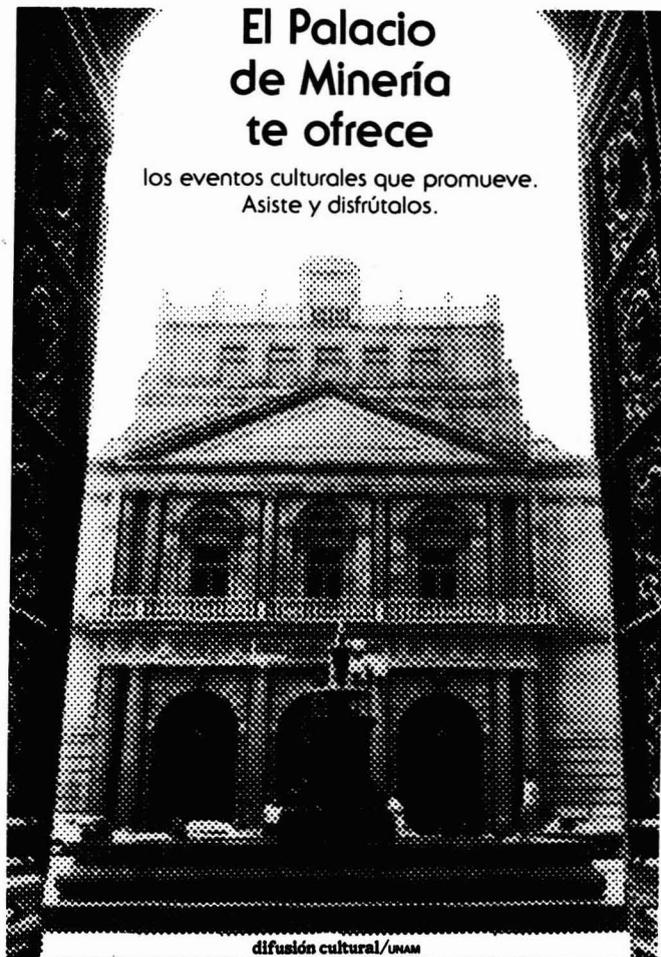
- EL ERROR
Francisco Segovia, \$ 50.00
- DURAMAR
Antonio Leal, \$ 60.00
- VISPERA
Filiberto Cruz Obregón, \$ 50.00
- POR INSTANTES, LOS PRODIGIOS
Antonio Castañeda, \$ 50.00
- BISUTERIA
Tomás Segovia, \$ 50.00
- EL TRES ES SIEMPRE MAGICO
Manuel Durán, \$ 50.00

LIBRERIAS UNAM:

- INSURGENTES SUR 299
- PALACIO DE MINERIA
- ZONA COMERCIAL DE C.U.



EL DEPORTE en **TVONCE**

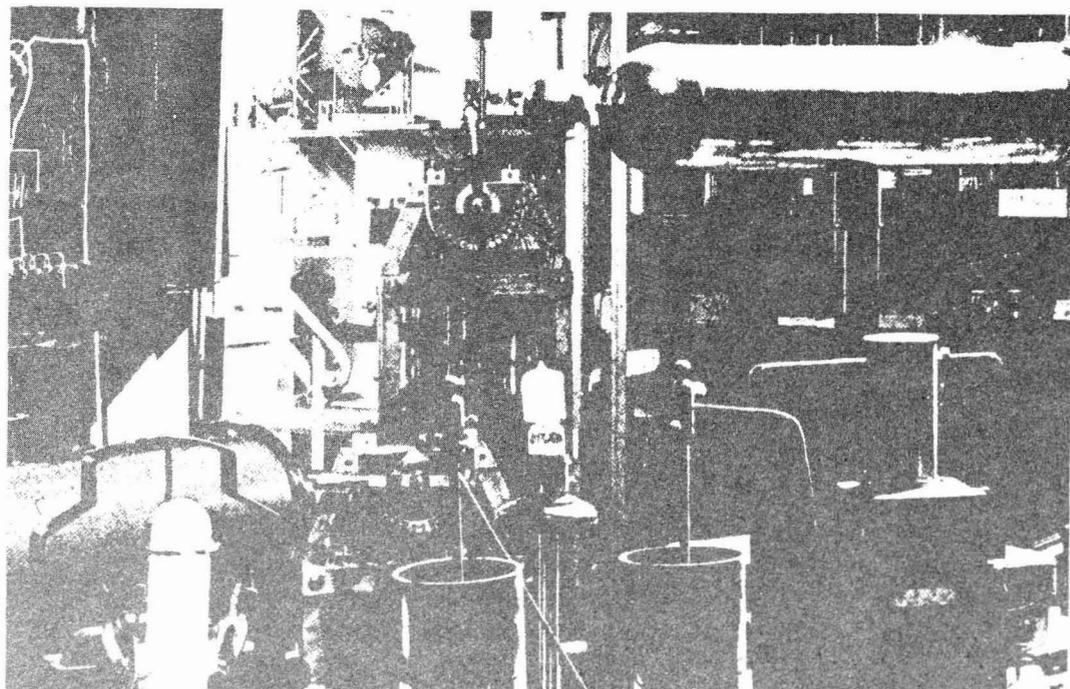


**El Palacio
de Minería
te ofrece**

los eventos culturales que promueve.
Asiste y disfrútalos.

difusión cultural/UNAM

naturaleza



Imprenta Madro, s. a.



REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD
DE MÉXICO **D**